Odisea

Homero

Versión de Nicolas Schuff

Flavio Besso Pianetto

La estación

Proyecto y dirección editorial:
Raúl A. González

Director de la colección:
Alejandro Palermo

Jefa de arte:
Valeria Bisutti

Odisea es una obra de producción colectiva creada y diseñada por el Departamento Editorial y de Arte y Gráfica de Estación Mandioca de Ediciones S.A., bajo proyecto y dirección de Raúl A. González

Introducción y actividades: Martín Paz
Notas: Ezequiel Zaidenwerg
Ilustraciones de tapa e interior: Martín Gouric
Caricatura del autor: Pablo Temes
Corrección: Mariano Sanz
Diagramación: Ginna Mora
Tratamiento de imágenes, archivo y preimpresión: Liana Agrasar
Documentación: Patricia Curcio
Secretaría y Producción industrial: Lidia Chico

ISBN: 978-987-24879-1-1

© Copyright **Estación Mandioca de Ediciones S.A.**
José Bonifacio 2524 - C1406GYD - Buenos Aires - Argentina
Tel./Fax: (+54) 11 4637-9001

Homero
Odisea - 1ª ed. - Buenos Aires: La estación, 2009
176 p.; 18 x 14 cm.

ISBN 978-987-24879-1-1

1. Literatura griega clásica
CDD 880

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.
Impreso en la Argentina. Printed in Argentina.
Primera edición: enero de 2009
Primera impresión: enero de 2009

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente por ningún medio, tratamiento o procedimiento, ya sea mediante reprografía, fotocopia, microfilmación o mimeografía, o cualquier otro sistema mecánico, electrónico, fotoquímico, magnético, informático o electroóptico. Cualquier reproducción no autorizada por los editores viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

Índice

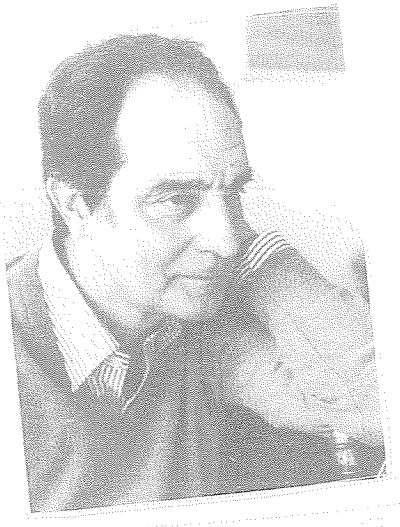
Bienvenidos a la estación de Homero 6

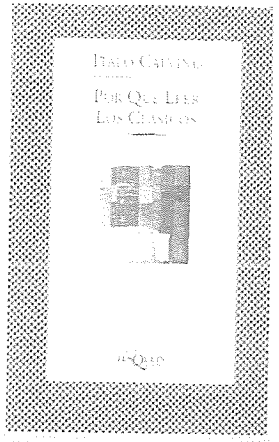
Odisea 23

Trabajos en la estación 160

Bienvenidos a la estación de

Homero





En *Por qué leer los clásicos*, Calvino dedica un capítulo a la *Odisea*.

Italo Calvino (1923-1985) es uno de los escritores italianos más destacados del siglo XX.

La *Odisea*, un clásico

¿Cuál es la fascinación que los poemas homéricos, *Ilíada* y *Odisea*, han despertado en las generaciones sucesivas de lectores a través de los siglos? ¿Qué razones justifican la lectura de estas antiguas historias? Estas preguntas están enlazadas entre sí y, citando *Por qué leer los clásicos*, el título de la obra del escritor italiano Italo Calvino, se prestan a ser formuladas de nuevo: ¿Por qué leer los poemas homéricos, los textos más clásicos de todos, a más de 2.500 años de su composición?

En el momento de pensar las respuestas a estos interrogantes, Calvino puede volver a ayudarnos. Este autor da una serie de definiciones para reconocer si un texto es un clásico, y tal vez la *Odisea* sea la obra que mejor se ajuste a todas ellas. O porque siempre se está releyendo y cada nueva lectura es de descubrimiento, como la primera. O porque es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir y trae la huella de todos aquellos que lo han leído antes. O porque, al leerlo, las historias se presentan como contadas una y otra vez y uno cree que ya las sabe porque forman parte de la imaginación de la humanidad o, para decirlo de otro modo, de la cultura...

Sin embargo, hay una de esas espléndidas definiciones que tal vez resulte particularmente interesante. La que habla de quienes tienen la suerte de leer un clásico por primera vez. Según Calvino, "se llama clásicos a los libros que constituyen una riqueza para quien los ha leído y amado, pero que constituyen una riqueza no menor para quien se reserva la suerte de leerlos por primera vez en las mejores condiciones para saborearlos". Ojalá que sea el caso de quienes se acercan a esta versión de la *Odisea*.

Italo Calvino. *Por qué leer los clásicos*. Barcelona, Tusquets, 1992.

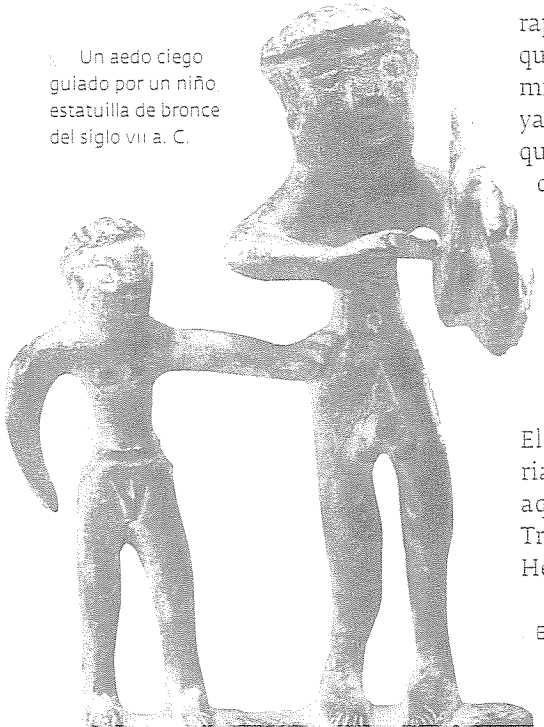
Aedos y rapsodas

Los estudiosos de los poemas homéricos discutieron durante siglos si la *Ilíada* y la *Odisea*, fechadas respectivamente en los siglos VIII y VII a. C., pertenecían a un mundo en el que los relatos se componían y transmitían oralmente o si eran un producto literario temprano, redactado por escrito valiéndose de la reciente incorporación del alfabeto. En la actualidad, las opiniones más autorizadas son las que sostienen la existencia de un autor individual que organizó y dio coherencia a la trama al escribirla. Esta puesta por escrito de las historias conserva, sin embargo, todos los rasgos característicos de la transmisión oral: la redacción en verso, la inclusión de fórmulas fijas que introducen la acción (por ejemplo, al hablar de un banquete o de un sacrificio), el uso de epítetos o adjetivos aplicados siempre a los mismos personajes u objetos ("Atenea, la de los ojos brillantes", "la prudente Penélope", "el rojo vino", "las rápidas naves"), solo por mencionar algunos de ellos.

En un mundo en el que las historias se transmiten oralmente, la figura del aedo, el recitador de epopeyas que conserva en su memoria miles de versos y relatos, ocupa un lugar central. El aedo compone su poema a medida que lo recita. Así como la tradición oral le proporciona los recursos formales para su tarea, buscará el tema de sus creaciones en la inagotable cantera de mitos y relatos legendarios, entre los que se destacan las historias relacionadas con la guerra de Troya. Las fórmulas fijas le permitirán llenar bloques del relato que pueden ir desde la mitad de un verso hasta una serie de varios versos. Estos materiales literarios prefabricados a los que recurre el aedo, y que en los poemas homéricos llegan a ocupar la tercera parte de su extensión, le permiten avanzar en la declamación al mismo tiempo que hilvana las partes de la historia que recitará a continuación.

En un célebre pasaje del canto VIII de la *Odisea*, Demódoco, un aedo ciego cuya presencia nos hace pensar inmediatamente en la figura legendaria del propio Homero, conmueve al héroe al recordarle la figura del bravo Aquiles. La escena se desarrolla durante un banquete en el palacio de Alcínoo, el rey de los feacios, y nos permite conocer el ambiente en el que se cantaban los hechos de los héroes.

Un heraldo trajo mientras tanto al aedo, a quien los dioses habían otorgado un bien y una desgracia al mismo tiempo: lo privaron de la vista pero le concedieron el dulce canto.



Un aedo ciego guiado por un niño, estatuilla de bronce del siglo VII a. C.

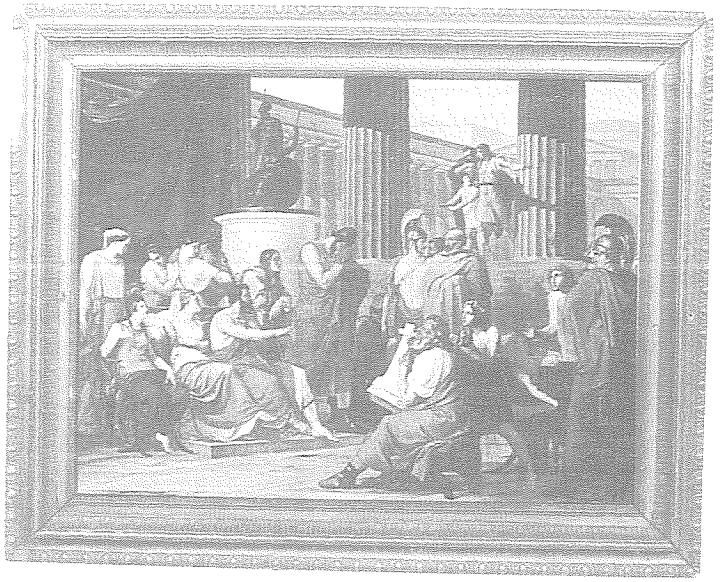
Y una vez que todos comieron y bebieron a su antojo, la Musa inspiró al aedo para que cantara un canto cuya fama llegaba a todas partes: aquel que describía la terrible discusión que sostuvieron Odiseo y Aquiles durante un banquete de los dioses. Eso cantó el famoso aedo, acompañándose con la lira. Al oírlo, Odiseo no pudo contener el deseo de llorar al oír hablar de su valiente compañero, muerto en las llanuras de Troya.

Posteriormente, la transmisión de los poemas habría quedado a cargo de los rapsodas. Estos últimos, a diferencia de los aedos, no realizaban una composición creativa de materiales antiguos, sino que se limitaban a repetir de memoria una historia ya cristalizada. Los rapsodas, que se agrupaban en gremios y que en muchos casos pertenecían a una misma familia, probablemente contaran ya con una versión escrita de los relatos que transmitían. El grupo más famoso de rapsodas fue el de los "homéridas" de la isla de Quíos, uno de los lugares que reclamaba para sí la condición de patria del poeta.

El tema del regreso

El comienzo de la *Odisea* cuenta la historia de una ausencia. De todos los héroes aqueos que habían partido rumbo a Troya para traer de vuelta a la hermosa Helena, raptada por Paris, solamente

El pasaje aparece en la página 59 de esta versión.



El aedo Demódoco cantando ante la corte del rey Alcínoo, según un cuadro del artista italiano Francesco Hayez (1791-1882).

uno no pudo regresar: el astuto Odiseo. Sabemos que no murió en combate a los pies de la ciudad amurallada, como tantos de sus compañeros, pero su regreso se aplazó indefinidamente por la ira de Poseidón, el dios del mar.

Una larga introducción de cuatro cantos nos permite conocer lo que ocurría en la Grecia de aquellos tiempos cuando faltaba el hombre de la casa. En la isla de Ítaca, la patria de Odiseo, los pretendientes se disputan a la hermosa Penélope, la esposa del rey que partió veinte años atrás y aún no ha vuelto, y, junto con la mano de ella, también buscan obtener la posesión del palacio.

Finalmente, en el canto V, se produce la primera aparición del héroe. Veamos cómo nos lo presenta el texto:

Calipso salió en busca de Odiseo y lo encontró sentado a orillas del mar, con los ojos todavía húmedos de lágrimas. Aunque ella lo amaba, él no la correspondía, y pasaba los días con el alma deshecha por el recuerdo de su patria, de su familia y de su hogar.

Probablemente, el auditorio que en la antigüedad se reunía para escuchar largas sesiones de recitados épicos, y que podía estar integrado tanto por nobles como por campesinos, conocía perfectamente

En esta edición hemos optado por conservar el nombre griego del héroe, Odiseo, en lugar de su equivalente latino, Ulises.

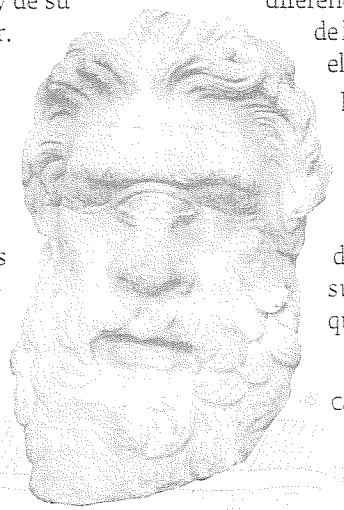
El pasaje aparece en la página 45 de esta versión.

el tipo de historia que le iban a contar. Es que, a la fabulosa destreza del aedo, capaz de recitar interminables tiradas de versos, se correspondía la presencia de un público atento y entrenado. En tal sentido, esta primera aparición del héroe seguramente hacía que los oyentes recordaran un amplio conjunto de leyendas que hablaban acerca del retorno de un héroe a su patria. De ese grupo de tradiciones, conocidas como las leyendas de los *nostoi* (que, en griego, quiere decir "los regresos"), formaba parte la peripecia de Odiseo. No es extraño pensar que un pueblo de marineros como el griego produjera semejante tipo de historias. En nuestra palabra *nostalgia* –que reúne en su etimología los vocablos griegos *nostos*, "regreso", y *algia*, "dolor"– resuena el eco de aquella primera aparición del héroe de la *Odisea*, lejos de su patria y de su familia, llorando frente al mar.

Los relatos dentro de la *Odisea*

En el núcleo narrativo de la *Odisea* es posible reconocer dos temas tradicionales, ampliamente difundidos en el folclore de varios pueblos de la antigüedad. Por un lado, la historia del viajero que regresa al hogar luego de una larga ausencia en la que se lo ha dado por muerto; para recuperar a su mujer y a sus riquezas, amenazadas por crueles pretendientes, el recién llegado deberá batirse con ellos y matarlos. Por el otro, la historia del náufrago que, aferrado a un madero, llega a una isla en la que le ocurren todo tipo de experiencias maravillosas. Una versión de este motivo marino aparece 2.000 años a. C. en un cuento egipcio, y seguramente se halla en el origen de las peripecias de Simbad el marino, el protagonista de una serie de aventuras de las *Mil y una noches*. A estas dos familias de historias, la *Odisea* añade, además, los relatos de la tradición troyana que constituían el núcleo de la *Ilíada*, un poema compuesto aproximadamente un siglo antes.

La mayoría de los estudiosos coincide en que se pueden distinguir tres partes bien diferenciadas en la estructura de la *Odisea*. La primera de ellas, constituida por los primeros cuatro cantos, se conoce como la "Telemaquia". En este comienzo, el narrador, después de informar sobre la suerte de los aqueos que participaron en la



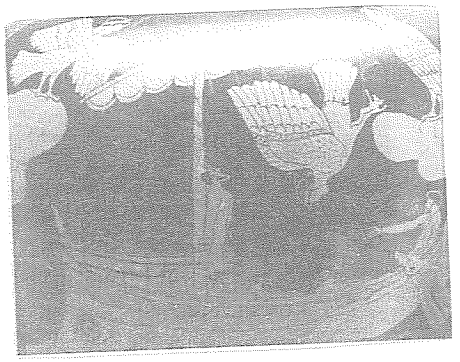
Cabeza del cíclope Polifemo, escultura en mármol del siglo II a. C.

destrucción de Troya y del acoso de los pretendientes en la isla de Ítaca, centra el relato en el viaje de Telémaco, el hijo de Odiseo, que parte en busca de noticias acerca de su padre. La segunda parte, comprendida entre los cantos V y XII, se inicia con la aparición de Odiseo en la isla de la ninfa Calipso e incluye una colección de relatos de origen folclórico donde abundan personajes maravillosos como el monstruoso cíclope Polifemo, la bruja Circe y las Sirenas. Finalmente, a partir del canto XIII, con la vuelta del héroe a Ítaca, el relato se encamina hacia su desenlace con la esperada resolución de la situación en la isla.

Los detractores del poema interpretaron que esta división en tres partes tan marcadas era el reflejo de una estructura defectuosa: una acumulación de historias de diferente procedencia que la impericia del aedo no había logrado unir de manera integrada. Como contraparte, se señalaban las virtudes de la *Ilíada*, obra en la que el relato carece de vaivenes y de episodios fantásticos y cuyo desarrollo avanza siempre de modo lineal.

Por el contrario, otros estudiosos consideraron que las tres partes que integran la *Odisea* son perfectamente funcionales a la trama del relato y responden a las demandas de una audiencia diferente a la de la *Ilíada*. Según este punto de vista, la Telemaquia constituye un magistral recurso para demorar la aparición de Odiseo, al que no vemos aunque está siempre presente en los relatos de los otros.

La segunda parte podría llamarse "la verdadera odisea de Odiseo": en este momento del poema, el héroe, gracias a su astucia y a la protección de la diosa Atenea, se enfrentará a todo tipo de peligros y aventuras fantásticas. Entre otros motivos tradicionales aparecen aquí el descenso a los infiernos, el enfrentamiento con las monstruosas Escila y Caribdis y la resistencia a las múltiples tentaciones que procuran retenerlo en su regreso al hogar. En este largo núcleo de la obra, a través de la superación de las pruebas a las que se enfrenta, el héroe se reafirma en el cumplimiento de su destino, motivo central de todo poema épico.



Odiseo y las Sirenas, vasija del siglo V a. C.

Los viajes de Odiseo

La mayoría de los lugares que visita Odiseo a lo largo de su viaje de regreso corresponden a una geografía fabulosa. Aquí se indican algunas localizaciones posibles. Los números señalan la secuencia del recorrido del héroe desde que sale de Troya hasta que llega a Ítaca.

Por fin, las dos primeras partes confluyen en la tercera: una vez que se produce el demorado regreso a Ítaca, la narración se acelera hacia la ejecución de la venganza y la restitución del orden anterior a la partida de Odiseo.

Aunque la *Odisea* retome la historia de los héroes de la *Ilíada* y comparta con esta obra los procedimientos compositivos de la poesía oral, en la incorporación de materiales fantásticos se percibe la aparición de un auditorio diferente, con una nueva sensibilidad y que demanda nuevas historias. Carlos García Gual, en su obra *Los orígenes de la novela*, plantea que esa nueva sensibilidad que celebra el viraje desde la épica heroica hacia el mundo de la fantasía y los prodigios marinos es el resultado de la aparición de:

[...] esa incipiente burguesía jonia que colonizaba el Mediterráneo, y que, como Odiseo, sentía afán por ver "muchas ciudades y conocer el modo de pensar de los hombres", y por regresar, tras el viaje curioso y explorador, a la patria con riquezas e historias que contar, feliz como Odiseo.[1]

Esta nueva sensibilidad también se manifiesta en la personalidad de los personajes centrales de los poemas homéricos. Mientras Aquiles, en la *Ilíada*, es el modelo de guerrero, que desprecia su propia vida en defensa del honor y de la gloria, todos los esfuerzos de Odiseo, modelo de astucia e inteligencia, están dirigidos a salvar la vida y retornar, finalmente, luego de veinte años, a la amada patria.

[1] Carlos García Gual. *Los orígenes de la novela*, Madrid, Istmo, 1972.

Historia y leyenda

A pesar de que siete ciudades griegas se disputaban ser la cuna de Homero, durante el período clásico nunca se dudó de su existencia. Las primeras sospechas, planteadas por las diferencias que se detectan

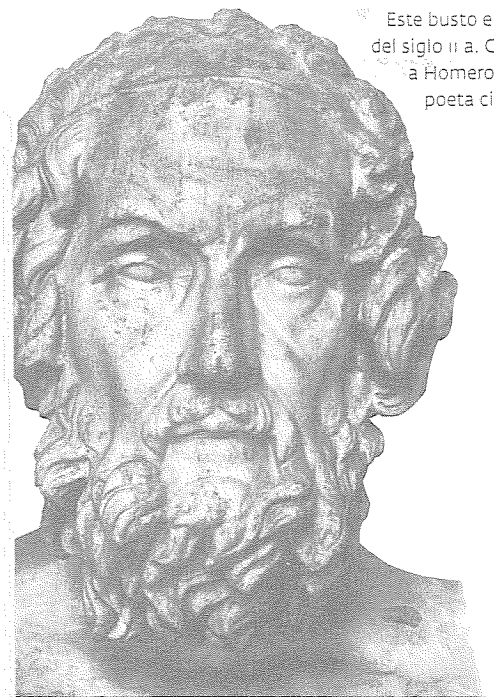
Odiseo y Penélope, relieve en terracota del siglo V a. C.

entre la *Ilíada* y la *Odisea*, se manifestaron en el período helenístico, a partir del siglo III a. C, y se resolvieron al ubicar a la *Ilíada* como un texto de juventud del poeta y a la *Odisea* como una obra de su madurez.

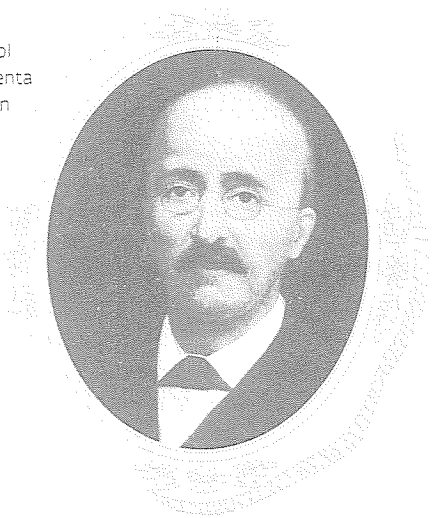
La discusión en torno a la existencia, la identidad y la procedencia del aedo, así como las polémicas sobre la verdad histórica de los acontecimientos narrados en sus obras, se enmarcan en lo que los estudiosos denominaron la "cuestión homérica". Esta surge con fuerza en Europa entre los siglos XVIII y XIX. La leyenda biográfica habla de un poeta ciego habitante de la isla de Quíos, al que el historiador Heródoto ubicaba en el siglo IX a.C., fecha descartada por demasiado antigua.

En la actualidad existe consenso en que el origen de los poemas estaría en las islas del Egeo o en el Asia menor, en una fecha cercana al 750 a. C. para la *Ilíada* y el 650 a. C. para la *Odisea*. Estas fechas surgen de un cuidadoso estudio de la lengua en que está escrita cada una de las obras. En cuanto a las historias que se narran en estas

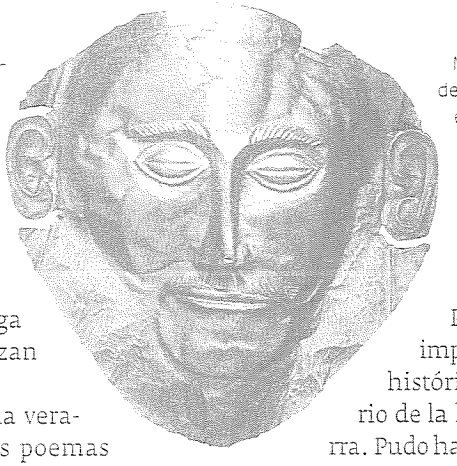
Heródoto de Halicarnaso vivió en el siglo V a. C. Su obra más importante son *Los nueve libros de la historia*.



Este busto en mármol del siglo II a. C. representa a Homero como un poeta ciego.



El alemán Heinrich Schliemann, entusiasta lector de los poemas homéricos, estaba convencido de la veracidad histórica de la guerra de Troya.



Máscara funeraria en oro del siglo XVI a. C., hallada en Micenas durante una excavación dirigida por Schliemann en 1876. Se la conoce como "máscara de Agamenón".

epopeyas, las investigaciones arqueológicas las sitúan muchos siglos antes, alrededor del año 1.200 a. C., en el período de hegemonía de la ciudad de Micenas, cuyo rey Agamenón lidera la liga de pueblos que se lanzan sobre Troya.

La discusión sobre la veracidad histórica de los poemas se reavivó a partir de los descubrimientos realizados en 1870 por Heinrich Schliemann en la colina de Hissarlik, en el actual territorio de Turquía. Este arqueólogo aficionado proclamó que había encontrado el tesoro del rey Príamo y la mismísima Troya homérica, cuestión que aún en la actualidad es objeto de encendidas controversias. Sin embargo, es evidente que nada parecido a la idea de rigor histórico inspiraba las composiciones de los aedos del siglo VIII a. C. Es probable que los relatos tradicionales referidos a un pasado histórico legendario cumplieran la función de situarlos en una época heroica que servía como modelo de conducta al que se debía aspirar.

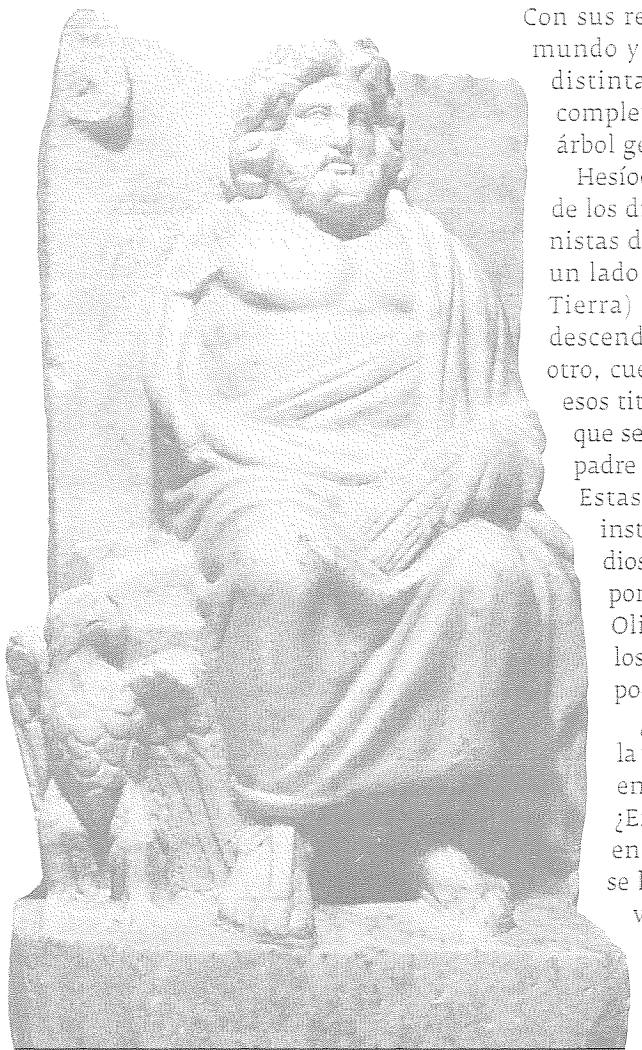
Heinrich Schliemann (1822-1890), comerciante y arqueólogo alemán que en 1870 proclamó el descubrimiento de la Troya histórica. Años más tarde realizó excavaciones en el Peloponeso que tuvieron como resultado el anuncio de descubrimientos fabulosos de la cultura micénica.

Por lo tanto, más importante que el rigor histórico es el peso literario de la historia que se narra. Pudo haber existido Troya, y quizá también hubo un Aquiles o un Odiseo... pero lo cierto es que, en el momento de la elaboración de la obra, el poeta le dio al relato una funcionalidad coherente con las necesidad de modelos de conducta de su tiempo.

Dioses y hombres

En el segundo libro de su *Historia*, Heródoto sostiene que Homero y Hesíodo fueron los creadores de los dioses para los griegos. La afirmación, aunque puede sonar exagerada, tiene su justificación: los poemas homéricos, junto con las obras de Hesíodo (*Los trabajos y los días* y *Teogonía*), son las principales fuentes literarias de una variada tradición mitológica. Aunque los especialistas se han encargado de demostrar que cada mito poseía diversas variantes según la región y la época, las versiones que

Estatua en mármol del siglo IV a. C. que representa a Zeus en el trono olímpico.



se incluyen en las obras de los dos poetas mencionados prevalecieron sobre todas las demás. Los textos de Hesíodo están fechados alrededor del año 700 a. C. y, por lo tanto, se ubican entre los dos poemas épicos de Homero. Con sus relatos sobre la creación del mundo y sobre las luchas entre las distintas generaciones de dioses, complementan, de algún modo, el árbol genealógico homérico.

Hesíodo nos habla de los ancestros de los dioses que serán los protagonistas de las obras de Homero. Por un lado, relata la unión de Gea (la Tierra) y Urano (el Cielo), con su descendencia de titanes; y, por el otro, cuenta la batalla entre uno de esos titanes, Crono, y Zeus, el hijo que se impondrá y condenará a su padre a vivir en la región infernal. Estas historias son previas a la instauración del panteón de los dioses "jóvenes" que, gobernados por Zeus, habitan la morada del Olimpo y rigen los destinos de los mortales en los dos grandes poemas de Homero.

¿Cuál es el principio que rige la participación de los olímpicos en el mundo de los hombres? ¿Existe un sentido de justicia en las intervenciones, o todo se limita a la ejecución de una voluntad caprichosa? Aunque la alternancia entre

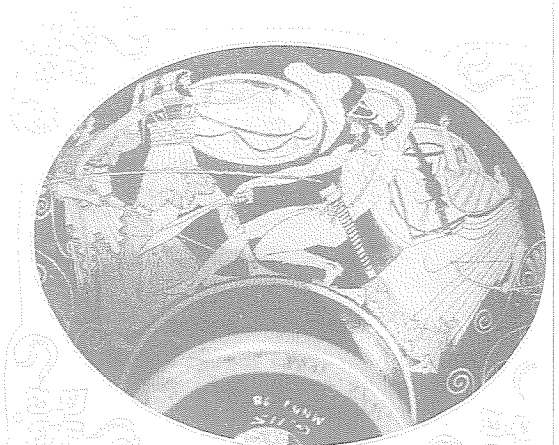
los planos divino y humano es uno de los rasgos característicos de ambos poemas, la distancia entre esos dos ámbitos parece mayor en la *Ilíada* que en la *Odisea*. En el primero de los poemas, esa distancia insuperable otorga a las acciones de los hombres un tono particularmente dramático: por más que se debatan en el campo de batalla, por más que gocen de poder y riquezas, los mortales no podrán escapar a su destino de aniquilación. Los dioses, por el contrario, permanecen ajenos a tales peripecias y cuando intervienen, lo hacen en forma cruel y caprichosa, repartiendo con arbitrariedad favores y castigos.

La falta de un sentido moral en el comportamiento de los dioses, que se aprecia principalmente en la *Ilíada*, ha llamado muchas veces la atención de los lectores. Albin Lesky propone la siguiente explicación:

Lo más probable es que en estos dioses que tratan de imponer su voluntad mediante la astucia y la violencia, que alternan la riña y el partidismo con la reconciliación en el banquete, y que toman bastante a la ligera su vida erótica, podamos reconocer rasgos feudales de los nobles en cuyo mundo se movía el poeta de la Ilíada.[2]

En la *Odisea*, a diferencia de la *Ilíada*, los mortales aparecen como responsables de sus actos, al mismo tiempo que los dioses abandonarán la neutralidad moral para convertirse en guardianes del bien y, por lo tanto, en administradores de los castigos para los que violan las leyes divinas. Esta nueva correspondencia entre responsabilidad humana y castigo divino aparece de diversas maneras a lo largo de la obra: por ejemplo, cuando los compañeros de Odiseo comen los bueyes del Sol, el castigo es previsible y justificado; lo mismo ocurre con la esperada venganza contra los pretendientes, al final del relato.

Canto XII.



Los dioses homéricos intervienen en las acciones humanas. Esta imagen de un cáliz del siglo V a. C. muestra el combate entre Áyax y Héctor, protegidos respectivamente por Atenea y Artemisa.

[2] Albin Lesky. *Historia de la literatura griega*. Madrid, Gredos, 1989.

El ciclo troyano

Tanto las causas y las derivaciones de la ira de Aquiles, narradas en la *Ilíada*, como las vicisitudes del retorno de Odiseo y la venganza contra los pretendientes, temas principales de la *Odisea*, son fragmentos de una gran historia. Eslabones, aunque no poco importantes, de una tradición de relatos sobre la guerra de Troya, que en su conjunto se conoce como "ciclo épico" o "ciclo troyano". Los episodios míticos que se ubican entre las causas de esa guerra son dos: el juicio de Paris y el rapto de Helena.[1]

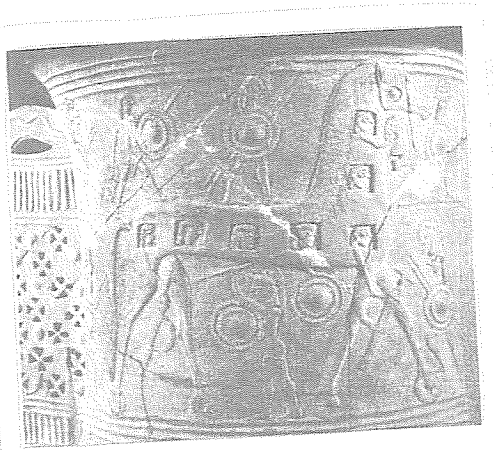
Durante las bodas de Tetis y Peleo, la Discordia arrojó una manzana de oro entre los dioses para que le fuera otorgada a la más hermosa entre las divinas Atenea, Hera y Afrodita. Como ninguno de los olímpicos se inclinó por una de las diosas, Zeus las envió ante la presencia del troyano Paris para que él decidiera la disputa. Para seducir al árbitro, Hera le aseguró el imperio de toda Asia en caso de ser la elegida; Atenea le ofreció la prudencia y la victoria en la batalla; por último, Afrodita le prometió el amor de Helena de Esparta. Paris le concedió a Afrodita la manzana dorada.

La leyenda del rapto de Helena surge como consecuencia del juicio de Paris. Helena era la mujer más hermosa del mundo y su mano era pretendida por una multitud de reyes griegos. Tíndaro, el padre de Helena entre los mortales, hizo caso al consejo de Odiseo por el cual los aspirantes a la boda debían jurar que aceptarían la elección del progenitor y acudirían en defensa del esposo ante una eventual disputa. De modo que cuando Paris, que se encontraba en Esparta cumpliendo una embajada, raptó a la hermosa Helena, su esposo Menelao hizo valer el juramento y obligó a los jefes griegos a marchar contra Troya, bajo el mando general de su hermano Agamenón.

[1] Un relato completo del ciclo troyano puede leerse en *Mitos en acción I. La guerra de Troya*, en esta misma colección.

Según algunos investigadores, el aspecto de la ciudad amurallada de Troya debió parecerse al que se muestra en esta reconstrucción.

El sitio de la ciudad se prolonga durante nueve años. Al décimo, Agamenón debe devolver a la prisionera Criseida, hija de un sacerdote de Apolo, para que cese la peste que el dios había desencadenado como castigo en el campamento griego. En compensación por la pérdida, el comandante resuelve quitarle a Aquiles una de sus esclavas. Ante semejante ultraje, Aquiles se enfurece y se retira del combate: esta el la situación que da comienzo a la *Ilíada*.



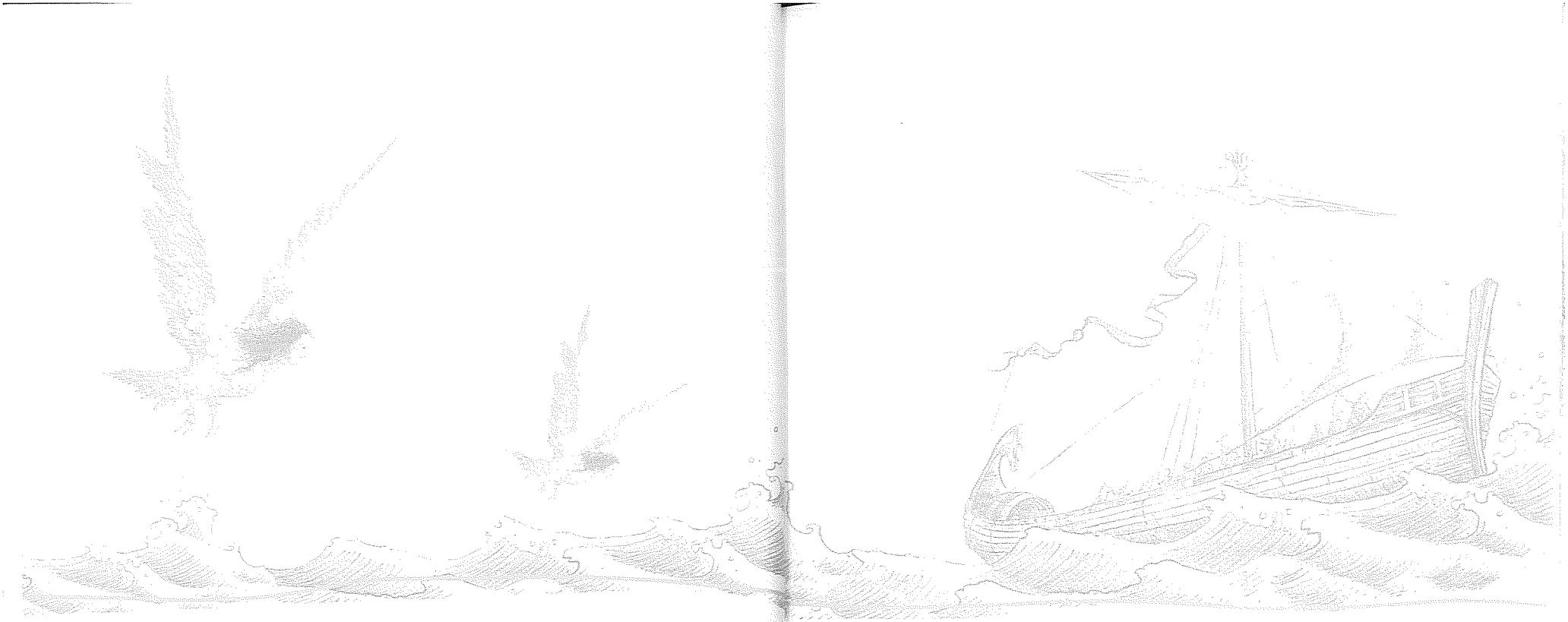
El caballo de Troya, en un ánfora con relieves del siglo VII a. C.

Como consecuencia de la decisión de Aquiles, se produce el avance del ejército troyano, que obliga al enemigo a retroceder hasta las naves. Compadecido por la situación, Patroclo, el mejor amigo de Aquiles, le pide a este su armadura para hacer creer a los troyanos que el héroe ha vuelto al combate.

Héctor, uno de los príncipes troyanos, mata a Patroclo. Entonces Aquiles decide volver al campo de batalla para vengar a su amigo. Mata a Héctor; pero más tarde es herido por Paris en el talón, único punto vulnerable de su cuerpo, y muere.

Finalmente, los griegos logran definir la situación gracias a un engaño ideado por Odiseo. Hacen creer a los troyanos que se han rendido y les regalan un gran caballo de madera que estos introducen en la ciudad fortificada, sin saber que dentro del caballo se ocultan los mejores guerreros griegos. Durante la noche, los griegos salen del escondite, hacen entrar al resto de sus compañeros y destruyen la ciudad.

Terminada la guerra, los griegos que han sobrevivido regresan a sus hogares. En general, todos deben enfrentar diversas contrariedades. Pero el regreso más complicado de todos es el de Odiseo, que demorará otros diez años en llegar a su tierra en la isla de Ítaca. Prepárense a descubrir cómo fue la historia...



Odisea

Los dioses deciden en asamblea el regreso de Odiseo

Musa,[1] ayúdame a contar la historia de Odiseo, el hombre que venció en Troya, y después viajó sin rumbo y conoció muchas ciudades y el ánimo de sus habitantes, y enfrentó innumerables peligros intentando salvar su propia vida y la de sus compañeros.

Habían transcurrido diez años del fin de la guerra y todos los otros guerreros, los que habían escapado de la amarga muerte, ya estaban en sus casas, lejos de los peligros del mar y de la guerra. Solo él, el astuto Odiseo, no había podido regresar: la ninfa Calipso,[2] que lo deseaba por esposo, lo retenía en su isla. Y Poseidón,[3] el dios de los mares y las tempestades, se había enemistado con el héroe y había decidido privarlo del regreso al hogar. El enojo de Poseidón tenía una causa: Odiseo había dejado ciego a su hijo, el cíclope[4] Polifemo... pero de esto hablaremos más adelante.

Un día, los dioses se reunieron en la cumbre resplandeciente del Olimpo.[5] Todos estaban presentes, menos Poseidón, que había viajado al país de los etíopes para presenciar unos sacrificios que se hacían en su honor.

Eran muchos los dioses que amaban a Odiseo y deseaban que el héroe por fin volviera a casa. Pero la que más lo amaba era Atenea,[6] la de ojos brillantes, pues admiraba su ingenio y su valor. Fue ella la que habló en primer lugar y se dirigió a Zeus[7] con estas palabras:

–Padre querido, mi corazón siente tristeza por Odiseo, que lleva muchos años lejos de los suyos, en una isla perdida en el mar. Allí, la ninfa Calipso lo retiene con promesas, deseosa de que él se olvide de su patria. Pero Odiseo, que solo anhela volver a ver su hogar, prefiere morir. ¿No te conmueven estas cosas, Zeus? ¿Por qué le tienes tanto rencor?

1 Las nueve **Musas**, hijas de Zeus y Mnemosine, son las cantoras divinas, cuyos coros e himnos deleitan a los dioses.

2 **Calipso** significa "la que oculta". Efectivamente, ella oculta a Odiseo en la isla de Ogigia (actual isla de Malta), impidiéndole el regreso.

3 **Poseidón**, hijo de Crono y Rea y hermano de Zeus, es la divinidad que reina sobre el mar y las aguas en general.

4 Los **cíclopes** son criaturas de fuerza y estatura descomunales, provistas de un solo ojo.

5 El monte **Olimpo** era la mansión de los dioses, especialmente de Zeus.

6 **Atenea** es una diosa guerrera, y también la diosa de la razón.

7 Hijo de Crono y Rea, **Zeus** es el rey de los dioses. Preside las manifestaciones celestes y mantiene el orden y la justicia en el mundo.

Y Zeus, el que junta las nubes, le contestó:

–Hija mía, ¿cómo piensas que podría olvidarme de Odiseo, que se destaca entre los hombres por su ingenio y por los sacrificios[8] que ofreció a los dioses? Sabes muy bien que yo no le guardo ningún rencor. Pero mi hermano Poseidón, el que hace temblar la tierra, sigue enfurecido con él por haber cegado a su hijo, Polifemo. Por eso lo hace andar sin rumbo y lejos de su patria. Pero tienes razón. Ha llegado el momento de que, entre todos, pensemos el modo de ayudarlo a regresar. Poseidón deberá dejar de lado su enojo, pues no puede luchar solo contra la voluntad del resto de los dioses inmortales.

Entonces Atenea, feliz por lo que acababa de escuchar, sugirió el siguiente plan:

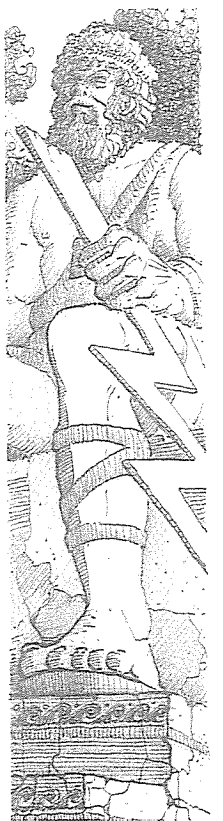
–Enviemos a Hermes[9] para que le anuncie enseguida a la ninfa Calipso nuestra decisión: que debe permitir que Odiseo vuelva al hogar. Mientras tanto, yo me presentaré en Ítaca para infundirle coraje a Telémaco, el hijo de Odiseo, e impulsarlo a enfrentar a los desconsiderados pretendientes de su madre. También lo haré ir a Esparta y a Pilos, para que hable con los guerreros que regresaron de Troya, averigüe noticias sobre su querido padre y se vaya haciendo fama de valiente entre los hombres.

Y cuando terminó la asamblea de los dioses, Atenea bajó volando desde el Olimpo hasta la isla de Ítaca, y se detuvo ante el pórtico del palacio de Odiseo. Empuñaba una lanza de bronce y, como los dioses no suelen presentarse ante los mortales con su aspecto real, había tomado el aspecto de un forastero: Mentes, jefe de los tafios.

Desde la puerta vio cómo los pretendientes jugaban a los dados, comían y bebían. Eran los hijos de las familias más importantes de la isla y cada uno de ellos aspiraba a que Penélope lo eligiera como esposo. Pero ella no se resignaba a aceptar que su amado Odiseo había muerto y demoraba la decisión. Mientras tanto, los pretendientes actuaban con insolencia y consumían la hacienda de la familia organizando continuos banquetes en los que abundaban la carne asada y

8 Era costumbre entre los griegos ofrecer sacrificios a los dioses para obtener sus favores o asegurarse el éxito de una empresa.

9 **Hermes**, hijo de Zeus y Maya, es el mensajero de los dioses. Suele representársele calzado con sandalias aladas. También se lo consideraba el dios de los comerciantes y de los ladrones.



el vino. Ese día, Telémaco estaba sentado entre ellos, con el corazón entristecido y pensando en su padre: "¡Ojalá volviera, expulsara a los pretendientes, recobrara sus honores y reinara otra vez en su casa!". Y mientras pensaba esto, Telémaco vio a Atenea. Enseguida se dirigió al pórtico, apenado por haber hecho esperar tanto tiempo a un forastero. Le tendió la mano, tomó su lanza y le dirigió estas palabras:

–Bienvenido. Y disculpa por haberte hecho esperar. Serás bien recibido en mi casa. Mi nombre es Telémaco y soy el hijo del rey de Ítaca. Después de disfrutar del banquete, me dirás qué te trae por aquí.

Hizo pasar a Atenea y la condujo hacia un cómodo sillón, lejos de los otros, para que el grosero barullo de los pretendientes no le arruinara la comida. Atenea fue servida con carnes y vinos y variados manjares. Y luego, Telémaco le habló de cerca, para que no lo oyeran los demás:

–Estimado huésped,[1] espero que no te enoje lo que voy a decir. Estos hombres solo se ocupan de la cítara y del canto porque comen sin pagar los bienes ajenos, los de un héroe cuyos huesos se estarán pudriendo bajo la lluvia, en alguna playa, o arrastrados por el mar... Pero dime: ¿quién eres?, ¿cómo llegaste hasta aquí?

Y Atenea contestó:

–Soy Mentes, rey de los tafios. Voy rumbo a Temesa, en busca de bronce. Pasé por aquí porque me dijeron que tu padre había regresado. Pero tal vez los dioses lo hayan detenido en el camino. Lo cierto es que Odiseo no está muerto, como tú crees. Te voy a anunciar algo que los dioses me inspiraron y yo creo que se va a cumplir, aunque no soy adivino: Odiseo no pasará mucho más tiempo lejos de su patria. Aunque lo aten cadenas de hierro, él sabrá cómo volver, pues nunca le faltó astucia para cumplir sus propósitos. Pero dime: ¿qué banquete es este?, ¿por qué estos hombres comen así, con tanta gula, cosas que no han de pagar? Cualquiera con sentido común se indignaría ante semejante insolencia.

Y Telémaco respondió:

[1] La hospitalidad era una institución importantísima en el mundo griego; se creía que era necesario honrar y agasajar al huésped, en parte, según cuenta la leyenda, porque en cualquier momento un dios podía aparecerse adoptando el disfraz de un extranjero, como sucede en este caso.

–Ya que preguntas, huésped, te diré que este palacio fue irreprochable en otros tiempos, cuando mi padre estaba aquí. Pero los dioses decidieron otra cosa, tramando desgracias, y borraron del mundo el rastro de mi padre. Y no solo me lamento por él, pues, aprovechando su ausencia, los hombres poderosos de Ítaca pretenden casarse con mi madre, y arruinan mi casa consumiendo mis posesiones, como ves. Terminarán devorándome a mí.

Y le dijo Atenea, enojada:

–¡Cuánta falta hace Odiseo aquí! ¡Si él pusiera sus manos sobre estos desvergonzados, te aseguro que ellos se arrepentirían inmediatamente de su conducta escandalosa! Pero que él regrese al hogar y tome venganza es algo que depende de la voluntad de los dioses, y no de la nuestra. Mientras tanto, es necesario que pienses cómo echar del palacio a los pretendientes. Así que presta atención a mis palabras: convoca mañana una reunión de los hombres del pueblo en el ágora[2] y explícales la situación, y que los dioses sean testigos. Ordena a los pretendientes que vuelvan a sus casas. Si tu madre quiere casarse otra vez, que vaya a casa de su padre; allí prepararán su boda. A ti te doy este consejo: elige la mejor nave y marcha a informarte sobre el destino de tu padre. Para eso debes hablar con los héroes que lucharon con él en Troya y ya hace tiempo regresaron a sus hogares. Ve primero a Pilos y habla con Néstor.[3] Luego viaja a Esparta a ver a Menelao.[4] Él fue el último en volver de la guerra. Si te dicen que tu padre vive, espera un año más. Si te dicen que murió, levanta un monumento en su honor y pídele a tu madre que elija otro marido. Es preciso que ya no actúes como un niño. Sé valiente para que tus descendientes estén orgullosos de ti. Ahora tengo que partir. Te pido que sigas mis consejos.

Y luego de decir esto, Atenea se marchó, dejando más fuerte y animoso el pecho de Telémaco. Después de reflexionar, el joven se sorprendió, pues en su corazón había reconocido a la diosa. Marchó enseguida junto a los pretendientes y les habló de esta manera:

[2] El ágora era la plaza pública, donde los griegos llevaban a cabo sus deliberaciones.

[3] Néstor es un anciano, famoso por su prudencia y su elocuencia; es uno de los jefes de los griegos en la *Ilíada*, poema previo a la *Odisea* en el ciclo troyano.

[4] Menelao, rey de Esparta, es el marido de Helena, cuyo rapto por parte del príncipe troyano Paris había provocado la guerra de Troya.

–Ustedes, que asedian con insolencia a mi madre, disfruten del banquete ahora. Mañana al amanecer iremos a la plaza y les pediré que dejen mi palacio y mi comida y que preparen, si quieren, sus propios banquetes en sus casas. Pero si consideran que lo mejor es seguir devorando sin pagar la hacienda de un solo hombre, sigan haciéndolo. Yo rogaré a los dioses eternos, para que castiguen estos desmanes y ustedes mueran algún día dentro de este palacio.

Los pretendientes se quedaron admirados por la audacia de las palabras del muchacho, pero no dijeron nada. Al anochecer regresaron a sus casas pues solo permanecían en el palacio de Odiseo durante el día. Telémaco fue entonces a acostarse, guiado hacia el dormitorio por la antorcha de la anciana y fiel Euriclea. Ella amaba a Telémaco más que ninguna otra esclava, pues lo había criado cuando era pequeño.

Durante toda la noche, acostado y cubierto con una piel de oveja, él siguió pensando en el viaje que le había aconsejado Atenea.

Telémaco reúne al pueblo en asamblea. Los preparativos del viaje

Cuando surgió Eos,[14] la de dedos de rosa, Telémaco se levantó, se vistió, se colgó al hombro una espada y calzó sus hermosas sandalias. Al salir del dormitorio, lucía como un dios; parecía más alto y más fuerte. Ordenó a los heraldos que convocaran en el ágora a los ciudadanos y hacia allí se dirigió. En el camino, Atenea derramó sobre él un resplandor divino, y los hombres reunidos se asombraron al verlo. Le hicieron un lugar para que se sentara en el trono de su padre, y Telémaco tomó el cetro y habló así:

–Habitantes de Ítaca, no voy a comunicarles nada de interés para el pueblo, sino un asunto privado, una desgracia que ha caído sobre mi casa. Aunque, en verdad, las desgracias son dos. Una es haber perdido a mi noble padre, que en otro tiempo reinó sobre ustedes con bondad. La otra es que ahora una calamidad[15] mayor está por destruir mi casa y consumir mis bienes: son los hijos de los nobles de Ítaca, que asedian a Penélope, mi madre, sin que ella lo quiera. Vienen todos los días a mi casa y matan bueyes y cabras, y celebran banquetes y beben vino. Y todo lo hacen sin medida, pues falta allí un varón como Odiseo, que los enfrente. Espero que también ustedes se indignen y se avergüencen de estos hombres, que son sus vecinos. ¡Y teman la cólera de los dioses, pues ellos son capaces de cambiar la situación, hartos de este ultraje![16]

Así habló Telémaco, indignado, y arrojó el cetro al suelo, con un súbito acceso de llanto. La gente sintió pena y guardó silencio. Solo uno de los pretendientes, llamado Antínoo, le respondió de esta manera:

–Telémaco, fanfarrón, no sabes frenar tu lengua, e intentas cubrirnos de vergüenza. No somos nosotros los culpables de lo que acabas de decir. La culpable es tu madre, que lleva

14 Eos, hija de Hiperión y Tía y hermana de Helios (el Sol) y Selene (la Luna), es la personificación de la aurora. Suele describírsela como una diosa de "dedos color de rosa", que abre las puertas del cielo para permitir el paso del carro del Sol.

15 Una calamidad es una desgracia que afecta a muchas personas.

16 Un ultraje es un insulto, una ofensa o un desprecio.

casi cuatro años engañándonos. Ella se encarga de darle esperanzas a cada pretendiente, pero nunca se decide por ninguno. Hace un tiempo nos dijo: "Esperen a que termine de tejer una mortaja para Laertes, que ya está muy anciano y una vez fue el rey de esta isla; luego les comunicaré a cuál de ustedes elijo como marido". Pero ella tejía durante el día y destejía durante la noche, a la luz de las antorchas, y así pasaba el tiempo, hasta que descubrimos el engaño. Así que esta es la respuesta que te dan los pretendientes, a ti y al resto de los ciudadanos: busca a tu madre y ordénale que vaya a casa de su padre, para que sea él quien decida de una buena vez con quien casarla; pues cuanto más tiempo tarde, más se consumirán las riquezas de tu casa.

Y Telémaco respondió discretamente, aunque seguía indignado:

–No pienso echar de su casa, contra su voluntad, a quien me dio a luz y me crió. Además ¿quién puede demostrar que mi padre ha muerto y no regresará a buscar a su mujer? Así que no volveré a hablar con ustedes de estos temas. Solo les pido una cosa: quiero una nave ligera equipada con veinte remeros, para viajar a Esparta y a Pilos, a averiguar noticias de mi padre. Si me dicen que está vivo y en viaje de vuelta, esperaré un año más. Pero si me informan que ha muerto, regresaré enseguida, levantaré una tumba en su honor y entregaré mi madre a otro esposo.

Tras hablar así, se sentó, y la asamblea guardó silencio. Entonces se levantó Mentor,[1] antiguo compañero y amigo de Odiseo, y dijo:

–Habitantes de Ítaca, todos parecen haber olvidado al gran Odiseo, que nos gobernó con tanta bondad. No me lamento por los engreídos pretendientes, que realizan actos violentos y arriesgan sus cabezas al comerse las posesiones de aquel buen guerrero, convencidos de que él ya no volverá. Me irrito, más bien, con el resto de los ciudadanos: aunque son mayoría, nadie dice nada para frenar a los pretendientes.

Le contestó Leócrito, uno de los pretendientes:

[1] El nombre de Mentor, hijo de Álcimo y fiel amigo de Odiseo, ha pasado a nuestro idioma, convirtiéndose en un sustantivo común que designa a un consejero o guía, usualmente de un joven, como ocurre en la *Odisea* con Telémaco.

–Mentor, a pesar de tus años, eres un cabeza hueca. Aunque el mismísimo Odiseo regresara en persona e intentara echarnos de su casa, allí mismo encontraría la muerte, pues nosotros somos muchos, y él, uno solo. Has hablado como un insensato. Que cada cual vuelva ahora a su casa. A Telémaco lo ayudarán a preparar el viaje los antiguos compañeros de su padre, Mentor y Haliterstes. Aunque, si quieren saber lo que pienso, creo que Telémaco jamás realizará ese viaje, y preferirá esperar sentado a que las noticias de su padre lleguen a él...

Luego de este discurso, terminó la asamblea. Todos volvieron a sus casas, salvo los pretendientes, que marcharon nuevamente al palacio de Odiseo, para darse otro banquete. Telémaco, en cambio, se dirigió a la playa, lavó sus manos en el mar y le suplicó a Atenea:

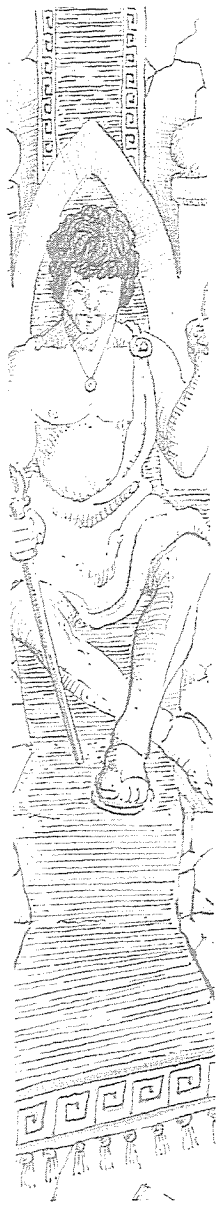
–Escúchame, diosa, que ayer viniste a mi palacio y me aconsejaste cruzar el mar brumoso para obtener noticias de mi padre. Todo lo demoran los habitantes de Ítaca; en especial los arrogantes pretendientes de mi madre, que están llenos de soberbia. ¿Cómo haré para obtener la nave y los remeros?

Entonces se le acercó Atenea, que había tomado el aspecto de Mentor, y le habló con estas palabras:

–Telémaco, tú heredaste el noble corazón de tu padre. No eres cobarde ni estúpido. Te aconsejo que vayas a tu casa y prepares las provisiones para el viaje. Yo convocaré a los voluntarios y aprontaré la mejor nave, para lanzarla al mar cuanto antes. Ten confianza: el viaje no será inútil.

Así habló la hija de Zeus, y Telémaco no se demoró más, pues se dio cuenta de que había escuchado la voz de la diosa. Volvió al palacio con el corazón angustiado, y allí encontró a los pretendientes, que estaban degollando cabras y asando cerdos en el patio. En cuanto lo vieron, se rieron de él y le dedicaron algunas palabras hirientes y burlonas.

Telémaco bajó a las bodegas de su padre, que contenían oro, telas, aceites y los más exquisitos vinos, conservados para Odiseo, por si alguna vez volvía a casa. Todo esto lo



custodiaba día y noche Euriclea, la fiel ama de llaves. A ella le pidió Telémaco que preparara los víveres necesarios para el viaje. Pero Euriclea rompió en llanto mientras le decía:

–Hijito, ¿por qué se te ha ocurrido la idea de partir? ¿Para qué vas a viajar, siendo el único varón de esta casa? Odiseo ha muerto lejos de su patria, y es casi seguro que los pretendientes planean matarte en una emboscada en el momento en que te embarques, para luego repartirse tus bienes. Por favor, quédate. No hay ninguna necesidad de que enfrentes los peligros del mar.

Pero Telémaco le contestó:

–Vamos, no estés triste. Quiero que sepas algo: fue un dios el que me inspiró la idea del viaje, así que puedes estar tranquila. Ahora júrame que no hablarás de esto con mi madre hasta que hayan pasado diez o doce días. No quiero que se marchite su piel con nuevas penas.

La anciana juró que no hablaría, y luego preparó las provisiones para veinte hombres, tal y como Telémaco le indicó.

Mientras tanto, Atenea había tomado el aspecto de Telémaco y anduvo por la ciudad, convocando a algunos hombres honrados para que se reunieran con él por la noche, junto a la nave.

Así se puso el sol y los caminos se cubrieron de sombras. Y cuando los hombres se congregaron en la playa, dispuestos a partir, acudió Atenea al palacio de Odiseo. Allí derramó el sueño sobre los pretendientes, que se apuraron por volver a sus casas a dormir, pues los párpados les pesaban. Entonces Atenea llamó a Telémaco desde afuera del palacio, tomando la voz y la figura de Mentor:

–Tus compañeros te esperan a bordo, con los remos en las manos. Vamos, no retrasemos más el viaje.

Con la apariencia de Mentor, la diosa guió a Telémaco hacia la playa. Cargaron las provisiones y subieron a la nave. Atenea se sentó en la popa y Telémaco se ubicó a su lado.

En cuanto los compañeros soltaron amarras, Atenea hizo que un viento favorable soplara con suavidad sobre el mar color de vino. A medida que se alejaban de la costa, los hombres realizaron libaciones[18] a los dioses inmortales, en especial a la de ojos brillantes, la gloriosa hija de Zeus.

Así fue como la rápida nave siguió su camino entre las olas, durante toda la noche y el amanecer del día siguiente.

18 Los griegos acostumbraban a derramar vino u otros licores en honor de los dioses: en eso consistían las libaciones.

Telémaco en Pilos

Cuando llegaron a Pilos, el Sol[19] abandonaba el hermoso estanque del mar para subir al cielo y alumbrar, desde allí, a los dioses y a los hombres.

Los pilios estaban en la playa, sacrificando toros negros en honor de Poseidón, el dios que sacude la tierra. Había nueve grupos de quinientos hombres cada uno, y cada grupo sacrificaba nueve toros. Los itacences entraron en el puerto, plegaron las velas, amarraron la nave y descendieron. Atenea marchó al frente, siempre con el aspecto de Mentor, y Telémaco la siguió. La diosa de ojos brillantes le dijo estas palabras:

–A partir de este momento, Telémaco, no debes sentir vergüenza, ni siquiera un poco, pues has cruzado el mar para averiguar noticias sobre tu padre. Así que ve con decisión al encuentro de Néstor, domador de caballos, y pídele que te cuente todo lo que sabe.

Y contestó Telémaco:

–Mentor, ¿cómo voy a acercarme a él? ¿Cómo debo hablarle? No tengo experiencia en estas cosas. Y a un hombre joven siempre le da vergüenza hacer preguntas a uno mayor.

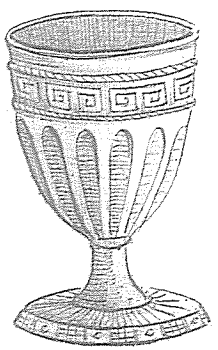
Atenea le contestó:

–Algunas palabras las hallarás tú mismo, y otras te las inspirará un dios, pues has nacido y te has criado al amparo de los dioses, de eso estoy seguro.

Y tras este diálogo, se acercaron al grupo donde estaba Néstor, sentado con sus hijos.

Cuando vieron a los recién llegados, los pilios les tendieron las manos en señal de bienvenida y los invitaron a sentarse junto a ellos, sobre cómodas pieles de oveja extendidas en la arena. Pisístrato, el hijo de Néstor, les dio raciones de carne y les sirvió vino en copas de oro. Luego habló cortésmente, dirigiéndose a Atenea, la hija de Zeus:

19 Para los griegos, el Sol era una divinidad, a quien conocían con el nombre de Helios; era hermano de la Aurora (Eos) y de la Luna (Selene).



–Forastero, eleva tus súplicas al inmortal Poseidón, pues damos este banquete en su honor. Después de tus libaciones, pasa la copa a tu joven amigo, para que también él invoque a los dioses, pues todos los hombres necesitan ayuda del cielo.

Atenea realizó el rito, y luego lo hizo Telémaco. Y una vez que todos saciaron el deseo de comer y de beber, habló Néstor, el domador de caballos:

–Forasteros, ¿nos dirán ahora quiénes son y de dónde vienen, surcando los caminos del mar?

Atenea infundió entonces valor en el pecho de Telémaco, y el hijo de Odiseo respondió así:

–Néstor, orgullo de los aqueos,[20] venimos de Ítaca, y el asunto que nos trae es privado, no público. Ando en busca de noticias sobre mi padre, Odiseo, el sufridor, de quien se dice que en otros tiempos arrasó la ciudad de Troya combatiendo junto a ti. Ya averigüé dónde murió cada uno de los guerreros que lucharon con ustedes; pero nada sé de Odiseo, y nadie se atreve a decirme si ha muerto, y en qué lugar: si fue en tierra, a manos de enemigos, o si fue en el mar, entre las olas. Por eso vengo ante ti. Para que me cuentes su triste fin, si quieres, y si es que lo viste con tus propios ojos, o lo escuchaste por boca de algún viajero.

Néstor, el domador de caballos, respondió:

–Hijo mío, tus palabras me hicieron recordar los infortunios que soportamos en las llanuras de Troya. Durante nueve años estuvimos allí. Muchos de los mejores hombres entre los nuestros murieron en el combate. En esas tierras reposan Áyax,[21] Aquiles,[22] Patroclo,[23] a quien nadie igualaba en dar consejos, y también mi querido hijo Antíloco, que vencía a todos en la carrera y en la lucha cuerpo a cuerpo... ¿Quién sería capaz de contar cada uno de esos males? ¡Fueron tantos los que murieron hasta que logramos entrar y conquistar la ciudad, gracias al ardid[24] que ideó el más sagaz de los aqueos: Odiseo, tu padre! Entonces la guerra terminó. Pero en todos esos años, muchos aqueos se habían comportado en forma injusta e imprudente, despertando la cólera de los dioses.

20 Homero usa el nombre de aqueos para designar a los pueblos que habitaban Grecia.

21 Áyax, hijo de Telamón, era el rey de Salamina y, después de Aquiles, el más poderoso de los guerreros griegos que combatieron en la guerra de Troya.

22 Aquiles, hijo de Peleo y de la diosa marina Tetis, es el héroe de la *Ilíada*, poema en que se narra el fin de la guerra de Troya.

23 Patroclo, fiel compañero y amigo de Aquiles, encuentra la muerte a manos de Héctor, héroe principal de los troyanos.

24 Un ardid es un engaño o una estratagema; en este caso, se refiere al célebre caballo de Troya, mediante el cual Odiseo logra introducir las tropas griegas en la ciudadela fortificada de Troya.

Y Zeus, el que junta las nubes, tramó desgracias para nosotros. Ansiosos por volver a casa, algunos subimos pronto a las naves, y otros decidieron esperar un tiempo más en tierra, y ofrecer sacrificios a los dioses, para aplacar su ira. El prudente Odiseo permaneció allí, y esa fue la última vez que lo vi. Desde entonces, no tuve noticias de él. Yo llegué a mi tierra sin saber quiénes se salvaron y quiénes perecieron, pero me han contado que algunos de mis compañeros ya están en sus hogares. Menelao es uno de ellos. En cuanto a Agamenón,[25] seguramente ya sabes qué miserable muerte le había preparado Egisto[26] a su regreso... aunque este ya pagó por el crimen. ¡Qué bueno es que a un hombre muerto le quede un hijo para vengarlo, tal como Orestes[27] vengó la muerte de su padre matando al tramposo Egisto! También tú, Telémaco, debes ser fuerte, para que tus descendientes estén orgullosos de ti.

Y entonces habló Telémaco discretamente:

–Néstor, orgullo de los aqueos, así es. Orestes se vengó y por eso su fama será recordada entre los hombres. ¡Ojalá los dioses me dieran a mí esa misma fuerza para hacer pagar a los pretendientes de mi madre por todas sus insolencias!

–Me he enterado de que los pretendientes están cometiendo muchas injusticias en el palacio de Odiseo. ¡Quién sabe si él regresará un día para darles su merecido! Mientras tanto, te doy este consejo: no pases mucho tiempo lejos de tu casa, dejando tus riquezas en manos de hombres indignos. Ve a reunirte con Menelao, que regresó hace poco. Tal vez él sepa algo sobre tu padre. Puedes viajar en la nave con tus compañeros, pero llegarás más rápido por tierra. Si así lo prefieres, pongo a tu disposición un carro con caballos, y también a mis hijos, que te escoltarán a Esparta, donde vive Menelao.

Así habló Néstor, y el Sol se sumergió y llegaron las sombras. Entonces Atenea y Telémaco se pusieron en pie para volver a la nave, pero Néstor los retuvo con estas palabras:

–Ni Zeus ni el resto de los dioses permitirán que regresen a dormir a la nave como si volvieran de la casa de un pobre, que no cuenta con mantas ni lechos suficientes para sus huéspedes. El querido hijo de Odiseo no dormirá sobre las tablas de su nave mientras yo esté vivo y pueda alojar a quien llega a mi palacio.

Y Atenea, la diosa de ojos brillantes, dijo:

–Bien dicho, estimado anciano. Será conveniente que Telémaco te haga caso. Yo volveré a la nave, porque soy el mayor, y quiero dar ánimo a nuestros jóvenes compañeros. Dormiré allí, y al amanecer iré a unas tierras vecinas, donde debo cobrar una deuda. Tú envía a Telémaco a Esparta junto a uno de tus hijos. Dale un carro y los caballos más resistentes y veloces que poseas.

Después de hablar así, Atenea se marchó adoptando la forma de un águila. Todos los aqueos quedaron sorprendidos. Néstor tomó la mano de Telémaco y le dijo:

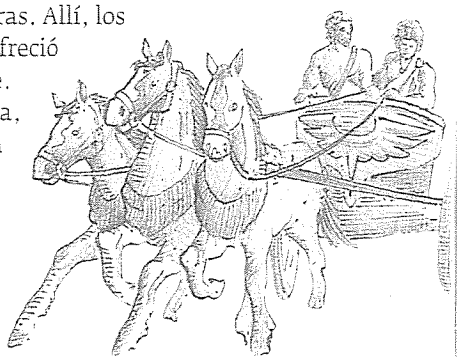
–Amigo, no serás débil ni cobarde si siendo tan joven te escoltan los dioses. Pues esa no era otra que Atenea, hija de Zeus, la que también amaba a tu padre más que a nadie entre los aqueos.

Así que, al día siguiente, muy temprano, Néstor mandó sacrificar una novilla en honor de Atenea, que le había hecho el honor de visitarlo. Una vez que se cumplieron los ritos, los heraldos aprontaron el carro y los caballos, y el ama de llaves preparó vino y abundantes y ricas provisiones. Telémaco subió al hermoso carro y a su lado se colocó Pisístrato, el hijo de Néstor. Él tomó las riendas, hizo chasquear el látigo en el aire y los caballos se lanzaron al galope.

Durante todo el día corrieron hasta llegar a Feras. Allí, los jóvenes acudieron a casa de Diocles, quien les ofreció hospitalidad y lechos confortables para la noche.

Y cuando volvió a surgir Eos, la de dedos de rosa, Telémaco y Pisístrato retomaron su camino, y en una jornada llegaron a los campos cubiertos de trigo, donde terminaba su viaje. ¡Así de veloces eran los caballos!

Y luego el Sol bajó, y los caminos se llenaron de sombras.



25 Agamenón es, en la *Ilíada*, el capitán general de los ejércitos griegos. A su regreso de la guerra, encuentra la muerte a manos de su sobrino Egisto, amante de su esposa Clitemestra.

26 Tras seducir a Clitemestra mientras su marido se encontraba combatiendo en la guerra, y luego del asesinato de este, Egisto consigue reinar en Micenas durante siete años, hasta que Orestes venga a su padre.

27 Orestes, hijo de Agamenón y Clitemestra, es rescatado por su hermana Electra luego del asesinato de su padre, y llevado a Fócide en secreto. Al convertirse en adulto, recibe de Apolo la orden de vengar a su padre, matando a Egisto y también a su propia madre, Clitemestra.

Telémaco en Esparta

Cuando llegaron a Esparta, la de valles profundos, se dirigieron al palacio del gran Menelao, donde había una reunión con muchos invitados. Ese mismo día se celebraban dos bodas: la de su hijo y la de su hija. Todos se deleitaban con el banquete, mientras un divino aedo[28] les cantaba tocando la cítara. Telémaco y Pisístrato fueron invitados a pasar y sentarse. Les sirvieron comida y bebida y les dijo Menelao:

–Disfruten de la fiesta; luego me dirán quiénes son. Sin duda el linaje[29] de sus padres no ha desaparecido, pues ustedes parecen hijos de reyes que llevan el cetro.

Y les ofreció trozos de un lomo asado que le habían servido a él mismo como bocado de honor. Y cuando saciaron el deseo de comer y de beber, Telémaco habló al hijo de Néstor, acercando la cabeza a su oído para que los demás no escucharan:

–Observa, amigo, los brillos del palacio: el resplandor del bronce, del oro, del ámbar, de la plata y del marfil. Seguro que así luce la morada de Zeus en el Olimpo. ¡Cuántas riquezas! ¡No dejo de asombrarme al contemplarlas!

Menelao se dio cuenta de lo que estaba diciendo, y les dirigió estas aladas palabras:

–Hijos míos, ningún mortal puede compararse con Zeus y sus posesiones. Tal vez algún hombre pueda competir conmigo en riquezas, estas que traje en mis naves después de sufrir muchos males y andar errante mucho tiempo, una vez que los aqueos vencimos en Troya. ¡Pero les aseguro que cambiaría mi palacio y la mitad de estos bienes por ver sanos y salvos a los hombres que murieron en aquella guerra! Por el que más me lamento es por aquel cuyo recuerdo amarga mi sueño y mis comidas, pues ninguno de los aqueos sufrió tanto como Odiseo, de quien no sabemos si vive o ha muerto. Sin duda, tanto como yo lo lloran su esposa Penélope, su anciano padre Laertes y el joven Telémaco, a quien dejó en la casa recién nacido.

Así habló, y Telémaco sintió ganas de llorar por su padre. Una lágrima brotó de sus ojos, y se cubrió el rostro con el manto. Menelao lo notó y comenzó a meditar si en verdad era posible que aquel joven fuera el hijo de Odiseo. Se preguntó si convenía dejar que Telémaco hablara en forma espontánea, o si debía hacerle preguntas e incitarlo a abordar el tema. Y mientras trataba de decidirse, su esposa, la hermosa Helena, salió de su habitación y fue a sentarse junto a él. En cuanto vio a los recién llegados, le preguntó a su marido:

–Menelao, ¿sabemos ya quiénes son estos jóvenes que han llegado a nuestra casa? No sé si me engaño, pero uno de ellos se parece asombrosamente a Odiseo.

–Yo pienso lo mismo, mujer. Tiene la misma mirada, las mismas manos, el mismo cabello... Y hace un momento, cuando yo recordé el nombre del héroe, noté que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Entonces habló Pisístrato, el hijo de Néstor:

–Menelao, conductor de pueblos, ciertamente este es el hijo de Odiseo; pero es discreto y ha sentido vergüenza de hablar ante ti, a quien escuchamos como a un dios. Mi padre Néstor, domador de caballos, me envió para acompañarlo, pues Telémaco quería verte y oír tu consejo. Los sufrimientos de un hijo son muchos cuando el padre no está en la casa y nadie más puede protegerlo.

Y Menelao contestó:

–¡Ay! Está en mi hogar el hijo del hombre al que tanto quise. Tenía planeado honrar a Odiseo por encima de todos los aqueos cuando regresara. Pensaba edificarle aquí un palacio para que viniera con sus bienes y su familia y su gente, y pudiéramos reunirnos con frecuencia, hasta que la negra nube de la muerte nos llevara. Pero un dios determinó que él sea el único que no puede regresar. He conocido muchos héroes y he visitado muchas tierras, pero nunca vi a nadie

28 En la antigua Grecia, los aedos eran los encargados de cantar las narraciones épicas que, además de amenizar los banquetes y las reuniones, tenían como función preservar la memoria del pueblo.

29 El linaje es la descendencia o la ascendencia de una familia.

semejante al divino Odiseo, ninguno con su corazón y su ingenio. ¡Cuántas hazañas realizó en Troya! Lo último que supe de él es que lo vieron en una isla, derramando abundante llanto, en el palacio de la ninfa Calipso, que lo retiene por la fuerza. Esto me lo dijo el anciano Proteo,[30] pastor de focas, cerca de la costa de Egipto, cuando yo venía de regreso con mis naves, luego de atravesar incontables peripecias.

Y Menelao relató a continuación su propio y difícil retorno. Cuando terminó, ya se había hecho muy tarde. La hermosa Helena mandó a sus esclavas que colocaran camas en el pórtico y dispusieran hermosas mantas de púrpura y ropas de lana para cubrirse. Allí se acostaron Telémaco y el ilustre hijo de Néstor, mientras Menelao y la divina Helena marchaban a su habitación.

Cuando surgió Eos, la de dedos de rosa, Menelao se levantó del lecho y fue a reunirse con Telémaco. Luego de saludarlo, le dirigió estas palabras:

–Vamos, quédate en mi palacio unos días. Luego te irás con espléndidos regalos: tres corceles y un carro brillante, y una hermosa copa para que hagas libaciones a los dioses inmortales y te acuerdes de mí todos los días.

Telémaco le respondió con discreción:

–Menelao, permanecería un año junto a ti sin que la nostalgia de mi hogar me oprimiera el pecho, pues me encanta escuchar tus relatos y tus palabras. Pero mis compañeros me esperan en Pilos y deben estar impacientes. Los caballos que me ofreces los dejaré aquí en tu honor, pues tú reinas en estos campos donde crecen el trébol, el trigo y la cebada. En Ítaca en cambio no hay praderas ni llanuras, es tierra de cabras. Así son las islas abiertas al mar: los caballos no pueden correr ni pastar. Y en Ítaca menos que en ninguna otra.

Así habló, y Menelao, el valiente en la lucha, sonrió, le acarició la cabeza y le dijo:

–Hijo mío, tu noble sangre se refleja en tus palabras. Cambiaré el regalo, entonces, por el más hermoso y el más caro de todos los objetos que hay en mi palacio: una vasija

30 Proteo es un dios del mar, encargado de cuidar los rebaños de focas y otros animales marinos de Poseidón. Tiene el poder de transformarse en cualquier cosa que desee, que utiliza especialmente para escapar de quienes intentan atraparlo para interrogarlo, pues tiene además el don de la profecía.

laboriosamente trabajada en plata, con los bordes de oro. Es obra de Hefesto[31] y a mí me la dio el héroe Fedimo, rey de los sidonios, que me albergó en su casa durante mi viaje de regreso. Eso es lo que quiero regalarte.

Mientras conversaban así, iban llegando los invitados. Unos traían ovejas, y otros traían vino, que reconforta el ánimo. Y las esposas de bellas trenzas enviaban el pan. Así se preparaba la comida en el palacio.

En Ítaca, mientras tanto, los pretendientes se divertían lanzando el disco y la jabalina ante el palacio de Odiseo, como si fueran los dueños del lugar. Antínoo y Eurímaco permanecían sentados. Por ser los más nobles, eran tomados como jefes por los demás pretendientes. Entonces se les acercó Noemón, el hombre que le había prestado la embarcación a Telémaco, y le hizo a Antínoo esta pregunta:

–Antínoo, ¿se sabe cuándo volverá Telémaco desde Pilos? Se marchó con mi nave y ahora la preciso.

Quedaron atónitos[32] al escucharlo, pues no sabían nada del viaje. Al fin, Antínoo respondió:

–Dime la verdad: ¿cuándo se marchó y quiénes lo acompañaban?

Y Noemón dijo:

–Iban con él los jóvenes más destacados del pueblo. Y Mentor lo acompañaba como jefe, aunque tal vez fuera un dios... Digo esto porque ayer vi a Mentor por aquí, y eso que se había embarcado hacia Pilos.

Y después de hablar así se marchó, y los otros dos, con ánimo irritado, detuvieron los juegos e hicieron sentar a los demás pretendientes. Antínoo les habló con el corazón lleno de negra cólera y los ojos encendidos como el fuego:

–¡Ay! A pesar de que somos muchos, un niño se nos escapa por mar con una nave, luego de elegir a los mejores del pueblo para que lo acompañen. ¡Buen trabajo hizo Telémaco! ¡Y nosotros no lo creíamos capaz! Pronto se convertirá en nuestra condena. ¡Ojalá Zeus termine con él

31 El rengo Hefesto, hijo de Zeus y Hera, es el dios del fuego. Además, es el patrono de los inventos y de la metalurgia; suele representárselo en su propio taller, debajo de un volcán, donde trabaja ayudado por los cíclopes en la confección de armas y complejos mecanismos de ingeniería.

32 Atónito significa "sorprendido" o "espantado".

antes de que maduren sus años! Pero vamos, denme una nave y veinte compañeros para tenderle una emboscada. Lo esperaremos en el estrecho entre Ítaca y la escarpada Same. Quizás el viaje que emprendió en busca de su padre termine siendo su desgracia.

Así habló, y todos aprobaron y alentaron sus palabras.

Penélope no tardó en enterarse de los planes de los pretendientes. Ella estaba convencida de que Telémaco había ido al campo, como tantas otras veces. En cuanto supo lo que en verdad sucedía, el corazón se le llenó de angustia y no podía parar de llorar. Cuando se calmó un poco, se bañó, se puso vestidos limpios y marchó a su cuarto junto con sus criadas. Llenó una cesta con granos de cebada y le dirigió esta súplica a Atenea:

Entonces el corazón de Penélope se calmó, porque en lo más profundo de la noche la había visitado un claro sueño

–Escúchame, hija de Zeus: si alguna vez el querido Odiseo hizo sacrificios en tu honor, acuérdate de ellos ahora y salva a mi hijo. Permítele escapar de las redes que tienden contra él los orgullosos pretendientes.

Y esa noche, mientras dormía, Atenea se le presentó en sueños. Había tomado la figura de una amiga muy querida de Penélope, a la que hacía tiempo que no veía, y le habló de este modo:

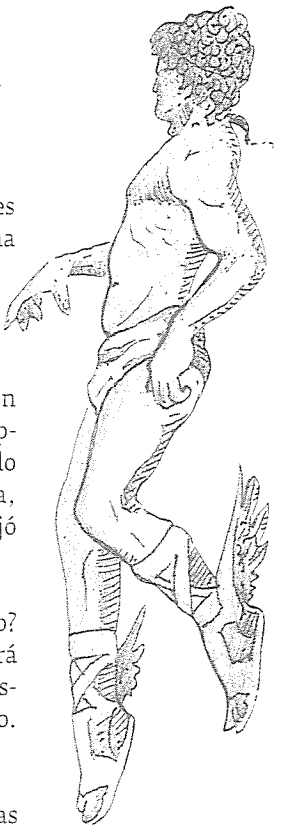
–Ánimo, no tengas miedo. Atenea ha escuchado tus lamentos y no permitirá que nada malo le suceda a Telémaco.

Y luego de decir esto, la figura se disipó con el viento. Entonces el corazón de Penélope se calmó, porque en lo más profundo de la noche la había visitado un claro sueño.

A esa hora, los pretendientes se habían embarcado y surcaban los caminos de agua, pensando cómo dar muerte a Telémaco.

En medio del mar, entre Ítaca y la escarpada Same, hay una isla pequeña y pedregosa llamada Asteris. Allí se emboscaron los pretendientes a la espera del hijo de Odiseo.

Odiseo deja la isla de Calipso y llega a la tierra de los feacios



Se alzó Eos para traer luz al cielo y a la tierra, y los dioses se reunieron en asamblea junto a Zeus, el que truena en lo alto, el más poderoso. Atenea, preocupada por Odiseo, les relataba las penas del héroe que seguía retenido por Calipso:

–Padre Zeus, dioses inmortales, les pido que actuemos pronto. Odiseo, que en otro tiempo gobernó a los suyos con bondad, hace tiempo que sufre en el palacio de la ninfa Calipso, pues no cuenta con naves ni remos ni compañeros que lo ayuden a cruzar el ancho mar para volver a su patria. Y ahora, además, quieren matar a su querido hijo Telémaco, que viajó a Pilos y a Esparta buscando noticias sobre su padre.

Y le contestó Zeus, el que junta las nubes:

–Hija mía, ¿no habíamos decidido ya el regreso de Odiseo? Ten la seguridad de que así se hará y de que él se vengará finalmente de esos hombres soberbios. Tú acompaña diestramente a Telémaco para que vuelva a su casa sano y salvo. Yo me ocuparé del resto.

Y entonces se dirigió a Hermes, el dios mensajero:

–Hermes, ve a comunicarle a Calipso, la ninfa de hermosas trenzas, nuestra firme decisión: ha llegado la hora de que el sufridor Odiseo regrese a su patria. Que vuelva en una balsa, sin compañía de dioses ni de hombres, y viaje a la tierra de los feacios. Ellos lo honrarán y le darán una nave sólida y bien provista de riquezas para que regrese a Ítaca. Pues su destino es volver a ver a los suyos.

Así habló, y de inmediato Hermes ató a sus pies las hermosas sandalias doradas que permiten viajar con el viento, sobre el mar o las montañas. Tomó también la vara con la que puede hacer dormir a los despiertos o despertar a los

que duermen. Y luego echó a volar sobre las olas, rozando ligeramente las aguas, como un ave que busca peces y moja sus alas en la espuma.

Cuando llegó a la isla, anduvo hasta el lugar donde habitaba Calipso. Era una gran cueva en el bosque, rodeada por árboles frondosos[33] donde anidaban halcones, búhos y chillonas cornejas de mar. Un delicado jardín de violetas crecía junto a un arroyo de agua cristalina, y también había allí una vid cargada de uvas. Incluso un dios que llegara hasta allí se admiraría y se alegraría en su corazón ante un espectáculo tan grato.

En la entrada de la cueva ardía un fuego, y el aroma de la leña de cedro perfumaba el lugar. Calipso tejía y cantaba con voz melodiosa. Cuando vio a Hermes, lo reconoció enseguida, pues los dioses reconocen a otros dioses, aunque vivan en lugares distantes. Pero Odiseo no estaba con ella. Él, como todos los días, había ido hasta los acantilados de la costa, donde se sentaba a llorar mientras miraba el oleaje.

Calipso hizo pasar a Hermes, le sirvió néctar y ambrosía[34] y le dijo:

–Querido y venerado Hermes, no es habitual que me visites. ¿Qué te trae por aquí?

Y Hermes, el mensajero, contestó:

–He atravesado el mar por encargo de Zeus. El rey de los dioses dice que a tu lado se encuentra hace tiempo un hombre, el más desdichado de todos los que combatieron en Troya durante nueve años. El viento y las grandes olas lo empujaron aquí cuando regresaba a su hogar. Ahora Zeus te ordena que lo dejes partir sin demora, pues su destino es volver entre los suyos.

Calipso se estremeció.

–¡Qué crueles son los dioses! –dijo–. Se irritan contra mí porque amo a un mortal. Lo mismo pasó con Eos y Orión[35], y con Deméter y Yasión.[36] Ahora envidian mi amor por ese hombre al que salvé, cuando fue el mismo Zeus quien, con un rayo brillante, destrozó su nave en medio del mar. Allí murieron todos sus compañeros y solo él llegó hasta aquí, arrastrado por el viento y las olas. Yo lo recibí, lo alimenté y le prometí hacerlo inmortal si se quedaba conmigo... Ah, sé muy bien que no es posible quebrantar la voluntad de Zeus ni desafiar sus órdenes. Así que dejaré que Odiseo se marche. Pero antes le aconsejaré la mejor manera de llegar a tierra sano y salvo.

Así habló la ninfa, y Hermes partió satisfecho.

Calipso salió en busca de Odiseo y lo encontró sentado a orillas del mar, con los ojos todavía húmedos de lágrimas. Aunque ella lo amaba, él no la correspondía y pasaba los días con el alma deshecha por el recuerdo de su patria, de su familia y de su hogar.

La ninfa se detuvo a su lado y le dijo:

–Odiseo, ya no te lamentes. Deja de consumir así tu existencia. Vamos, ve a buscar el hacha y corta unos maderos que sirvan para construir una buena balsa. Yo cargaré en ella pan, agua y vino en abundancia. También te daré ropas y haré soplar un viento favorable que te lleve sano y salvo hasta tu patria, si así lo quieren los dioses del cielo. Estoy dispuesta a dejarte partir.

El divino Odiseo se estremeció al oír esas palabras y respondió:

–Diosa, ¿qué planeas hacer conmigo? ¿Por qué me envías a cruzar el abismo del mar en una simple balsa, cuando sabes muy bien que ni siquiera las mejores naves están libres de peligro? No, nunca subiría a una balsa, a menos que me prometas que no tramarás desgracias contra mí.

Calipso sonrió, le acarició la mano y le dijo:

–Querido Odiseo, ¿cómo piensas que puedo desearte una calamidad así? Que la Tierra, el ancho Cielo y el agua que fluye de la Estigia[37] sean testigos de que no tramo contra ti ningún mal. Bien sabes que este es el juramento más grande que pueden hacer los dioses. En mi pecho, ahora, solo hay compasión. Me gustaría que te quedaras aquí conmigo, pero sé que ansías volver a ver a tu esposa, y espero que el destino no te depare en el camino nuevas penas.

33 Frondoso significa "abundante en hojas y ramas".

34 El néctar y la ambrosía son, tradicionalmente, el manjar preferido por los dioses.

35 Orión, hijo de Euríale y Poseidón, es un gigante cazador. Eos se enamoró de él y lo raptó. Sin embargo, su final fue trágico: al intentar seducir a la diosa Artemisa, esta le envió un escorpión que lo picó en el talón.

36 Yasión, hijo de Zeus y Electra, se enamoró de Deméter, diosa maternal de la tierra. Según algunas versiones, su amor no fue correspondido por la diosa, y Zeus lo castigó fulminándolo con el rayo por intentar seducirla; según otras, el amor fue recíproco, y ambos engendraron a Pluto, personificación de la riqueza.

37 La Estigia era una fuente que se encontraba en Arcadia; brotaba de una roca muy escarpada y luego se perdía en lo profundo de la tierra. Los griegos le atribuían propiedades nocivas, y creían que sus aguas provenían del Éstige, uno de los ríos de los Infiernos.

Y dijo Odiseo:

–Venerable Calipso, reconozco que Penélope no puede compararse contigo, pues ella es mortal y tú eres una diosa. Pero, aun así, cada día deseo regresar entre los míos. Y si alguno de los dioses me maltrata en el camino, sabré tener paciencia y enfrentar con ánimo lo que me toque, pues he padecido ya muchos males.

Así habló Odiseo, y ambos comenzaron enseguida a ocuparse de la partida. Al cuarto día la balsa estaba lista. Y al quinto, Calipso dejó marchar al héroe, después de lavarlo y vestirlo con ropas perfumadas y enviarle una templada brisa a favor.

Y si alguno de los dioses me maltrata en el camino sabré tener paciencia y enfrentar con ánimo lo que me toque

Odiseo, contento, desplegó la vela y maniobró el timón con destreza. No caía el sueño sobre sus ojos, que durante la noche contemplaban las estrellas. En especial a Orión, pues Calipso le había encomendado que navegase siempre teniendo ese astro a su izquierda.

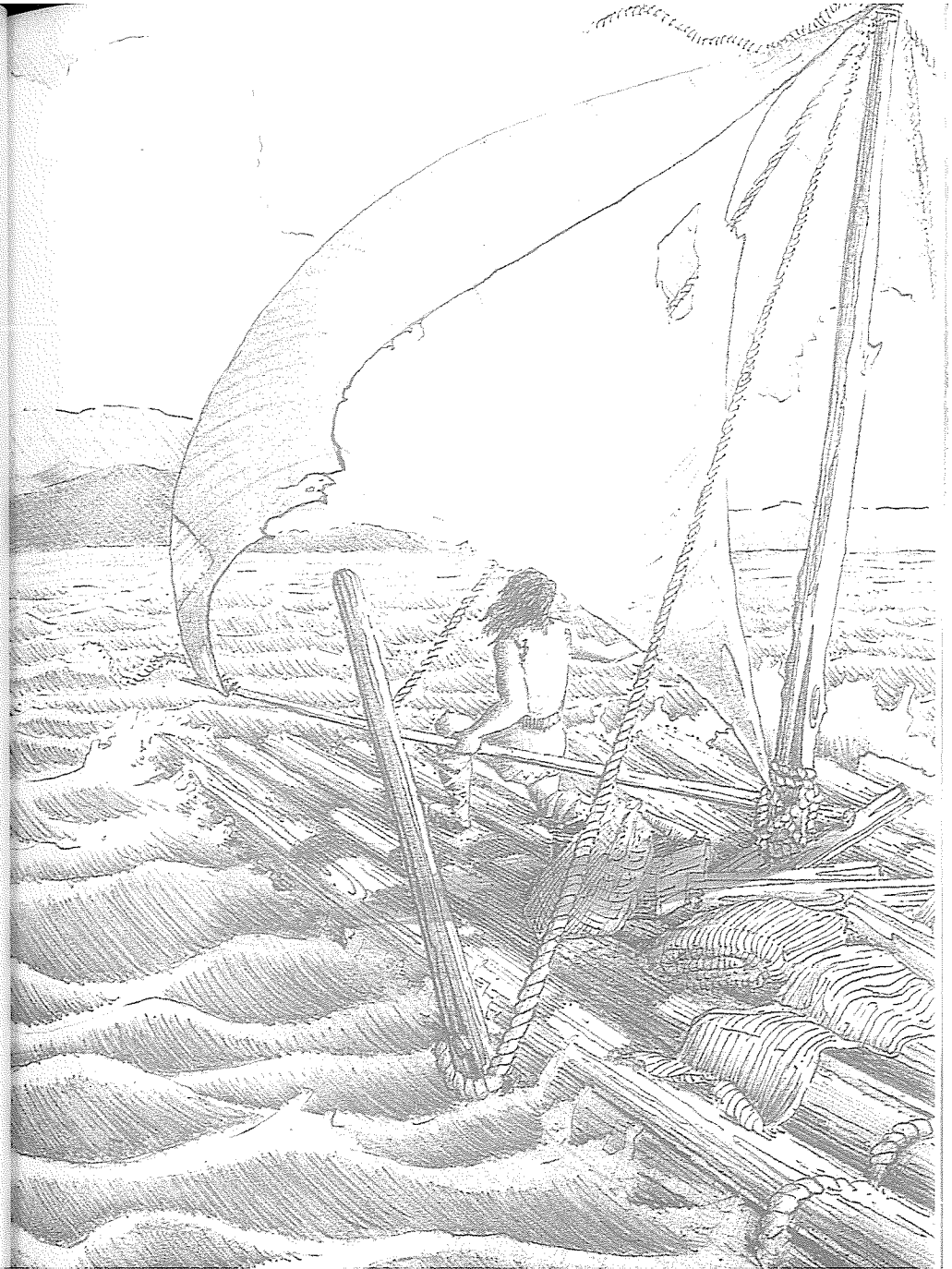
Pasaron así diecisiete días, y entonces aparecieron ante él los montes del país de los feacios, como escudos que surgían del mar.

Pero Poseidón, el dios que sacude la tierra, que volvía de estar con los etíopes, vio a Odiseo navegando a lo lejos y el corazón se le llenó de rabia. Sacudió la cabeza y se dijo:

–Seguramente los dioses inmortales cambiaron de opinión respecto de Odiseo mientras yo no estaba. ¡Qué vergüenza! Ya está cerca de la tierra de los feacios, donde es su destino liberarse de la red de dolores que lo envuelve. Pero no le resultará tan fácil lograr lo que se propone.

Y enseguida, tras estas palabras, amontonó las nubes, agitó el mar y soltó vientos huracanados en todas las direcciones. La noche surgió en el cielo y se levantaron olas gigantescas. A Odiseo se le encogió el corazón, y con dolor se dijo:

–¡Ay! ¡Ojalá hubiera muerto en las llanuras de Troya! Allí, por lo menos, habría recibido honras fúnebres, y los aqueos hubieran hecho circular mi gloria por el mundo. Pero ahora el destino me sorprende con una muerte miserable.



Apenas dijo esto, una ola enorme cayó sobre la balsa, quebró el mástil y arrojó al héroe a las aguas heladas. La marea lo arrastró sin darle respiro. Cuando pudo asomar la cabeza, nadó con fuerza hasta alcanzar los restos de la embarcación, que iban y venían golpeados ferozmente por las olas.

Entonces lo vio Ino,[38] la ninfa de hermosos pies, que antes había sido mortal y ahora vivía en el fondo del mar, con el favor de los dioses. Se compadeció de Odiseo y surgió del agua semejante a una gaviota, llevando un manto mágico en el pico. Se posó sobre un madero y le habló así:

–¡Desdichado! Se ve que Poseidón está muy enojado contigo. Pero no temas, ya que no morirás. Haz lo que te digo: quítate esas pesadas ropas, abandona la balsa y nada hasta la tierra de los feacios con este manto bajo tu pecho, sin temer a la muerte. Cuando llegues a la costa, suelta el manto enseguida y devuélvelo al mar.

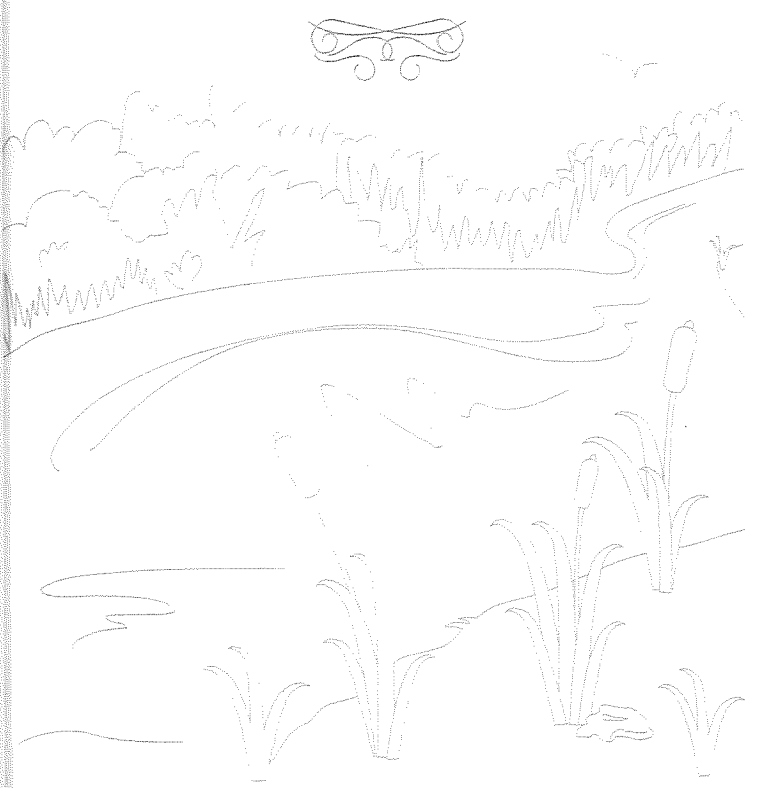
Entonces Ino le entregó el manto y desapareció entre las aguas. En ese momento, otra ola gigante y terrible se abatió sobre la balsa y destruyó los restos que aún quedaban. Odiseo logró montarse a un leño. Arrancó sus ropas como pudo, extendió el mágico manto bajo su pecho, se puso boca abajo sobre el mar y nadó con fuerza. Anduvo así dos días y dos noches, perdido, azotado por las olas y la marejada, presintiendo la funesta muerte. El sabor de la sal le quemaba la boca.

Por fin, al alba del tercer día, el viento se detuvo y Odiseo vio tierra firme. Era una costa abrupta hecha de peligrosas rocas afiladas. Si las olas lo arrastraban contra ellas, moriría despedazado. Así que nadó aún durante mucho tiempo, en busca de una playa, y llegó al fin hasta la boca de un río. Odiseo suplicó al dios del río con las pocas fuerzas que le quedaban:

–Escúchame, señor, quienquiera que seas. Ten piedad de mí y recíbeme, pues llego como suplicante, huyendo del mar y de las amenazas de Poseidón.

Y el río lo aceptó, y lo llevó en su calma corriente hasta depositarlo en tierra. Odiseo cayó sin aliento, agotado por su lucha contra el mar. Tenía el cuerpo hinchado, y de su boca y su nariz manaba agua salada. Pero en cuanto respiró y recuperó un poco el ánimo, recordó lo que le había dicho Ino. Echó al río el manto que había salvado su vida y vio cómo las aguas lo arrastraban de nuevo hacia el mar, donde la ninfa lo recibió en sus manos.

Entonces Odiseo se alejó del río, se inclinó ante unos juncos y besó la tierra. Luego anduvo un poco más entre la vegetación, en busca de un lugar para descansar. Al fin halló un sitio entre dos altas plantas, y allí se acostó. Tapó con hojas espesas su cuerpo, y Atenea derramó en sus ojos el sueño sanador, para que este calmara sin tardanza su penosa fatiga.



38 Ino, esposa de Atamante, persuadió a este de que acogiera en su casa a Dioniso; Hera, enfurecida con ellos por albergar a un hijo bastardo de su esposo Zeus, enloqueció a ambos, que, presas del furor, asesinaron a sus propios hijos. Luego de esto, Ino se arrojó al mar, pero las divinidades marinas se apiadaron de ella, transformándola en nereida.

Odiseo y Nausícaa

Mientras Odiseo dormía, rendido por el sueño y el cansancio, Atenea tramó un nuevo plan para ayudarlo. Se dirigió al palacio del héroe Alcínoo,[39] rey de los feacios,[40] y llegó a las puertas de una habitación muy adornada. En el interior descansaba una muchacha igual a las diosas, por su aspecto y su belleza: se llamaba Nausícaa y era la hija de Alcínoo. Pero las puertas estaban cerradas y dos bellas sirvientas dormían a un lado y a otro de la entrada. Entonces Atenea se coló como un soplo de viento a través de la cerradura, y una vez dentro tomó la apariencia de una amiga de Nausícaa, de la misma edad que ella. Y mientras la muchacha dormía, la diosa le habló así:

–Vamos, Nausícaa. ¿Cómo puedes ser tan perezosa? Descuidas tus hermosos vestidos justo cuando se acerca el tiempo de casarte; pues los mejores entre los feacios quieren tomarte como esposa. ¡Tú y yo sabemos que no seguirás soltera mucho tiempo! Por eso debes ocuparte de tener limpias y perfumadas tus ropas más lindas. Vayamos juntas a lavar en cuanto salga el sol. Yo te ayudaré. Apenas amanezca, pídele a tu padre que te haga preparar un carro. Cargaremos en él las cosas e iremos al río, lejos de las casas, que allí se lava mejor.

Después de hablar así, Atenea se marchó hacia la sagrada cumbre del Olimpo. Y enseguida asomó Eos, la de dedos de rosa, y despertó a Nausícaa. Asombrada por el sueño que había tenido, la joven corrió por el palacio a buscar al rey y le dijo:

–Padre, ¿podrías ordenar que me preparen un carro de hermosas ruedas? Tengo que ir al río a lavar mis vestidos. También lavaré tus prendas, y las de mis hermanos, a quienes les gusta llevar la ropa bien limpia cuando van al baile.

Y no dijo más, pues le daba vergüenza mencionar la posibilidad del matrimonio. Pero Alcínoo sonrió porque se había dado cuenta de las intenciones de su hija. Al instante mandó a los criados a preparar las mulas y el carro apropiado. Así marchó la princesa Nausícaa con sus criadas fuera de la ciudad, a través de los campos.

Cuando llegaron a la hermosa ribera, liberaron del yugo a las mulas y las dejaron pastar. Sacaron del carro los vestidos y los llevaron al río, donde corría un agua tan pura que servía para lavar hasta la ropa más sucia. Una vez que estuvo todo limpio, extendieron las prendas al sol, sobre los guijarros de la orilla. Y luego se bañaron, se perfumaron con fino aceite y se sentaron a comer, mientras esperaban que la ropa se secara.

Apenas terminaron el almuerzo, Nausícaa y las criadas se pusieron a cantar y a jugar con una pelota.[41]

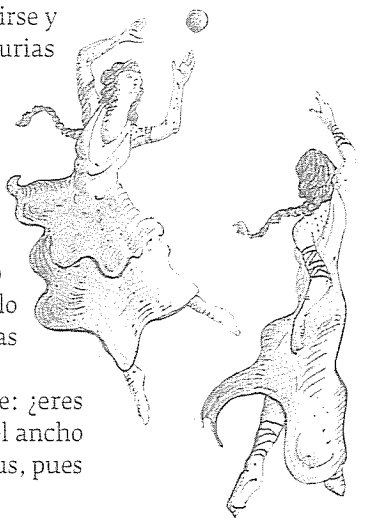
Y ocurrió que el bullicio de las mujeres despertó a Odiseo, que dormía muy cerca de allí. Todo esto sucedía tal como lo había planeado Atenea, la de ojos brillantes. El héroe de noble corazón se sentó y comenzó a preguntarse estas cosas:

–¿Qué clase de hombres habitarán en esta tierra? ¿Serán soberbios, crueles e injustos? ¿O serán hospitalarios y respetuosos de los dioses? Y esas muchachas que gritan, ¿serán ninfas que habitan en los ríos?

Entonces se puso en pie, cortó una rama para cubrirse y salió de los matorrales. Pero el agua salada y las penurias de los días anteriores le habían dado un aspecto tan feo y brutal que, al verlo, las muchachas se asustaron y salieron corriendo. Solo Nausícaa permaneció en su lugar, pues Atenea le infundió valor y expulsó el miedo de su cuerpo.

La joven de lindos ojos se mantuvo de pie, y Odiseo dudaba entre suplicarle abrazando sus rodillas[42] o manteniéndose a la distancia. Al fin le pareció que lo mejor era hablar desde lejos, y le dirigió estas palabras dulces y astutas:

–Escucha mi súplica, princesa. Pero primero dime: ¿eres diosa o mortal? Si eres una de aquellas que habitan el ancho cielo, creo que podrías ser Artemisa, la hija del gran Zeus, pues



39 Alcínoo, el nombre del rey de los feacios, significa "mente poderosa". En la estructura de la *Odisea*, este personaje está contrapuesto al de Antínoo, jefe de los pretendientes, cuyo nombre significa "mente adversaria".

40 En la organización política de los feacios se ven huellas del antiguo sistema micénico, en el que un rey (*ánax*), que vive en un palacio, tiene preeminencia sobre los jefes (*basileîs*) del pueblo.

41 Es probable que este juego de pelota se tratara más bien de una danza ritual en honor de Artemisa.

42 En el mundo griego, los suplicantes eran extranjeros que llegaban a otras tierras a pedir refugio, a menudo por motivos religiosos; era común que se abrazaran simbólicamente a las rodillas de su eventual protector, quien al aceptarlo reconocía al suplicante como miembro de su propia comunidad.

te pareces a ella en belleza y distinción. Y si eres mortal, ¡tres veces felices tu padre, tu madre y tus hermanos!, pues estoy seguro de que su corazón se ensancha de alegría cuando ven de cerca a semejante primor. Pero más feliz que todos ellos será sin duda quien te lleve a su casa en matrimonio. Eres tan digna de admiración que temo acercarme a ti y abrazar tus rodillas. Quiero que sepas que me abruma una gran pena. Ayer escapé del mar, luego de dejar la isla de Ogigia y sufrir durante muchos días los azotes del viento cruel y de las olas. Ahora el destino me trajo aquí y eres la primera que encuentro después de tantas desventuras. Apiádate de mí, princesa, y dame algo para cubrirme, si por casualidad tienes un trozo de paño. ¡Y que los dioses te concedan todo lo que anhelas!

Y le respondió Nausícaa, la de blancos brazos:

–Forastero, pareces inteligente y noble. Ya sabes que Zeus reparte la felicidad entre los hombres según su voluntad. Si a ti te ha dado esto, debes sobrellevarlo con firmeza. Pero ahora que estás en nuestra tierra, tendrás ropa y todo lo que corresponde a un suplicante. Te mostraré la ciudad. Yo soy la hija del magnánimo Alcínoo, rey de los feacios, que habitan esta tierra.

Así habló, y luego les pidió a las criadas que regresaran, diciendo:

–Acérquense, no teman. Y denle a este hombre ropas, y algo de comer y de beber, pues no es un enemigo.

Las muchachas obedecieron, y le alcanzaron a Odiseo un manto y una túnica. Él les pidió que se alejaran, pues le daba vergüenza mostrarse desnudo ante ellas. Luego se bañó en el río, se quitó la sal de los anchos hombros, se secó y se vistió. Y Atenea, la de ojos brillantes, derramó belleza sobre él: lo hizo parecer más alto, más fuerte y de hermosa cabellera. Así, resplandeciente de gracia y belleza, Odiseo se sentó a comer y a beber.

Nausícaa, mientras tanto, dobló y guardó la ropa limpia en el carro, con ayuda de sus compañeras. Luego llamó a Odiseo y le dijo:

–Forastero, vamos ahora a la ciudad, al palacio de mi padre, donde conocerás a los feacios más destacados. Pero te pido que no subas al carro conmigo, sino que camines detrás, junto a las criadas, para evitar los chismes. Pues en el pueblo siempre hay hombres soberbios y atrevidos, y quizá alguno murmure: "¿Quién es este hermoso extranjero que va con Nausícaa? Tal vez llegue a ser su esposo. ¡Mejor si encontró un marido de otra parte, ya que desdeña a los muchos y nobles feacios que la pretenden!". Así que sigue mi consejo, para que mi padre te ayude a regresar. A poco de andar verás junto al camino un bosque de álamos negros. Allí hay una fuente y un prado. Espera en ese lugar hasta que nosotras crucemos la ciudad y lleguemos al palacio. Entonces ponte de nuevo en marcha y pregunta por el palacio de mi padre, Alcínoo, el de corazón generoso. No te dará trabajo encontrarlo, pues ninguna otra casa se compara a la suya, y hasta un niño podría acompañarte. Una vez que estés allí, pasa de largo el trono del rey y abraza las rodillas de mi madre. Si ella te recibe con simpatía en el corazón, mi padre también lo hará, y pronto podrás regresar a tu patria y a tu casa.

Así habló, e hizo andar a las mulas, que tiraron del carro.

El Sol ya se sumergía cuando llegaron junto al bosque de álamos, donde se quedó Odiseo. Allí invocó a Atenea:

–Escúchame ahora, diosa, hija del gran Zeus, ya que no lo hiciste antes, cuando me golpeó Poseidón, el que sacude la tierra. Permíteme llegar al corazón de los feacios con simpatía y obtener su compasión.

Esa fue su súplica, y Atenea la escuchó, pero no se mostró ante él por respeto al hermano de su padre, Poseidón. Sabía que el que hace temblar la tierra aún mantendría viva la brasa de su cólera contra Odiseo, hasta que el héroe llegara a casa.

Odiseo llega al palacio de Alcínoo

Así suplicó Odiseo, y luego de aguardar un tiempo se puso en marcha hacia el palacio de Alcínoo. Ya estaba por entrar en la ciudad cuando se le presentó Atenea, la de ojos brillantes, esta vez bajo la figura de una niña con un cántaro[43] en las manos. Al verla, Odiseo le preguntó:

–Pequeña, ¿podrás indicarme dónde está la casa de Alcínoo, el que gobierna entre estos hombres? Vengo desde muy lejos y no conozco a nadie en estas tierras.

Y Atenea le respondió:

–La casa que buscas está cerca de la de mi padre. Vamos, te la mostraré. Pero acompáñame en silencio y no hables con nadie en el camino, pues aquí la gente no ve con agrado a los forasteros.

Así habló, y condujo a Odiseo por las calles. Y los feacios, famosos navegantes, no lo vieron pasar ante ellos, pues Atenea lo había cubierto con una niebla espesa. Mientras andaban, Odiseo contempló maravillado los puertos y las veloces naves, el ágora y las altas y sólidas murallas. Y cuando al fin llegaron a la morada de Alcínoo, Atenea dijo lo siguiente:

–Este es el palacio que buscabas. Dentro encontrarás a los reyes celebrando un banquete. Entra, pues, y no temas.

Y después de hablar así, la diosa se marchó. Odiseo se dirigió entonces a la casa, con la cabeza llena de pensamientos, y se detuvo ante el espléndido portal. Todo el frente del palacio estaba magníficamente iluminado por antorchas y resplandecía como el sol. A ambos lados de la entrada había hermosos perros de oro y plata, labrados[44] por Hefesto.

Admirado, cruzó el umbral y entró en la casa, aún envuelto por la mágica nube de Atenea. Así llegó ante los reyes y se postró abrazando las rodillas de la reina Arete, tal como Nausícaa le había indicado más temprano. Entonces la niebla divina se disipó y todos los presentes, asombrados, cesaron de hablar y quedaron en silencio. Y el héroe suplicó de este modo:

–Arete, vengo ante tus rodillas, ante tu esposo y ante tus distinguidos invitados luego de sufrir innumerables desdichas. ¡Que los dioses les concedan a ustedes una vida feliz! Yo solamente ruego ayuda para volver enseguida a mi patria, junto a mi querida familia.

Y tras decir esto, fue a sentarse en las cenizas, junto al fuego del hogar, para demostrar su aflicción. Los invitados continuaron en silencio, inmóviles, hasta que habló Esqueno, el más anciano entre ellos, y conocedor de muchas cosas:

–Alcínoo, en verdad no es digno ni grato que un huésped permanezca sentado en el piso, entre las cenizas.[45] Invítalo a ocupar un sillón, y luego hagamos libaciones a Zeus, el que protege a los extranjeros suplicantes.

Entonces Alcínoo tomó la mano del prudente Odiseo y le ofreció un asiento a su lado, en el sillón de su hijo Laodamante, que se paró y dejó su lugar al forastero. Delante de Odiseo tendieron una mesa con pan y toda clase de manjares, y una criada vertió agua con un jarro de oro para que se lavara las manos. Todos los presentes bebieron y ofrecieron libaciones a Zeus, y una vez que concluyeron habló el rey Alcínoo:

–Jefes y señores de los feacios, demos ahora por terminado el banquete. Mañana al nacer el día convocaremos a todos los ancianos, haremos sacrificios a los dioses y decidiremos cómo ayudar al forastero a retornar sin peligro a su tierra.

Todos aprobaron las palabras del rey y se marcharon a sus casas, y Odiseo quedó en compañía de Arete y Alcínoo.

Mientras las criadas ordenaban y levantaban los restos del banquete, Arete comenzó a hablar, pues había reconocido el manto y la túnica que llevaba Odiseo, que ella misma había tejido:

–Huésped, ante todo me gustaría preguntar: ¿quién eres?, ¿de dónde vienes?, ¿quién te dio esa ropa?

43 Un cántaro es una vasija grande de barro cocido, con boca angosta, y generalmente con una o dos asas.

44 Labrar significa trabajar un material reduciéndolo a un estado o forma conveniente para su uso.

45 Entre muchos pueblos de la antigüedad, la acción de sentarse sobre cenizas es una forma extrema de lamentación.

Y respondió el ingenioso Odiseo:

–Te diré lo que quieres saber, reina, aunque es difícil contar todas las desventuras que los dioses tramaron para mí. Lejos de todo, en medio del mar, hay una isla llamada Ogigia. Allí vive una diosa de hermosos cabellos, la terrible Calipso. Nadie tiene trato con ella, ni los dioses inmortales ni los hombres mortales. Pero yo llegué a la isla cuando Zeus, con un rayo fulminante, destrozó mi nave en medio del brumoso[46] mar. La nave se hundió y mis compañeros murieron en las aguas. Fui el único sobreviviente. Luego de flotar entre las olas durante nueve días, aferrado a un madero, los dioses me arrojaron a la costa de Ogigia. Calipso me recibió, me alimentó y me prometió librarme para siempre de la vejez y de la muerte, aunque mi alma jamás se convenció. Sin embargo pasé allí siete años, mojando con mis lágrimas, cada día, las ropas que Calipso me había dado. Al cumplirse el octavo año la diosa me mandó partir, porque recibió un mensaje de Zeus o porque ella misma cambió de opinión. Me ayudó a construir una balsa adecuada y me envió un viento favorable. Navegué así durante diecisiete días, hasta que vi aparecer las montañas de esta región, y mi corazón se alegró. Pero Poseidón, el que sacude la tierra, me cerró el camino. Agitó con ferocidad las aguas y los vientos, la balsa se partió, y yo nadé hasta que el oleaje me acercó a la playa, a orillas de un río, lejos de la ciudad. Allí encontré un lugar para descansar entre las plantas, y dormí profundamente hasta el día siguiente. Al despertar escuché voces, y vi a las criadas de tu hija jugando en la orilla. Ella también estaba allí, en medio del grupo, semejante a una diosa. Le supliqué protección y me escuchó con atención y no le faltó sensatez, como muchas veces ocurre entre los jóvenes. Me brindó comida y vino, y una vez que me hube lavado, me dio estas ropas. Y eso fue lo que ocurrió.

Así habló Odiseo, y Alcínoo respondió:

–Huésped, en verdad algo de sensatez le faltó a mi hija, pues debió haberte traído personalmente a nuestra casa.

Y como Odiseo no quería hacer quedar mal a Nausícaa, dijo:

–Rey, tu hija es intachable. Ella me aconsejó seguirla, pero fui yo quien prefirió venir solo, por vergüenza, y por temor de que pudieras disgustarte al verme.

Y contestó Alcínoo:

–Huésped, mi corazón no es tan caprichoso. ¡Ojalá te quedaras a nuestro lado y vivieras en el palacio! Pero nadie te retendrá aquí contra tu voluntad. Tu viaje se hará mañana mismo, sin demora. Mientras tú duermes en la nave, los feacios te llevarán por el mar hasta tu patria, sin importar la distancia. Entonces podrás comprobar la excelencia de mis naves, y lo buenos que son mis jóvenes para golpear el mar con los remos.

Al oír las palabras del rey, se alegró Odiseo y elevó esta súplica:

–Padre Zeus, ¡ojalá cumpla Alcínoo lo que ha prometido! ¡Que nunca se extinga su fama en la tierra y que yo pueda llegar a mi patria cuanto antes!

Entonces Arete, la de brazos blancos, llamó a las criadas para que armaran un lecho cómodo, con mantas púrpura y pieles de oveja.

Y allí durmió contento Odiseo, luego de despedirse del rey y la reina de los feacios.

46 Brumoso quiere decir "lleno de niebla".

Los feacios agasajan a Odiseo

Y cuando se mostró Eos, la de dedos de rosa, Alcínoo y Odiseo se levantaron de sus respectivos lechos para ir al ágora, donde se celebraría una asamblea.

Mientras tanto, Atenea recorría las calles bajo la figura de un heraldo[47] del rey. Se acercaba a los jefes y nobles de la ciudad y les decía:

–Vamos, reúnanse en el ágora para enterarse del extranjero que ayer llegó a la casa de Alcínoo, luego de atravesar el mar, y que por su hermoso aspecto se asemeja a un dios.

Así animaba Atenea a los hombres, y en poco tiempo se llenaron los asientos del ágora con los más ilustres ciudadanos. Alcínoo y Odiseo aguardaban allí, y muchos de los que iban llegando se sorprendían al ver al forastero, pues la diosa de ojos brillantes había derramado belleza sobre él, y lo había hecho lucir más alto y más fuerte.

Cuando estuvo reunida la asamblea, Alcínoo tomó la palabra y dijo:

–Escuchen, nobles feacios. Este forastero que llegó a mi palacio después de atravesar el mar nos suplica que lo ayudemos a volver a su patria. No sé quién es, y también desconozco si viene de Oriente o de Occidente, pero nadie que llega a mi casa permanece mucho tiempo esperando auxilio. Por eso les propongo que echemos al mar una nave sin estrenar, y elijamos a los mejores jóvenes del pueblo para tripularla. Luego honraremos al huésped en mi casa, con un festín. Que nadie se niegue. Y hagan venir a Demódoco,[48] el divino aedo, que nos deleita con su voz cada vez que su alma le inspira el canto.

Así habló. Todos estuvieron de acuerdo con su pedido y la asamblea se dio por concluida. Alcínoo, Odiseo y los reyes que llevan cetro marcharon al palacio, donde se sacrificaron y asaron animales, y se dispuso todo para el banquete.

47 Un heraldo es un mensajero.

48 A Demódoco las Musas lo habían privado de la vista, dándole a cambio el don de conmover con su canto a los hombres. Su nombre significa "el que enseña al pueblo", lo cual habla claramente de cuál era la función de los aedos en el mundo antiguo. En este personaje suele verse una trasposición de Homero, quien también era ciego.

Un heraldo trajo mientras tanto al aedo, a quien los dioses habían otorgado un bien y una desgracia al mismo tiempo: lo privaron de la vista pero le concedieron el dulce canto.

Y una vez que todos comieron y bebieron a su antojo, la Musa inspiró al aedo para que cantara un canto cuya fama llegaba a todas partes: aquel que describía la terrible discusión que sostuvieron Odiseo y Aquiles durante un banquete de los dioses. Eso cantó el famoso aedo, acompañándose con la lira. Al escucharlo, Odiseo no pudo contener el deseo de llorar al oír hablar de su valiente compañero, muerto en las llanuras de Troya. Se levantó el manto para cubrirse el rostro, pues le daba vergüenza que los feacios viesen sus lágrimas. Únicamente Alcínoo, que estaba sentado junto a él, notó el sollozo de Odiseo. Entonces dijo:

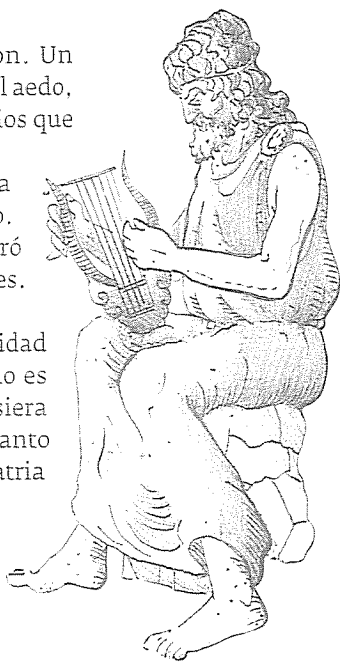
–¡Escuchen, nobles feacios! Ya hemos disfrutado del festín y del canto. Ahora salgamos y midamos nuestra destreza y nuestra fuerza en los juegos,[49] así el huésped, al volver entre los suyos, podrá contarles cómo superamos a todos en la lucha, en el salto y en la carrera.

Así dijo, y se puso en pie, y los demás lo siguieron. Un heraldo colgó la cítara y tomó la mano de Demódoco, el aedo, para acompañarlo a sentarse entre el resto de los feacios que presenciarían los juegos.

Los jóvenes compitieron en la carreras, en la fatigosa lucha, en el pugilato[50] y en el lanzamiento de disco. Luego hubo una diestra exhibición de bailes que admiró a Odiseo y despertó el entusiasmo de todos los presentes. Al concluir, habló Alcínoo:

–Nobles feacios, demos ahora un regalo de hospitalidad al huésped, como acostumbramos hacer. Este pueblo es gobernado por trece reyes, y yo soy uno de ellos. Quisiera que cada uno de nosotros le entregue una túnica, un manto y una moneda de oro, para que lleve esos objetos a su patria y siempre nos recuerde.

Así se hizo, y cuando el Sol se ocultó, todos los regalos estaban en el palacio, y Alcínoo mandó



49 En el mundo griego, existían dos ámbitos de competencia fundamentales: el campo de batalla y la arena deportiva. Estos dos ámbitos estaban fuertemente ligados, porque el entrenamiento físico a través de los juegos no era sino la preparación para la guerra.

50 El pugilato, combate a golpes de puño, es el antepasado del actual boxeo.

traer un bello cofre donde guardarlos. Después, las criadas lavaron a Odiseo con agua tibia, lo ungieron con aceite y le proporcionaron una túnica y un manto impecables, y él se reunió con los hombres que bebían vino. Nausícaa, la hermosa hija de Alcínoo y Arete, se detuvo en la puerta admirando a Odiseo y le dijo:

–Salud, huésped. Acuérdate de mí cuando estés entre los tuyos, pues a mí me debes la vida, antes que a nadie.

Y el ingenioso Odiseo respondió:

–Nausícaa, si Zeus me concede volver a mi casa, sin duda te invocaré todos los días, como a una diosa, pues es totalmente cierto que tú me devolviste la vida.

Y se sentó en un sillón, junto a Alcínoo. La comida y el vino fueron servidos, y Demódoco, el querido aedo, ya estaba otra vez sentado en el salón. Al verlo, Odiseo le dijo estas palabras:

–Demódoco, te alabo sobre el resto de los hombres. Seguro que te ha enseñado divina Musa, pues cantas con mucha belleza el destino de los aqueos, todo lo que ellos hicieron y sufrieron, tal como si hubieras estado allí. Me gustaría oír ahora aquel relato sobre el caballo de madera que, luego de llenarlo de guerreros, Odiseo usó como emboscada para destruir la ciudadela de Troya. Si cuentas esto como en verdad ocurrió, te aseguro que yo diré a todos que un dios benévolo te concedió el don del canto.

Y Demódoco, inspirado por la divinidad, cantó la historia. Habló de cómo los aqueos subieron a sus naves después de tanto tiempo, se hicieron al mar y fingieron retirarse del combate, mientras los mejores hombres, junto al célebre Odiseo, permanecían emboscados y ocultos en el gran caballo de madera. Cómo los troyanos discutían qué hacer, si desarmar el caballo, despeñarlo[51] al mar o arrastrarlo dentro de la ciudad y conservarlo como ofrenda para los dioses. Esto último fue lo que se hizo, y por la noche los aqueos salieron del caballo hueco, y asolaron[52] y destruyeron la ciudad, pues era el destino que Troya acabara de ese modo. Y contó el aedo la manera en que Odiseo, junto al incomparable Menelao, se dirigió a la casa del príncipe Deífobo[53] y allí libró el combate más feroz, en el que venció gracias a la ayuda de Atenea.

51 Despeñar significa "arrojar algo desde un lugar alto".

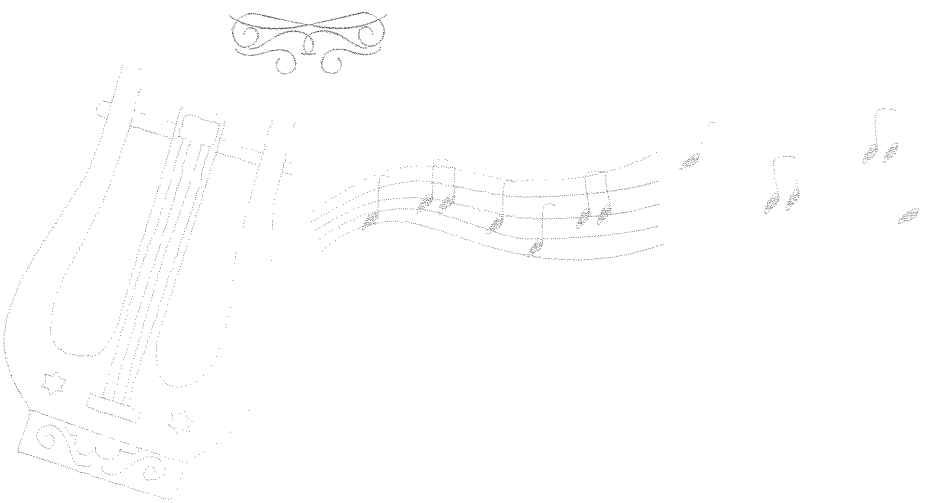
52 Asolar significa "destruir, arruinar, arrasar".

53 Deífobo es uno de los hijos de Príamo, rey de Troya, y hermano predilecto de Héctor. Luego de la muerte de París, Helena le toca en suerte como esposa. Al caer Troya, Odiseo y Menelao atacan su casa y se apoderan de Helena, y Menelao mata a Deífobo.

Y mientras Demódoco relataba todas estas cosas, Odiseo lloraba y suspiraba. Alcínoo, al darse cuenta, pidió al aedo que detuviera su canto y dijo estas palabras:

–¡Nobles feacios! Desde que empezamos a cenar y cantó el aedo, nuestro huésped no deja de llorar, envuelto por la pena. Ya está preparada la nave para su viaje, y ya están reunidos y guardados en un cofre los preciosos regalos que le entregamos como muestra de afecto, pues, para cualquier hombre sensato, un huésped es semejante a un hermano. Por eso, forastero, no escondas en tu mente lo que voy a preguntarte. Dime tu nombre. Dime cuál es tu tierra, tu pueblo y tu familia, para que las naves puedan llevarte hasta allí. Cuéntame por dónde anduviste errante, en qué tierras y entre qué clase de hombres. Y dime por qué lloras al oír el destino de los aqueos y las desgracias que ocurrieron en esos días. ¿Es que algún pariente tuyo murió en Troya? ¿O quizás perdiste allí a un amigo noble y valeroso?

Cuéntame por dónde anduviste errante, en qué tierras y entre qué clase de hombres



Odiseo relata sus aventuras: los cicones, los lotófagos, los cíclopes

Así fue como el ingenioso Odiseo decidió contar su larga historia, mientras los feacios lo escuchaban maravillados, sin decir palabra.

–Alcínoo, noble y poderoso rey, los dolores que los dioses me han asignado son tantos que no sé por dónde comenzar mi relato y en dónde terminarlo. Empezaré por decirte mi nombre, para que tú y tu corte lo conozcan y para que, si escapo al cruel destino, podamos seguir manteniendo relaciones de hospitalidad, aunque mi hogar esté lejos de aquí.

Soy Odiseo, hijo de Laertes, conocido por mis ardides y famoso entre los hombres. Mi casa está en la isla de Ítaca, donde se alza el verde monte Nérito, que se ve desde el mar. La verdad es que no hay nada más dulce que la tierra donde uno nació, por muy rica que sea la casa donde uno se hospede en el extranjero. Y eso que Calipso, divina entre las diosas, me hizo permanecer durante muchos años en su cueva y quiso que yo fuera su esposo, y la engañosa Circe[54] me retuvo con la misma intención en su palacio. Pero ninguna de las dos me convenció ni doblegó mi corazón, porque yo siempre deseé ver nuevamente a los míos.

Les contaré entonces mi regreso, lleno de males y sufrimientos, desde las tierras de Troya, una vez que terminó esa guerra en la que tantos valientes guerreros perdieron la vida.

El viento que nos traía desde Troya nos llevó a Ísmaro, la patria de los cicones. Allí asolamos la ciudad y matamos a sus habitantes. Luego nos repartimos el botín y les aconsejé a mis compañeros que partiéramos enseguida, pero los insensatos no me hicieron caso. En lugar de eso, se sentaron en la costa a comer y a beber.

Mientras tanto, los cicones que habían logrado huir fueron a buscar a los que habitaban tierra adentro. Estos eran mejores guerreros, muy veloces en el combate, y sabían luchar a caballo y a pie. Llegaron al amanecer, y entonces volaron las lanzas de bronce, llevando la muerte a uno y a otro bando. Durante todo el día resistimos junto a las naves, pero ellos eran muchos, y al fin nos vencieron. Escapamos como pudimos, con el corazón entristecido por los compañeros que habían muerto en la lucha.

Y mientras nos alejábamos en las rápidas naves, Zeus, el que amontona las nubes, levantó una temible tempestad. Todo se cubrió de oscuridad, se hizo la noche en el cielo y un viento huracanado rasgó nuestras velas. Entonces las recogimos y remamos con fuerza durante dos días y dos noches, hasta que al tercer día la tormenta amainó. Doloridos y agotados, desplegamos de nuevo el velamen y pusimos rumbo hacia Ítaca, adonde habríamos llegado sin más contratiempos. Pero, al doblar en el cabo de Malea, una violenta marejada volvió a desviarnos y nos llevó lejos, a la tierra de los lotófagos, los que se alimentan con flores.

Bajamos a la costa, nos aprovisionamos de agua y nos sentamos a comer junto a las naves. Luego de saciar el apetito, envié a dos hombres a indagar quiénes habitaban esas tierras. Marcharon enseguida y se encontraron con los lotófagos. Estos, en lugar de matarlos, les dieron de comer loto.[55] Y en cuanto probaron el dulce fruto, mis compañeros se olvidaron inmediatamente de volver para informarnos, y dejó de importarles el regreso a la patria. Lo único que deseaban era permanecer allí y seguir comiendo aquella planta. Pero yo decidí ir a buscarlos y los hice volver a la fuerza, aunque lloraban. Los arrastré, los subí a la nave, y enseguida ordené al resto de mis hombres que se apuraran a embarcar, para que nadie más probara el fruto y se olvidara del regreso.

Desde allí seguimos navegando hasta llegar a la tierra de los cíclopes,[56] los que viven sin ley. No se reúnen ni deliberan en el ágora ni les interesa la justicia. Habitan en las cuevas de la montaña, y cada uno gobierna sobre su esposa y sus hijos, sin pensar en los demás. No plantan ni labran los

54 Circe, hija del Sol con Perseis, hija de Océano, según algunas tradiciones, y con Hécate, según otras, es una hechicera que habita en la isla de Ea, que en la *Odisea* se sitúa en Italia, en la península llamada actualmente monte Circeo, cerca de Gaeta y Terracina.

55 Según la leyenda, la flor del loto inducía al olvido a todo aquel que la probara. En la geografía de la *Odisea* el país de los lotófagos probablemente se encuentre en la costa de Libia.

56 Según el mito, los cíclopes habitan en las costas del sur de Italia.

campos, pues el trigo, la vid y la cebada germinan del suelo sin necesidad de sembrar.

Junto a la isla donde viven los cíclopes hay otra más pequeña. Allí arribaron nuestros barcos en plena noche. La bruma era espesa y la luna no brillaba, oculta tras las nubes. Cuando llegamos a la costa no se veía nada, así que recogimos las velas, bajamos a tierra y nos acostamos a dormir. Y cuando Eos, la de dedos de rosa, trajo luz y claridad, reuní a mis hombres y les dije:

–Compañeros leales, esperen aquí mientras mi tripulación y yo averiguamos quiénes habitan la isla vecina. Vayamos a ver si son crueles y salvajes, o si son amigos de los extranjeros y respetuosos de los dioses.

Después de despedirnos, subimos a la nave y navegamos hacia allí. Al atracar vimos una gran cueva cerca del mar, oculta por plantas de laurel y rodeada de altos pinos y encinas. Pronto nos enteraríamos de que el que habitaba la caverna era un hombre gigantesco y monstruoso, alto como una montaña, que cuidaba sus rebaños solo, nunca frecuentaba a otros cíclopes, y tramaba en soledad siniestros pensamientos.

Elegí a mis doce mejores compañeros, dejando al resto para que cuidaran la nave, y me puse en camino. Llevaba conmigo una bolsa con provisiones y un exquisito vino dulce, que tiempo atrás me había obsequiado Marón, el sacerdote de Apolo.

Llegamos enseguida a la cueva. Como adentro no había nadie, entramos a investigar. Había canastos repletos de quesos, baldes con leche y establos llenos de corderos y cabritos.

Mis compañeros propusieron cargar el queso, llevarnos algunos animales a la nave y partir cuanto antes. Pero yo quería ver al monstruo y pedirle los dones de la hospitalidad, y no les hice caso. Aunque, ¡ay!, me hubiese convenido seguir su consejo.

Encendimos allí una fogata, repartimos quesos, comimos y esperamos. El cíclope llegó conduciendo su rebaño y cargando una gran cantidad de leña, que arrojó al suelo con tal estrépito que nosotros retrocedimos temerosos hacia el fondo de la cueva. Una vez que hizo pasar al rebaño, levantó una roca gigante y cerró la entrada. Era una piedra tan pesada que ni siquiera veintidós carros tirando juntos habrían logrado moverla. El cíclope se sentó a ordeñar las ovejas. Después puso a cuajar una parte de la leche, y la otra parte la separó en baldes, para beberla con la comida.

Cuando terminó de hacer todo esto encendió el fuego. Entonces nos vio y nos dijo:

–Forasteros, ¿quiénes son? ¿De dónde vienen? ¿Viajan con un destino o andan sin rumbo, como los piratas?

Su temible voz y su aspecto atroz estremecieron nuestros corazones. Pero yo junté valor y pude decirle estas palabras:

–Somos aqueos y venimos desde Troya, surcando el gran camino del mar. El capricho de los vientos nos desvió el rumbo, pero nos dirigimos a nuestro hogar. Pertenecemos al ejército de Agamenón, el más famoso bajo el cielo por sus conquistas. Hemos llegado aquí, y venimos a visitarte para ver si nos ofreces tu hospitalidad y nos das algún regalo, como es costumbre entre los huéspedes. Ten respeto a los dioses, sobre todo a Zeus hospitalario, ya que venimos como suplicantes.

Eso dije, y él me respondió con cruel corazón:

–Eres estúpido, forastero, o vienes de muy lejos. ¿No sabes que a los cíclopes no nos importa Zeus ni el resto de los dioses felices, pues somos los más fuertes? Si los perdono a ti y a tus compañeros es porque así lo deseo, y no por temor a los dioses. Pero dime, ¿dónde atracaste tu nave?

Así habló para ponerme a prueba, pero no me engañó. Y por eso le respondí con una mentira:

–Poseidón destrozó mi nave luego de hacerla chocar contra las rocas de esta isla, pero mis compañeros y yo logramos salvar nuestras vidas.

El cíclope no dijo nada. Se acercó adonde estábamos, atrapó en sus manos a dos de mis compañeros como si fueran cachorros y les destrozó la cabeza contra el suelo. Cortó los cuerpos en pedazos y devoró su carne, sus entrañas y sus huesos como un león salvaje.

Nosotros, desesperados, elevamos las manos suplicando a Zeus.

Cuando el cíclope tuvo el estómago lleno de carne humana y leche, se acostó a dormir. Entonces mi corazón me impulsó a sacar mi espada y atravesarle el pecho hasta el hígado. Pero me contuve al darme cuenta de que éramos incapaces de mover la pesada roca de la entrada, y habríamos muerto sin remedio. Así que aguardamos, llenos de espanto, la llegada del día. Y cuando se mostró Eos, la de dedos de rosa, el cíclope encendió el fuego y se sentó a ordeñar. Y después de cumplir estas tareas, agarró a otros dos compañeros y los comió como desayuno. Luego sacó a pastar los rebaños, retirando con facilidad la piedra de la entrada y volviendo a cerrar.

Yo me quedé tramando mi venganza, y al fin tomé una decisión. Junto al establo, el cíclope había puesto a secar un gran tronco de olivo, parecido en extensión al mástil de un barco. Corté un pedazo del largo de dos brazos extendidos, afilé la punta y la puse al fuego para endurecerla. Luego lo escondí bajo el estiércol.[57]

Por la tarde volvió el cíclope, arreando a sus animales. Volvió a cerrar la entrada con la enorme piedra, se sentó a ordeñar como lo había hecho el día anterior, y al concluir agarró a dos compañeros y los devoró como cena. Entonces me acerqué a él, con una copa del vino dulce que habíamos traído, y le dije:

–Escucha, cíclope. Bebe este vino después de haber comido carne humana. Verás qué rica bebida llevaba nuestra nave. La traía para ti, por si te compadecías y nos ayudabas a volver a casa. Pero tu furia es grande y eres cruel. ¿Qué hombres se animarán a visitarte si se enteran de lo que hiciste?

Él tomó la copa y bebió el vino, saboreándolo con gran placer, y en cuanto terminó dijo:

–No seas tacaño y dame más de esa bebida. Y dime tu nombre, para que te ofrezca el regalo de hospitalidad que deseabas.

Yo obedecí y volví a servirle el rojo vino. Tres veces más le serví, y tres veces más vació la copa. Y cuando el vino había invadido su mente, le hablé de este modo:

57 El estiércol es materia orgánica en descomposición, principalmente excrementos animales, que se destina al abono de las tierras.

–Cíclope, me preguntaste mi nombre y te lo diré, a cambio del regalo de hospitalidad que prometiste. Mi nombre es Nadie. Nadie me llaman mi madre, mi padre y mis compañeros.

Eso dije, y él me contestó con cruel corazón:

–A Nadie me lo comeré último, y al resto de sus compañeros antes. ¡Ese es tu regalo de hospitalidad!

Y tras hablar así, cayó ebrio de vino, eructó y se durmió en el suelo. Entonces acerqué la punta de la estaca a las brasas para que se calentara, y alenté a mis compañeros para que no sintieran miedo. Cuando la estaca estuvo lista, ellos la clavaron en el ojo del cíclope y yo, apoyado arriba, la revolví y la hice girar. El cíclope lanzó un aullido estremecedor que retumbó en toda la caverna, y nosotros corrimos a escondernos, aterrados. Se arrancó la estaca empapada en sangre y la arrojó lejos, enloquecido. Enseguida se puso a llamar con gritos a los cíclopes que habitaban en otras cuevas. Estos acudieron sin demora, se reunieron en la entrada y preguntaron qué pasaba:

–¿Qué dolor tan grande sufres, Polifemo,[58] que gritas así en medio de la noche y no nos dejas dormir? ¿Es que te robaron tus rebaños? ¿O alguien intenta matarte por la fuerza?

Y Polifemo contestó:

–¡Amigos, Nadie me ha atacado!

Y ellos respondieron:

–Si nadie te hace daño y estás solo, ¿para qué nos llamas? Es imposible escapar a las enfermedades que manda Zeus. ¡Invoca en tu ayuda a Poseidón, tu padre!

Inmediatamente se marcharon, y yo me reía para mis adentros por lo bien que había salido el engaño del nombre. El cíclope ciego se retorció y gimió de dolor durante toda la noche.

Al llegar el día retiró la piedra para que su rebaño saliera a pastar. Se había sentado en la entrada con las manos extendidas para atraparnos si escapábamos junto con los animales. Pero yo había planeado lo siguiente: con trozos de mimbre até a mis hombres a los vientres de los carneros más peludos, y yo mismo me aferré con los brazos y las piernas al vientre lanudo

58 El nombre Polifemo significa "el de mucha fama".

del más grande. El cíclope los hizo salir uno por uno, palpando su lomo, pensando que así nos atraparía si intentábamos huir. ¡Tan estúpido me consideraba! De esa manera fueron saliendo mis compañeros de la cueva, sin que Polifemo lo notara. El último en pasar por la entrada fue el carnero que cargaba conmigo. El poderoso cíclope lo palpó y le dijo:

–¡Ojalá tú pudieras hablar, querido carnero, para decirme dónde se ha ocultado el infame Nadie! Entonces le reventaría la cabeza contra el suelo de la cueva, y así se calmaría mi furia y mi dolor.

Y tras hablarle así, lo dejó ir. Cuando nos alejamos lo suficiente de la caverna, yo me solté y luego desaté a mis compañeros. Lo más rápido que pudimos, y sin hacer ruido, arreamos los carneros hacia la nave.

¡Cómo se alegraron nuestros compañeros al ver a los que habíamos escapado de la muerte! ¡Y cómo lloraban por los otros! Rápidamente embarcamos al ganado y nos hicimos al mar, batiendo el agua con los remos.

Y cuando estuvimos lejos, pero no tanto como para que mis gritos no se oyeran en la costa, lancé al cíclope estas palabras:

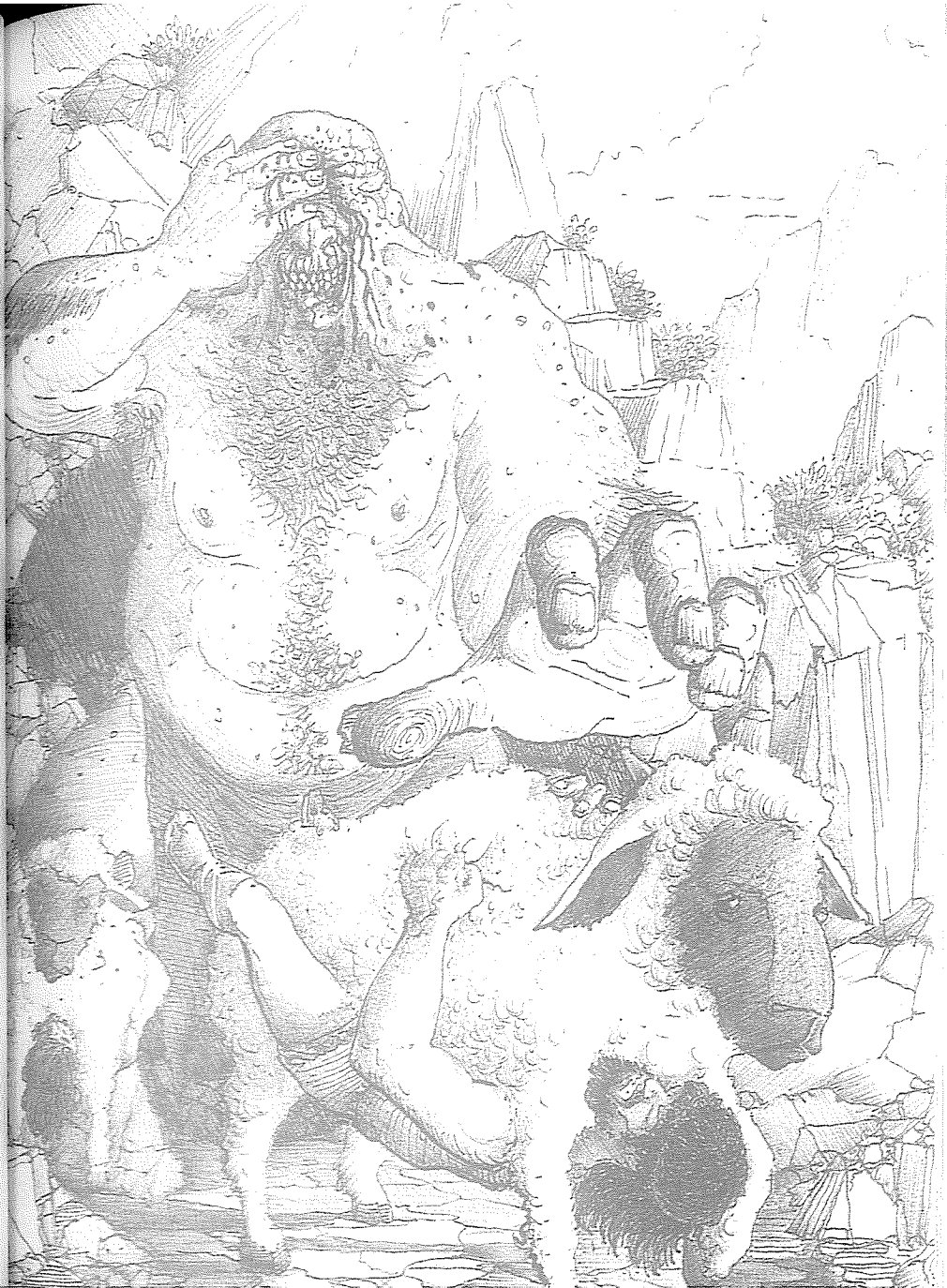
–Cíclope, ¡no era tan débil el hombre cuyos compañeros devoraste! Te atreviste a comer a tus huéspedes en tu propia casa, y tus malas acciones te fueron devueltas. ¡Maldito! Zeus y el resto de los dioses te castigaron.

Así le hablé, y su corazón se irritó más. Comenzó a arrojar enormes rocas contra la embarcación, pero nos pusimos a resguardo con hábiles maniobras, y seguimos alejándonos. Y aunque mis compañeros querían disuadirme y hacerme callar, para no excitar más al monstruo, yo volví a gritar con furia:

–Cíclope, si alguna vez te preguntan quién te causó la horrible ceguera, puedes decir que fue Odiseo, el destructor de ciudades, hijo de Laertes, que tiene su casa en Ítaca.

Entonces, él levantó sus brazos al cielo invocando a su padre:

–Poseidón, tú que abrazas la tierra, escúchame. Si de verdad soy tu hijo, concédeme que Odiseo, el que tiene su casa en Ítaca,



jamás llegue a su patria. Y si su destino es que vuelva a ver a los suyos, que sea tarde y con desdichas y después de haber visto morir a todos sus hombres. ¡Que regrese a su patria en una nave extranjera, y que allí encuentre nuevos males!

Esa fue su súplica, y Poseidón lo escuchó.

Cuando al fin llegamos a la isla donde nos esperaban las otras naves, hicimos bajar el ganado y pasamos el día comiendo y bebiendo, hasta que el Sol se sumergió y nos echamos a dormir, escuchando el rumor del mar.

Y al amanecer, cuando surgió Eos, la de dedos de rosa, volvimos a embarcar y nos alejamos de allí, con el corazón triste por los compañeros muertos, pero satisfechos de haber salvado nuestras vidas.

Odiseo en la isla de Eolo. Los lestrigones. El palacio de Circe

Así llegamos a Eolia, la isla donde habita el rey Eolo,[59] guardián de los vientos y hombre querido por los dioses. Él nos hospedó en su cómodo palacio, nos agasajó con manjares y con música, y nos hizo preguntas sobre Troya, que yo contesté como correspondía. Pasamos un mes allí, y cuando al fin expresé el deseo de partir y le pedí ayuda para volver a mi patria, el rey no se negó. Al contrario, me entregó un valioso regalo: una bolsa de cuero de buey, en cuyo interior encerró todos los vientos, menos el Céfiro, luego de atarla con un hilo de plata para que ningún soplo se escapara. Después nos envió al Céfiro, el viento del oeste, que impulsó mis naves hacia Ítaca.

Navegamos así nueve días con sus noches, y al décimo día vimos aparecer la tierra patria en el horizonte. Todo ese tiempo yo había gobernado el timón, sin cederlo a mis compañeros, para llegar más rápido. Y por eso en aquel feliz momento, cuando ya se distinguían las fogatas encendidas en la costa, el cansancio me venció, y me dominó el dulce sueño.

Mientras dormía, mis hombres conversaban creyendo que yo guardaba riquezas en la bolsa que me había dado Eolo. Uno de ellos le decía a otro:

–¡Cómo honran a este hombre en todas partes! De Troya trae ricos tesoros, mientras nosotros, que también fuimos allí, volvemos con las manos vacías. ¡Y ahora Eolo le dio estos presentes! Veamos cuánta plata y oro hay en la bolsa.

Entonces desataron el nudo para mirar. ¡Funesta idea! Los vientos salieron despedidos al instante en todas las direcciones, y nos arrastraron de nuevo muy lejos de nuestra patria.

Finalmente, volvimos a la isla Eolia en medio de vientos huracanados. Todos los hombres se lamentaban y a mí no se

59 Eolo, hijo de Poseidón y Arne (o Melanipa, según otras tradiciones), es el fundador de Eolia, en la Propóntide. En la mitología suele identificárselo con el Señor de los Vientos.

me iba la tristeza al recordar que habían desconfiado de mí, que siempre me preocupé por ellos. Una vez que desembarcamos, me dirigí hacia el palacio de Eolo. El rey, que estaba celebrando un banquete, me vio llegar lleno de asombro y me preguntó:

–¿Por qué volviste, Odiseo? Te di todo lo que necesitabas para retornar a tu patria, tal como querías.

Y yo le contesté con el corazón lleno de congoja:

–Rey, mis compañeros fueron imprudentes y la codicia los llevó a abrir la bolsa que me habías regalado, mientras yo dormía. Te ruego que me ayudes otra vez.

Se hizo un largo silencio, hasta que al fin Eolo me dirigió estas duras palabras:

–¡Miserable, no se puede dar ayuda a alguien que no es querido por los dioses! ¡Fuera de aquí! ¡Abandona esta isla cuanto antes!

No había nada que agregar. Volvimos a soltar amarras y durante seis días continuamos navegando, cada vez con menos ánimos y fuerzas, pues cada batir de remos nos recordaba nuestra propia estupidez y hacía más profunda nuestra desesperación.

Al séptimo día llegamos a la ciudad de Lestrigonia, cuyo puerto está en un canal estrecho de aguas serenas, entre altos acantilados de roca. Todos mis compañeros amarraron allí sus naves, pero yo até mi barco en un peñasco, a cierta distancia de los demás. Luego envié a dos hombres a indagar qué clase de gente vivía allí. Partieron enseguida, y a poco de andar se cruzaron con una joven que recogía agua de un arroyo. Ella les mostró el palacio del rey, y hacia allí se dirigieron. Al entrar hallaron a la reina, que les inspiró temor, pues era mucho más alta y grande que una mujer común. La reina no dijo nada y mandó llamar a su marido, el rey Antífates. Cuando este entró y vio a mis compañeros, agarró a uno de ellos, lo partió como una rama y se lo comió. El otro hombre huyó horrorizado hacia las naves, mientras Antífates daba potentes gritos de aviso. Al instante, las calles se llenaron

Lestrigonia es un lugar mítico, que significa "de lejanas puertas". En la geografía de la *Odisea*, suele identificarse el país de los lestrigones con la región oriental de la isla de Cerdeña.

de gigantescos lestrigones, que arrojaban rocas inmensas contra nuestros barcos y los destrozaban. Con sus enormes manos cazaban a mis compañeros como si fueran peces, y se los llevaban para comérselos.

Yo corté las amarras de mi barco y urgí a mis hombres a batir los remos. Nuestra nave fue la única que logró escapar de la desgracia.

Con el corazón triste seguimos navegando, y esta vez llegamos a la isla de Eea, donde habita Circe, la de hermosos cabellos, la terrible diosa hechicera. Atracamos, descendimos y nos echamos a dormir durante dos días y dos noches, extenuados por el dolor y el esfuerzo. Y al tercer día me levanté y busqué un puesto de observación elevado. Desde allí pude ver que la isla era pequeña y estaba rodeada por el mar infinito. En el centro de la isla, entre los árboles de un bosque espeso, se elevaba una columna de humo.

Todos teníamos aún el corazón oprimido por la muerte de nuestros queridos compañeros a manos del cíclope Polifemo y de los fieros lestrigones. Pero nada conseguíamos con lamentarnos. Así que reuní a mis hombres, los dividí en dos grupos y asigné un jefe a cada grupo. A uno lo mandaba yo, y al otro, Euríloco. Sorteamos, y al grupo de Euríloco le tocó en suerte ir a averiguar quién habitaba en la isla.

Encontraron en un valle la casa de Circe, hecha con piedras. Por el lugar rondaban leones de grandes uñas y lobos salvajes, a los que ella había hechizado con un brebaje. Cuando vieron llegar a mis hombres, las fieras no los atacaron: se acercaron moviendo sus colas, jugueteando como cachorros contentos. Pero mis hombres se asustaron y se detuvieron en el umbral de la casa. Desde allí oyeron a Circe, que cantaba con hermosa y dulce voz mientras tejía. Polites, uno de los hombres, dijo:

–Amigos, no sé si es diosa o mujer quien canta ahí dentro, haciendo resonar la casa con voz melodiosa. Llamémosla para que nos oiga.

Así habló, y todos se pusieron a llamar.

Enseguida salió la diosa, abrió las puertas y los invitó a entrar. Todos la siguieron, menos Euríloco, que se quedó afuera, sospechando que se trataba de una trampa.

La diosa hizo sentar a los hombres en cómodos sillones y les ofreció queso, miel y vino, y con el alimento mezcló un brebaje maléfico, para que los hombres se olvidaran por completo de su tierra patria y del regreso.

Ellos comieron y bebieron, y luego Circe los tocó con su vara, los convirtió en cerdos y los encerró en un chiquero. Tenían la cabeza, la voz, la piel y el aspecto de esos animales, pero conservaban la mente humana. Encerrados, lloraban, y Circe les daba bellotas y otras cosas que comen los cerdos que se revuelcan en el barro.

Euríloco volvió corriendo a la nave para informarme sobre la amarga suerte de nuestros compañeros, pero tenía los ojos llenos de lágrimas y tan grande era su dolor, que le costaba hablar. Cuando pudo relatarnos lo que había visto, yo me colgué la espada y le ordené que fuera conmigo para indicarme el camino, pero él abrazó mis rodillas y me dirigió estas palabras:

–Odiseo, no me obligues a ir. Déjame quedarme aquí, pues sé que no lograrás volver ni traerás a ninguno de los hombres. Huyamos los que estamos aquí, ahora que aún tenemos tiempo.

Y yo le contesté:

–Euríloco, quédate aquí comiendo y bebiendo si eso es lo que quieres. Yo tengo el deber de rescatar a mis hombres.

Y sin decir más me alejé de la nave. Cuando me acercaba a la mansión de la hechicera, el dios Hermes se apareció en mi camino. Tenía el aspecto de un muchacho radiante de juventud. Me tomó la mano y me habló así:

–Desdichado, ¿a dónde vas sin compañía por estos caminos que no conoces? Tú también quedarás atrapado junto a los demás si no me escuchas. Toma esta raíz que te doy: impedirá que los brebajes de Circe te hechicen. Cuando ella vea que su poción no funciona, sentirá temor y te invitará a quedarte con ella. No la rechaces, pero debes exigirle que jure no hacerte ningún daño.

Y después de decir esto, Hermes me dio una planta que tenía la raíz negra, pero su flor era blanca. Para los hombres es muy difícil arrancarla de la tierra, pero los dioses lo pueden todo.

Luego, Hermes regresó al Olimpo y yo llegué a la casa de Circe, mientras revolvía en mi mente mil pensamientos. En cuanto llamé, la diosa abrió las puertas y me invitó a pasar. La seguí adentro con temor en el corazón. Me hizo sentar en un hermoso sillón y me sirvió algo en una copa de oro. Yo bebí, y entonces ella me tocó con su vara, diciendo:

–Ahora ve al chiquero a revolcarte junto a tus amigos.

Pero la poción no me había hechizado. De inmediato saqué mi espada y me arrojé sobre Circe. Ella lanzó un grito, abrazó mis rodillas y dijo entre lamentos:

–¿Quién eres y de dónde vienes? Ningún otro hombre ha soportado mis brebajes. Pero en tu pecho vive un corazón imposible de hechizar. Seguramente eres el ingenioso Odiseo, a quien Hermes me anunció hace mucho tiempo que conocería. Por favor, guarda tu espada y quédate conmigo.

Así habló, y yo le contesté:

–¿Cómo puedo confiar en ti, si has convertido en cerdos a mis compañeros, y lo mismo intentaste hacer conmigo hace un momento? No puedo guardar mi espada y quedarme contigo como me pides, a menos que antes jures ante los dioses inmortales que no tramarás ningún mal en mi contra.

Eso dije, y ella elevó enseguida el solemne juramento que yo le pedía. Entonces llamó a sus cuatro criadas, que calentaron agua para lavarme, y me trajeron ropas limpias, y después sirvieron comida y bebida en la mesa. Pero yo permanecí sentado con el pensamiento en otra parte. Entonces Circe me dirigió estas palabras:

–Odiseo, ¿por qué estás así, como un mudo, consumiendo tu ánimo, sin siquiera probar la comida? No tienes nada que temer, pues ya te he jurado ante los dioses que no tramaría ninguna maldad contra ti.

Y yo le contesté:

–Circe, ¿qué hombre digno probaría un bocado antes de ver a sus fieles compañeros liberados? Si tu voluntad es buena, suelta a mis hombres, y que yo pueda volver a verlos.

Así le dije, y ella salió, abrió la puerta del chiquero y untó a mis hombres, transformados en cerdos, con un brebaje. Enseguida se les cayeron las pelambres y se convirtieron de nuevo en hombres, aun más jóvenes y más robustos que antes. Ellos me reconocieron y vinieron llorando a estrechar mi mano, conmovidos. Hasta la diosa se compadeció y dijo:

–Astuto Odiseo, de linaje divino, ve ahora junto a tu nave, arrástrala a tierra y vuelve aquí con el resto de tu tripulación, para que pueda ofrecerles un banquete.

Así habló, y convenció a mi espíritu. Y mientras yo me dirigía hacia la nave, Circe hizo que sus criadas bañaran a los hombres que permanecieron en la casa.

Los compañeros que esperaban en la nave se alegraron mucho al verme, pues me daban por muerto. Les relaté lo sucedido, y los alenté a empujar el barco a tierra, para volver pronto al palacio de la diosa. Solo Euríloco se resistía y trataba de retenerme, recordando lo que había ocurrido por quedarnos a comer en la cueva del cíclope Polifemo. Pero al fin se convenció, y marchamos al palacio. Y al reencontrarse unos hombres con los otros, lloraron de emoción. Entonces Circe se acercó a mí y me dijo estas palabras:

–Astuto Odiseo, de linaje divino, no se lamenten más. Yo sé todo lo que han sufrido en el mar, y los males que les causaron en tierra firme los enemigos. ¡Pero vamos, ahora coman y beban para recuperar el ánimo y las fuerzas!

Así habló, y todos le hicimos caso.

Un año entero permanecimos en Eea, la isla de Circe, comiendo carne en abundancia y bebiendo un vino delicioso. Pero cuando se cumplió el año, mis leales compañeros me llamaron y me dijeron:

–Amigo, ya es tiempo de pensar en tu patria, si es que tu destino es salvarte y volver a ver tu casa y a los tuyos.

Así hablaron. Y cuando el Sol se sumergió y llegó la oscuridad, yo subí a la cama de Circe y le supliqué con estas palabras:

–Circe, mi ánimo está impaciente por volver a casa, y lo mismo el de mis compañeros. Es hora de que cumplas tu promesa de ayudarme a regresar.

Y Circe me contestó:

–Astuto Odiseo, no permanezcan más tiempo en mi palacio si no es su voluntad. Pero antes de continuar debes realizar otro viaje: tienes que acudir a la mansión de Hades[61] y la terrible Perséfone,[62] para pedir el oráculo al alma de Tiresias,[63] el adivino ciego, cuya mente aún está intacta. Pues entre todos los muertos, solo a él le concedió Perséfone la sensatez y la razón. Los demás son nada más que sombras que pasan.

Al escuchar estas palabras, mi corazón se quebró. Me puse a llorar, y mi alma no quería vivir ni volver a ver la luz del Sol. Y cuando dejé de llorar, le dije:

–Circe, ¿quién va a guiarme en este viaje? Porque nadie ha llegado jamás en una nave al país de los muertos.

Y me respondió la diosa:

–No necesitarás guía en este viaje, Odiseo. Solo extiende las velas de tu nave y siéntate. El viento te llevará a través del océano hasta la playa donde crecen los altos bosques de Perséfone, con sus árboles negros. Amarra allí tu nave y ve a la mansión de Hades. En el lugar donde el río del Fuego y el río del Llanto desembocan en el Aqueronte[64] hay una roca. Ve hasta allí, haz un hoyo en el suelo y realiza libaciones en honor de los muertos. Primero con leche y miel, luego con vino, y por último con agua. Esparce harina por encima y suplica a los muertos. Promete sacrificar para ellos la mejor vaca cuando estés de vuelta en Ítaca, y la mejor oveja negra para Tiresias. Después presta atención a las aguas del río: por ellas verás acercarse muchas almas de difuntos. Entonces ordena a tus compañeros que sacrifiquen a los animales con la espada, y que los quemen y supliquen a los dioses, y a Hades y a Perséfone. Tú, saca tu espada y no permitas que las almas de los muertos se acerquen a la sangre antes de que hayas interrogado a Tiresias. Cuando llegue el adivino, él te indicará la ruta, y cuánto durará tu regreso a Ítaca, y cómo será.

Así habló Circe, y pronto llegó Eos, la de dedos de rosa. Entonces recorrí el palacio despertando a mis compañeros. Pero ni siquiera esta vez pude volver con toda mi tripulación sana y salva. Elpénor, el más joven de mis hombres, había subido borracho a la terraza, donde se quedó dormido. Cuando oyó el ruido en el palacio, se levantó de pronto, pero tropezó y cayó del techo, y su alma fue a hundirse en la mansión de Hades, donde pronto volveríamos a encontrarla.

Antes de partir, les dije a mis hombres:

–Compañeros leales, seguramente piensan que regresaremos ahora a la querida patria. Pero Circe me ha indicado antes otro viaje. Debemos ir a la mansión de Hades y la terrible Perséfone, para que el adivino Tiresias nos dé el oráculo.

El corazón de mis compañeros se quebró al oír mis palabras. Se sentaron a llorar y a tirarse del cabello. Pero no consiguieron nada con lamentarse.

Subimos a la nave derramando lágrimas. Circe nos dejó allí una oveja negra, y luego se alejó sin que nadie lo notara. Pero ¿quién puede ver a un dios si él no quiere que lo vean?

61 Hades es el dios de los muertos, hijo de Crono y Rea y hermano de Zeus. El nombre de Hades también se usa para referirse al reino de los muertos.

62 Perséfone es la diosa de los Infiernos, esposa de Hades.

63 Tiresias, hijo de Everes y Cariclo, es un famoso adivino ciego, que desempeña un papel fundamental en la tragedia de Edipo y el ciclo tebano.

64 El Aqueronte es uno de los ríos del Infierno, junto al Piriflegetonte y al Cocito. Es el río que deben atravesar las almas, sobre una barca conducida por el barquero Caronte, para alcanzar el reino de los muertos.

Descenso al Hades

Llenos de dolor, arrastramos la nave hacia el agua, hicimos subir el ganado y desplegamos el velamen. Circe, la diosa de hermosos cabellos, mandó soplar un viento favorable, que es el mejor compañero en el mar y que nos guió durante todo el día.

Y cuando se puso el Sol y las sombras se extendieron por los caminos, nuestro barco llegó al confín del océano profundo. En ese lugar está el pueblo de los cimerios, los desdichados que viven envueltos en tinieblas, pues el Sol jamás los mira desde arriba, y la noche constante los cubre. Allí detuvimos la nave, bajamos el ganado y seguimos a pie, bordeando el sagrado bosque de árboles negros, hasta el sitio que Circe nos había indicado.

Entonces cavé un hoyo con mi espada, y realicé libaciones en honor de los difuntos, primero con leche y miel, luego con vino, y después con agua. Esparcí la harina, supliqué a los muertos y prometí sacrificar en su honor la mejor vaca al volver a Ítaca, y la mejor oveja negra del rebaño para Tiresias. Luego degollé los animales que habíamos llevado junto al hoyo, y corrió la oscura sangre. Inmediatamente empezaron a llegar desde el Érebo las almas de los difuntos. Esposas, muchachos, ancianos con mil penas, jóvenes muertas con el primer dolor, hombres heridos por lanzas de bronce, guerreros que dejaron la vida en la batalla, con las armas ensangrentadas. Se acercaban en grupos, con lamentos estremecedores. El pálido horror se apoderó de mí, y ordené a mis compañeros sacrificar el resto de los animales, mientras elevaba súplicas a los dioses, a Hades y a la terrible Perséfone. Me quedé junto al hoyo empuñando la espada, para impedir que las almas de los muertos se acercaran a beber la sangre, pues antes debía interrogar a Tiresias.

La primera en llegar fue el alma de nuestro compañero Elpénor. Apremiados por otras urgencias, habíamos dejado su cadáver en casa de Circe, sin sepultura[65] y sin duelo. Al verlo, se humedecieron mis ojos y le dije:

–Elpénor, ¿cómo has bajado hasta la brumosa oscuridad? ¿Llegaste antes a pie que yo en mi nave?

Él me contestó entre sollozos:

–Odiseo, hijo de Laertes, la suerte fatal y el exceso de vino me llevaron a la perdición. Caí desde la terraza del palacio de Circe, me quebré el cuello y mi alma bajó a la lúgubre mansión de Hades. Pero sé que cuando partas de aquí volverás a pasar por Eea. Así que te suplico que te acuerdes de mí y no abandones la isla sin darme sepultura y sin llorarme. Que mi desgracia no te atraiga la cólera de los dioses. Incinera mi cuerpo con todas mis armas, y levanta una tumba a orillas del mar espumoso, para que sepan de mí las generaciones futuras. Escucha mi súplica, y clava en mi tumba el remo que solía usar cuando navegaba con mis queridos compañeros.

Así habló, y yo le prometí cumplir sin falta lo que me pedía.

Entonces llegó el alma de mi madre, Anticlea, que aún vivía cuando partí hacia la sagrada Troya. Los ojos se me llenaron de lágrimas y el dolor me oprimió el pecho, pero aun así mantuve firme mi espada y le impedí beber la sangre antes de oír a Tiresias.

Por fin se acercó el alma del ciego Tiresias, el ilustre adivino de Tebas. Llevaba un cetro de oro en la mano y al notar mi presencia me dijo:

–Astuto Odiseo, hijo de Laertes, de linaje divino, ¿por qué dejaste la luz del Sol y viniste a este lugar sin alegría, donde moran los muertos? Aparta la espada para que pueda beber la sangre y decirte la verdad.

Así habló. Yo lo dejé beber la sangre del hoyo, y entonces pronunció el oráculo:

–Valiente Odiseo, ansías volver, pero Poseidón no ha olvidado la cólera que despertaste en su pecho el día que cegaste a su hijo, Polifemo. Sin embargo, aunque deban sufrir muchos males todavía, llegarán a la patria si logras contener a tus

65 Según el rito griego, si un cadáver permanecía insepulto, el alma del muerto no podía cruzar el Aqueronte, y debía soportar una espera interminable, sin poder encontrar el descanso final.

hombres en la isla de Trinacia. Allí encontrarán unas vacas pastando entre ovejas. Son vacas del Sol, el que todo lo ve y todo lo escucha. Si no tocan esos animales, llegarán a la patria; pero si les hacen daño, predigo la destrucción de tu nave y de tus compañeros. Y si tú logras salvarte, volverás a tu tierra después de mucho tiempo, solo, en desgracia y en una nave ajena. Y en tu casa encontrarás nuevos males: hombres insolentes que consumen tu comida y pretenden a tu mujer por esposa. Al llegar, vengarás sus actos dándoles muerte, con astucia o con la espada. Después de eso, toma un remo y ve tierra adentro, donde viven los hombres que no conocen el mar ni han visto nunca una nave, y que no probaron la comida con sal. Allí, cuando un caminante te hable del rastrillo que llevas al hombro, clava el remo en la tierra y sacrifica tres animales en honor a Poseidón: un carnero, un toro y un cerdo. Luego vuelve a tu hogar, y haz sacrificios para el resto de los dioses inmortales que viven en el ancho cielo. Si cumples todo esto como te digo, te llegará una muerte tranquila en la vejez, lejos del mar, y los que te rodean serán felices. Esas son las verdades que predigo.

Así habló, y yo le contesté:

–¡Oh, Tiresias! Esto lo han decidido los dioses, sin duda. Pero ahora quisiera saber lo siguiente: ahí está el alma de mi madre muerta, que guarda silencio y se niega a mirar de frente a su hijo y a hablarle. ¿Qué debo hacer para que me reconozca?

Y el tebano Tiresias me respondió:

–Presta atención a la respuesta, que es fácil: aquel de los muertos al que permitas beber la sangre, te dirá la verdad. Aquel al que se lo impidas, te dará la espalda y se irá.

Así concluyó el adivino Tiresias sus presagios, y se marchó al fondo del Hades, mientras yo esperaba que mi madre se acercara a beber la negra sangre. Apenas lo hizo, me reconoció y me habló así:

–Hijo mío, ¿cómo llegaste aquí si aún estás vivo? ¿Vienes desde Troya? ¿Ya has estado en Ítaca y has visto a tu esposa en el palacio?

Y yo le respondí, embargado por la emoción:

–Madre, descendí hasta el Hades para pedir el oráculo a Tiresias. No he vuelto a pisar nuestra patria desde el día que partí de allí, siguiendo a Agamenón, para combatir en Troya. Pero dime, ¿qué destino te trajo a la muerte? ¿Sufriste alguna enfermedad? Cuéntame de mi padre, y del hijo que dejé allá. ¿Y mi esposa? ¿Qué hace? ¿Se casó con otro hombre?

Así hablé, y mi madre respondió:

–Hijo mío, nadie ha ocupado tu trono. Tu esposa continúa en el palacio, con paciente y triste ánimo, y Telémaco se ocupa de tus bienes y es recibido y agasajado en los banquetes. Tu padre sigue en el campo y nunca baja a la ciudad; te extraña y espera tu regreso, pues se le acerca la incómoda vejez. En cuanto a mí, querido hijo, no fue la enfermedad, sino la preocupación y la pena por ti las que me privaron de la dulce vida.

A continuación se calló, y yo quise abrazar el alma de mi madre muerta. Tres veces me acerqué, y tres veces se voló de entre mis brazos, como una sombra o un sueño; y en mi corazón el dolor era cada vez más hondo. Entonces le dije estas palabras:

–Madre, ¿por qué no te quedas cuando te abrazo? ¿O acaso Perséfone envió un simulacro, para aumentar mi llanto y mis lamentos?

Así hablé, y enseguida mi madre contestó:

–¡Ay de mí, hijo mío! Perséfone no te engaña, pues esta es la condición de los muertos: los nervios ya no sujetan la carne ni los huesos; todo lo consume un fuego ardiente cuando la vida abandona el cuerpo, y solo el alma queda, flotando aquí y allá, como un sueño. Ahora vuelve a donde brilla el Sol, para que algún día puedas contarle estas cosas a tu esposa.

Me quedé viendo cómo se alejaba el alma de mi madre, y enseguida comenzaron a acercarse otras almas de mujeres. Vi a Alcmena, la madre del gran Hércules,[66] y también vi a Ariadna, que ayudó a Teseo[67] a matar al Minotauro. Vi a la hermosa Epicastra, la madre de Edipo,[68] y vi y escuché

66 Hércules, hijo de Alcmena y Zeus, es el héroe más famoso y popular de la mitología clásica. De los ciclos de leyendas que lo tienen como protagonista, sin dudas son los Doce Trabajos los más conocidos.

67 Teseo es el héroe por excelencia de Atenas. Protagoniza el célebre mito del Minotauro, al que dio muerte con la ayuda de Ariadna, quien le proporcionó un ovillo de hilo para que no se perdiera en el laberinto en el que el Minotauro había sido encerrado a causa de su naturaleza monstruosa.

68 Edipo fue un rey de Tebas, en el que se basa una célebre tragedia de Sófocles.

a las almas de muchas otras mujeres. Y cuando estas se fueron, llegaron las almas de los valientes héroes aqueos, aquellos que habían combatido junto a mí en las llanuras de Troya. Primero el glorioso Agamenón, a quien yo creía muerto en el mar, por alguna tormenta. Pero él me relató su fatídica muerte, a manos de su esposa Clitemestra y su amante Egisto. Luego vi a Patroclo, a Antíloco[69] y al gran Áyax. Y después el alma del famoso Aquiles, el de pies veloces, se acercó y bebió la sangre del hoyo, y al reconocerme me dijo:

–Ingenioso Odiseo, ¿qué tramas? ¿Cómo te atreviste a bajar aquí, donde los muertos vagan como sombras?

Así habló, y yo le contesté:

–Aquiles, el mejor y más valiente de los aqueos, vine aquí para hablar con Tiresias y oír su oráculo, pues no he vuelto a mi patria desde que dejamos Troya, y mis desgracias no terminan. Tú, en cambio, fuiste el más feliz. Los aqueos te honramos como si fueras un dios, y aquí te destacas también sobre los difuntos. Así que no debe apenarte estar muerto.

Y él me respondió:

–Odiseo, no quieras consolarme de la muerte. Preferiría ser siervo de un hombre pobre cualquiera antes que reinar entre los muertos... Pero dime si mi hijo, que fue a la guerra, heredó mi bravura. Y cuéntame, si es que sabes, alguna noticia de mi padre, Peleo.

Así habló, y yo le conté lo que sabía:

–No he tenido noticias de tu padre, el gran Peleo, pero sí voy a hablarte de tu hijo Neoptólemo. Puedes estar orgulloso de él, Aquiles, porque heredó tu ánimo incansable en la lucha. Cuando combatíamos con nuestras armas en la llanura de Troya, nunca se quedaba en las filas de atrás, sino que siempre iba adelante, aventajando a los demás en bravura.

Y luego de escucharme, el alma de Aquiles se marchó, satisfecha por haber oído la fama que se estaba haciendo su noble hijo entre los mortales.

Y yo quise abrazar el alma de mi madre muerta. Tres veces me acerqué, y tres veces se voló de entre mis brazos, como una sombra o un sueño.

69 Antíloco, hijo de Néstor y amigo de Aquiles, muere en la *Ilíada* poco después de la muerte de Patroclo.

Después vi al rey Minos,[70] hijo de Zeus, que tiene un cetro de oro y es juez de los muertos. Estos, sentados ante él, exponían sus historias.

Y vi al gigante Orión, que aún anda con su maza de bronce a la caza de los animales que mató cuando vivía.

Y vi a Ticio,[71] el hijo de la Tierra, acostado en un llano: dos buitres le picoteaban el hígado sin que él pudiera defenderse.

Luego vi a Tántalo,[72] que soportaba duros tormentos, sumergido hasta el mentón en las aguas de un lago, sufriendo eterna sed. Cada vez que se inclinaba a beber, el agua era absorbida por la tierra. Las ramas de árboles frutales pendían sobre él, cargadas de peras, granadas y manzanas. Pero en cuanto Tántalo extendía una mano hacia ellas, un viento las alzaba hacia las nubes sombrías.

Y vi después a Sísifo,[73] que hacía fuerza con todo su cuerpo para empujar una pesadísima roca hacia la cumbre de un monte; pero cuando llegaba allí, la roca rodaba nuevamente cuesta abajo. Y él debía empezar otra vez, con todas sus fuerzas, el mismo trabajo.

Y después de ver todo esto permanecí allí todavía un tiempo más, pero empezaron a juntarse multitudes incontables de muertos, lanzando estremecedores lamentos. El pálido horror se apoderó de mí, y comencé a temer que Perséfone me enviara la cabeza de Gorgona,[74] el terrible monstruo. Entonces me encaminé con mis compañeros hacia la nave y soltamos amarras. Mis hombres batieron el agua con los remos, y nos alejamos de allí, ayudados por un viento favorable.

70 Minos fue un rey de Creta, hijo de Europa y Zeus, que se destacó por su capacidad para dictar justicia; de allí que según el mito sea Minos quien juzga, junto a su hermano Radamantis, las almas de los muertos en el Hades.

71 Ticio es un gigante, hijo de Zeus y Elara. Celosa de los amores de Zeus y Leto, Hera lanzó contra ella a Ticio, que intentó seducirla; Zeus, en castigo, lo fulminó con el rayo y lo envió a los Infiernos, donde dos buitres le devoran el hígado, que le vuelve a crecer con cada nuevo ciclo de la luna.

72 Tántalo, hijo de Zeus y Pluto, fue castigado por su orgullo.

73 Sísifo era considerado el más astuto de los mortales.

74 Las Gorgonas, hijas de Forcis y Ceto, eran monstruos cuya cabeza estaba rodeada de serpientes venenosas. Su mirada convertía en piedra a quienes fijaran la vista en ellas.

Odiseo y las Sirenas. Escila y Caribdis. La isla del Sol

Cuando llegamos a la isla de Eea, envié unos hombres al palacio de Circe, para que trajeran el cadáver de Elpénor. Cortamos unos leños e incineramos[75] el cuerpo de nuestro compañero junto con sus armas. Derramamos muchas lágrimas, y luego levantamos una tumba y clavamos allí el remo que él había usado en vida.

Circe vio que habíamos vuelto del Hades y enseguida llegó con sus siervas, trayendo provisiones: pan, carne y rojo vino. Así pasamos el día, comiendo y bebiendo en abundancia, hasta que se puso el Sol.

Y cuando mis hombres se echaron a dormir junto a la nave, Circe tomó mi mano, fuimos a sentarnos aparte y conversamos. Yo le conté con detalle lo que Tiresias me había anunciado en el país de los muertos, y después de oírme con atención, ella me dijo:

–Todo lo que te anuncié, entonces, se ha cumplido. Ahora recuerda bien las cosas que voy a decirte. Al partir de aquí, encontrarás primero a las Sirenas,[76] que embrujan a los hombres con su voz. Quien se acerca desprevenido y las oye, ya nunca vuelve a ver a su familia. Las Sirenas lo atraen con su canto irresistible hacia las afiladas rocas donde viven. La playa que habitan está cubierta de huesos humanos y piel que se pudre al sol. Tú pasa de largo, sin detenerte, y antes tapa con cera los oídos de tus hombres. Pero si quieres oír, haz que te aten de pies y manos contra el mástil, y así podrás gozar de la canción de las Sirenas.

Yo escuchaba con atención todo lo que la hechicera me decía, para saber qué decisiones debía tomar a lo largo del viaje que se avecinaba.

Ella continuó así:

75 Incinerar significa "reducir a cenizas". Cremar el cuerpo del difunto en una pira u hoguera era parte del rito funerario griego.

76 Las Sirenas son criaturas marinas; pero, a diferencia de como nos las representamos en la actualidad (hermosas mujeres con cola de pez), los griegos se las imaginaban con medio cuerpo de mujer y medio cuerpo de pájaro.

–Cuando el peligro de las Sirenas haya pasado, no puedo decirte qué camino seguir. Debes elegir tú mismo entre dos posibilidades. La primera es un estrecho que los dioses llaman Rocas Errantes. Corre al pie de altísimos peñascos donde se estrellan con furia las olas, y también los barcos y los cuerpos de los hombres. Nunca una nave logró pasar con éxito, salvo la célebre *Argo*, y eso fue porque la diosa Hera quería a Jasón.[77] El otro camino también es estrecho, y pasa entre dos promontorios enfrentados. En uno de ellos habita Escila, y en el otro, Caribdis. Para escapar de uno de estos monstruos, es inevitable acercarse al otro. Escila tiene doce patas deformes y seis largos cuellos. Cada cuello tiene una cabeza, y cada cabeza tiene una boca con tres filas de dientes llenos de muerte. Vive en una gruta, pero sus cabezas asoman al mar. Las naves jamás han pasado por allí sin perder algunos hombres. En el promontorio de enfrente, a solo un tiro de flecha, vive Caribdis. Este monstruo está más cerca del mar; tres veces al día traga agua, y tres veces la vomita con violencia, causando terribles remolinos. ¡Ojalá no pases por ahí cuando está sorbiendo el agua, porque ni siquiera Poseidón lograría salvarte de la muerte!

En mi corazón, yo iba tramando cuáles serían las estrategias que convenía adoptar ante semejantes calamidades. Evidentemente no iba a ser un viaje sencillo el que nos aguardaba a mí y a mis compañeros. Seríamos afortunados si lográbamos salir vivos en medio de tantas acechanzas. Pero los males no terminaban ahí.

–Después de atravesar estos peligros –siguió diciendo Circe–, llegarás a la isla de Trinacia, donde pastan las vacas y ovejas del Sol. Estos animales nunca tienen cría, pero tampoco mueren jamás. Si no tocan al rebaño, volverán a Ítaca. Pero si les hacen algún daño, entonces predigo la destrucción de la nave y de tus compañeros. Y si tú logras salvarte, volverás a tu patria después de mucho tiempo, solo, en desgracia y en una nave ajena –me confirmaba los dichos de Tiresias.

Así habló, y pronto llegó Eos, la de trono de oro.

77 Jasón, hijo de Esón, rey de Yolco, es el capitán de la famosa expedición de los Argonautas. Esta se dirigió a la Cólquide para rescatar el vellocino de oro –que estaba custodiado por un dragón–, a fin de recuperar el trono de Yolco, ocupado ilegítimamente por Pelias, tío de Jasón. Jasón consigue la hazaña, ayudado por la hechicera Medea.

Circe volvió a su casa cruzando la isla, y yo apremié a mis compañeros para embarcar y soltar amarras. Una vez más, Circe nos envió un viento favorable que hinchó las velas, y cuando estuvimos sentados y el barco avanzaba sobre el mar, con el corazón preocupado les relaté a mis hombres las predicciones de la hechicera y las instrucciones que me había dado para evitar la muerte funesta.

Mientras hablábamos, la nave se fue aproximando a la isla de las Sirenas. Entonces corté un pan de cera en pequeños trozos, los ablandé entre mis dedos y tapé los oídos de mis compañeros. Ellos, a su vez, me ataron al mástil con fuertes nudos y luego se sentaron para seguir remando.

Cuando las Sirenas percibieron la cercanía de la nave, comenzaron a cantar:

–Ven aquí, famoso Odiseo, gloria de los aqueos. Frena la marcha de tu nave y oye mejor nuestro canto. Nadie pasa por este lugar sin escuchar el dulce son de nuestros labios. Quien lo escucha parte luego más feliz, porque aprende mil cosas nuevas. Conocemos las penas que sufrieron aqueos y troyanos por voluntad de los dioses, y cualquier cosa que ocurre sobre la tierra la sabemos.

Así hablaban con su hermosísima voz, y todo mi corazón quiso seguir escuchando. Dando fuertes gritos, ordené a mis compañeros que me liberaran, pero ellos no me oían. Les hice señas con las cejas, pero ellos se inclinaban sobre los remos, pues yo les había advertido que no me hicieran caso, aunque les suplicara.

Cuando pasamos de largo la isla y ya no se oía a las Sirenas, mis leales compañeros se quitaron la cera de los oídos y soltaron mis ataduras.

Pero a poco de avanzar, comencé a notar adelante el vapor de olas gigantescas, y a oír el estruendo que hacían al golpear contra las rocas. El espanto se apoderó de mis hombres. Los remos cayeron de sus manos y la nave se detuvo allí mismo. Entonces animé así a mis compañeros:

–¡Amigos, ya no somos inexpertos en desgracias! Este peligro no es peor que aquel cíclope brutal que nos encerró en su cueva. Pero si logramos escapar de aquello, también podremos sobrevivir ahora, y más adelante será un recuerdo. Hagan lo que voy a decirles: siéntense en los bancos y remen con todas sus fuerzas, a ver si Zeus nos concede escapar de la desgracia. Y tú, piloto, mantén la nave alejada todo lo que puedas del vapor y el torbellino; acércate al promontorio y conserva la nave de ese lado.

Así hablé, y enseguida obedecieron mis palabras. Recordando lo dicho por Circe, yo había decidido evitar la ruta de las Rocas Errantes, de modo que empezamos a cruzar el estrecho entre lamentos, pues de un lado estaba Escila, y del otro Caribdis, sorbiendo enormes cantidades de agua y vomitándolas de nuevo con violencia.

El pálido terror atravesó a mis compañeros, y mientras mirábamos a Caribdis, temiendo la muerte, nos descuidamos y por el otro lado nos atacó Escila. Con sus seis bocas arrebató de la nave a seis hombres, y los devoró en la entrada de su cueva, mientras ellos lanzaban espantosos aullidos de agonía y extendían sus brazos hacia mí suplicándome que los salvara. De los horrores que sufrí en mis años por el mar, aquel fue el más triste de todos.

Cuando al fin logramos escapar de la terrible Caribdis y de Escila, llegamos a la hermosa isla del dios Sol, donde pastaban numerosas vacas y gordas ovejas. Recordé los presagios del ciego Tiresias y de Circe, y les dije a mis hombres:

–Compañeros que tantas desgracias han sufrido, escuchen lo que voy a decirles: el tebano Tiresias y Circe, la de lindas trenzas, me pidieron que evitáramos la isla del Sol, porque aquí nos esperaba el mayor de los males. Así que llevemos la nave lejos de esta isla.

Así hablé, y a ellos se les quebró el corazón. Entonces Euríloco, que tan prudente había sido cuando llegamos a las tierras de Circe, me dijo con enojo:

–Odiseo, eres muy duro. Tu cuerpo no se cansa, pareces hecho de hierro. Por eso pretendes que sigamos navegando,

aunque se acerca la noche y tus hombres están vencidos por el sueño y la fatiga. Atraquemos aquí para comer y dormir, y al alba nos pondremos otra vez en marcha.

Todos los demás aprobaron sus palabras. Entonces comprendí que algún dios tramaba una desgracia contra nosotros.

–Euríloco –le dije–, soy uno contra el resto. No voy a oponerme. Pero al menos juren solemnemente que no matarán ninguna vaca u oveja, y que únicamente comerán las provisiones que nos dio Circe antes de partir.

Así hablé, y todos juraron como les había pedido. Luego atracamos la nave y desembarcamos en la isla. Mis compañeros prepararon la comida y lloraron recordando a los compañeros muertos en las fauces de Escila. Y una vez que saciaron el deseo de comer y de beber, los dominó el profundo sueño.

Durante todo un mes sopló el viento austro [78] y debimos quedarnos ahí. Mientras hubo comida y rojo vino, mis hombres se mantuvieron lejos de las vacas del terrible dios Sol, que todo lo ve y todo lo escucha. Y cuando los víveres de la nave se terminaron, fabricaron anzuelos y comenzaron a cazar peces y aves, pues el hambre les retorcía el estómago.

Yo me puse entonces a recorrer la isla para suplicar a los dioses que me indicaran el camino de regreso. Me alejé de mis compañeros, me lavé las manos y rogué a todos los dioses del Olimpo. Y ellos derramaron dulce sueño sobre mis párpados. Mientras tanto, Euríloco comunicó a mis compañeros estas funestas palabras:

–Escuchen, amigos que tanto han sufrido. Cualquier clase de muerte es odiosa para los hombres, pero ninguna es tan horrible como morir de hambre. Vamos, pues: acorralemos las mejores vacas del Sol y hagamos un sacrificio a los dioses inmortales. Si llegamos a Ítaca, lo primero de todo será edificar al dios Sol un espléndido templo, que llenaremos de ofrendas. Pero si él se enoja por sus vacas de altos cuernos y decide destruir nuestra nave, prefiero morir así, entre las olas, antes que consumirme de hambre, poco a poco, en una isla desierta.

78 El austro es el viento que sopla desde el sur

Así habló Euríloco, y los demás aprobaron sus palabras. Enseguida eligieron las mejores vacas, hicieron las súplicas, degollaron a los animales, los trocearon y los pusieron en asadores.

Entonces el sueño se fue de mis ojos y regresé a la nave. Y cuando estaba cerca de la costa, me llegó el agradable olor de la grasa. Rompí a llorar, invocando a gritos a los dioses inmortales:

–¡Padre Zeus y demás dioses felices! Ustedes me enviaron el cruel sueño para arruinarme, pues mientras yo dormía mis compañeros llevaron a cabo un acto temible.

Y también el Sol se dirigía a los dioses, con el corazón triste:

–Padre Zeus y demás dioses inmortales, castiguen ya a los compañeros de Odiseo, que mataron a mis vacas, con las que yo subía al cielo estrellado y volvía a la tierra. Si no me compensan, me hundiré en el Hades y únicamente daré mi luz a los muertos.

Y Zeus, el que junta las nubes, le respondió:

–Sol, sigue tranquilo iluminando a los dioses y a los mortales sobre la tierra. Pronto lanzaré mi rayo y destruiré en medio del mar la nave de esos hombres.

Así habló Zeus. (Todo esto me lo contó poco después Calipso, que a su vez lo había oído de Hermes).

Y cuando yo llegué junto a la nave, reprendí a mis compañeros, aunque ya no había remedio, pues las vacas estaban muertas. Entonces los dioses comenzaron a dar funestas señales: las pieles caminaban, y las carnes al fuego mugían como si estuvieran vivas.

Siete días más tarde cesó de soplar el viento austro, y pudimos lanzar la nave al mar y alejarnos de la isla. Pero no logramos avanzar durante mucho tiempo: el viento céfiro [79] se lanzó sobre nosotros y quebró el mástil, que cayó sobre el piloto y le rompió la cabeza. Enseguida se oscureció el cielo con nubes de tormenta y Zeus lanzó rayos contra la nave. Mis compañeros cayeron fuera y las olas los tragaron. El dios les había negado el regreso.

El huracán terminó de destrozar la embarcación, pero yo logré atar unos maderos, me senté sobre ellos y me dejé llevar por los vientos.

79 El céfiro es el viento que sopla desde el oeste.

Durante nueve días floté a la deriva, y en la décima noche los dioses me dejaron en las costas de la isla de Ogigia, donde vive Calipso, la terrible diosa de hermosos cabellos. Ella me recibió, me entregó su amor y sus cuidados. Pero esto ya lo sabes, Alcínoo, pues ayer lo relaté en el palacio, ante ti y tu esposa. ¿Para qué repetirlo?

Odiseo llega a Ítaca

Cuando Odiseo terminó de hablar, todos los presentes quedaron en silencio, como hechizados. Entonces Alcínoo tomó la palabra y le dijo:

–Odiseo, mañana regresarás a tu hogar sano y salvo.

Luego, cada uno volvió a su casa a dormir. Y cuando surgió Eos, la que nace en la mañana, tornaron al palacio de Alcínoo para celebrar el banquete. Sacrificaron un buey, bebieron rojo vino y cantó Demódoco, el aedo venerado por el pueblo. Pero Odiseo miraba una y otra vez hacia el Sol con impaciencia, esperando que se ocultara, pensando ya en el regreso.

Y cuando el Sol al fin se puso, se dirigieron hacia el puerto donde aguardaba la nave. Sus acompañantes acomodaron los víveres para la travesía, y a Odiseo le tendieron un cómodo lecho en la proa del barco, para que pudiera dormir tranquilo. Luego ocuparon sus puestos, soltaron amarras y batieron el agua con los remos.

Sobre los ojos de Odiseo cayó un sueño apacible, largo y profundo, parecido a la muerte. Y la firme nave avanzaba cortando las olas, más veloz que un halcón.

Cuando el Sol brilló nuevamente en el cielo, llegaron a la isla. Atracaron, alzaron a Odiseo, aún dormido, y lo dejaron sobre la arena, con su manta, su almohada y los tesoros que le habían obsequiado. Pusieron todo lejos del camino, no fuera a ser que un caminante robara a Odiseo mientras dormía, y volvieron a su patria.

Pero Poseidón, el que hace temblar la tierra, no había apaciguado aún su ira, y fue a ver a Zeus y le habló así:

–Zeus, no pude privar a Odiseo totalmente del regreso, pues tú se lo habías prometido desde el principio, y ahora los feacios lo traen dormido hasta su tierra, rodeado de ricos e incontables regalos. ¿Es que los dioses ya no me respetan?

Y le contestó Zeus, el que junta las nubes:

–Poderoso dios que haces temblar la tierra, no digas eso. Sabes muy bien que nunca te deshonrarán los dioses. ¿Qué es lo que consideras justo?

Y dijo Poseidón, el que hace temblar la tierra:

–Zeus, lo que ahora quiero es destrozar la nave en la que regresan a su patria los feacios, para que dejen de escoltar con sus barcos a los hombres. ¡Y también quiero ocultar toda su ciudad debajo de una montaña!

Y Zeus, el que junta las nubes, le respondió:

–Hermano mío, creo que lo mejor será esto: cuando el pueblo esté en la costa contemplando la nave que regresa, conviértela en un gran peñasco, para que todos se asombren y recuerden para siempre lo ocurrido. Pero no ocultes la ciudad bajo una montaña.

Así habló Zeus, y Poseidón viajó hacia Esqueria, la isla donde viven los feacios, y allí esperó. Enseguida apareció la nave, veloz en su carrera. El que sacude la tierra se acercó, y con un toque de la palma de su mano la convirtió en una enorme piedra. Los feacios que esperaban en la costa veían la roca y se miraban mutuamente, sin comprender qué había ocurrido. Entonces Alcínoo habló y les dijo:

–¡Ay de mí! Se cumplió el antiguo presagio de mi padre, que aseguraba que Poseidón se irritaría con nosotros por ser buenos escoltas en el mar. Decía que algún día destruiría una hermosa nave al volver de llevar a un extranjero, y que ocultaría nuestra ciudad bajo una montaña. Eso dijo mi padre, y se está cumpliendo. Así que escuchen lo que voy a comunicarles: de ahora en más, no acompañaremos a ningún mortal que llegue a la ciudad. Y sacrificaremos a Poseidón doce toros, para ver si su cólera se calma y no oculta nuestra ciudad bajo una montaña.

Así habló, y así se hizo. Y el dios que hace temblar la tierra se apiadó de ellos y se marchó.

En ese momento, Odiseo se despertó en su patria; pero después de estar lejos durante tanto tiempo no la reconoció, y comenzó a lamentarse, creyendo que los feacios lo habían dejado en otro país.

Entonces Atenea se presentó ante él, tomando la figura de un joven pastor de noble aspecto. Odiseo se alegró al verlo, y se acercó dirigiéndole estas palabras:

–Salud, amigo. Eres el primero que veo en este país. Te pido que no te acerques con malas intenciones, pues acudo a ti como a un dios. Dime: ¿qué tierra es esta? ¿Qué clase de hombres viven aquí?

Y Atenea, la de los ojos brillantes, le dijo:

–Eres tonto o vienes de muy lejos, forastero, pues la fama de esta tierra es grande. Es cierto que es escarpada, difícil para cabalgar y no muy extensa, pero el suelo produce rico trigo y también las mejores vides para hacer vino. Nunca faltan las lluvias ni el rocío; abundan los bosques y los manantiales de agua fresca, y se crían buenas cabras y buenos toros. Por eso, el nombre de Ítaca llega incluso hasta Troya, que según dicen es muy lejos.

Así habló, y Odiseo sintió alegría de estar en su patria, y enseguida dijo estas palabras, que no eran verdaderas, para no revelar aún su identidad:

–Es cierto, escuché hablar de Ítaca al otro lado del mar, en Creta. Vengo de allí como fugitivo, después de matar a un hombre que quiso robarme mis riquezas. Me trajeron unos fenicios, a quienes supliqué que me llevaran a Pilos o a Elide, a cambio de una parte del tesoro. Pero el viento desvió la nave y llegamos aquí, luego de andar a la deriva toda la noche. El sueño cayó sobre mí, así que bajaron mis cosas, las pusieron cerca de mí y se marcharon.

Así habló. Entonces Atenea adquirió el aspecto de una mujer alta y hermosa, tomó la mano de Odiseo, le sonrió y le dijo estas palabras:

–Muy astuto ha de ser quien te supere tramando engaños, Odiseo. ¿Ni siquiera en tu propia tierra dejarás tu gusto por los inventos y las palabras mentirosas? ¿Ni siquiera teniendo un dios frente a ti? Vamos, terminemos ya, que los dos sabemos de astucias. Tú eres el mejor de los mortales con las palabras y las tretas, y yo tengo fama entre los dioses por mi mente y mi previsión. ¿O no te diste cuenta aún de que soy Atenea, la hija de Zeus, que suele protegerte y asistirte? Ahora vengo para que planeemos juntos dónde esconder las riquezas que te obsequiaron los feacios, y para decirte cuántos males deberás pasar aún en tu palacio. Debes soportarlos en silencio, aunque duelan, sin decirle a nadie que has llegado.

Siempre llevas la misma cautela en el alma, Odiseo, por eso no puedo dejarte librado al sufrimiento, pues eres despierto, inteligente y justo.

Y el ingenioso Odiseo le contestó:

–Diosa, hasta al más experimentado de los mortales le sería difícil reconocerte. ¡Tomas tantas apariencias diferentes! Yo bien sabía que estabas a mi lado cuando los aqueos combatíamos en Troya. Pero cuando la guerra terminó y emprendimos el regreso en nuestras naves, un dios nos dispersó, y jamás volví a verte, hija de Zeus. Pero dime ahora si es verdad que he llegado a mi patria.

Y le contestó Atenea, la diosa de los ojos brillantes:

–Siempre llevas la misma cautela en el alma, Odiseo; por eso no puedo dejarte librado al sufrimiento, pues eres despierto, inteligente y justo. Vamos: te mostraré el suelo de Ítaca, para que te convenzas.

Así habló la diosa, y le mostró la cumbre del boscoso monte Nérito, y la gruta de las Náyades,[80] las ninfas de los ríos a las que Odiseo solía ofrecer sacrificios muchos años atrás.

Odiseo se alegró en su corazón, besó la tierra y dijo:

–Ninfas Náyades, nunca creí que volvería a verlas. Pronto volveré a dedicarles sacrificios, si es que Atenea me conserva la vida.

Y la diosa de ojos brillantes habló así:

–Vamos, que nada de eso te preocupe ahora. Apresurémonos a poner las riquezas en el fondo de la gruta, donde estén bien seguras, y trameмos un plan para que todo salga lo mejor posible. Piensa qué harás con los soberbios pretendientes que llevan ya tres años en tu palacio, cortejando a tu esposa con regalos. Ella no hace más que lamentarse mientras solo piensa en tu regreso, y les da esperanzas a todos, mientras guarda otros planes en su mente.

Y le contestó el ingenioso Odiseo:

–¡Ay de mí! ¡Habría muerto en mi palacio, igual que murió Agamenón, si tú, diosa, no me hubieras revelado estas cosas! Vamos, trameмos un plan para hacer pagar a esos insolentes, y pon valor en mi pecho, como lo hiciste en Troya. Entonces, si tú me acompañas, me sentiría capaz de luchar contra trescientos hombres a la vez.

Y la diosa de ojos brillantes le dijo:

–Ten la seguridad de que estaré a tu lado cuando debamos enfrentar ese peligro. Entonces, seguramente, alguno de los soberbios que consumen tus bienes manchará el suelo con su sangre. Pero ahora cambiaré tu aspecto, para que parezcas un anciano andrajoso, y nadie te reconozca cuando llegues a tu palacio. Antes que nada debes ir a ver al porquero, el que cuida tus cerdos, que aún se mantiene fiel a ti, y ama a tu hijo y a tu esposa, Penélope. Lo hallarás junto a la Roca del Cuervo, cerca de la fuente Aretusa. Siéntate a su lado y pregúntale por todo, mientras yo voy a Esparta en busca de tu hijo Telémaco, pues ha viajado a ver a Menelao para preguntarle por ti y saber si aún vives.

Entonces el ingenioso Odiseo se sobresaltó al oír hablar de su querido hijo:

–Diosa, ¿por qué no se lo hiciste saber tú misma? ¿Fue para que también él pasara por algún sufrimiento en el mar, mientras los demás consumen los bienes de mi palacio? Tengo miedo de que le ocurra algo malo.

Y le contestó Atenea, la de ojos brillantes:

–No te preocupes por Telémaco. Yo lo escolté hasta allí para que se ganara fama de valiente[81] entre los hombres. Es cierto que los pretendientes acechan en el mar aguardando su regreso, con intención de matarlo antes de que llegue a Ítaca. Pero quédate tranquilo, pues no lo conseguirán.

80. Las Náyades son ninfas del agua. Encarnan la divinidad del curso de agua que habitan. Si bien son mortales, están dotadas de una vida muy larga.

81. El nombre de Telémaco significa "el que combate desde lejos", lo cual claramente habla de su inmadurez. Atenea lo envía a Pilos y Esparta como una especie de rito de pasaje, para que "gane fama de valiente", es decir, para que adquiera madurez.

Así habló Atenea, y después tocó a Odiseo con su vara: hizo que su cabeza perdiera los cabellos, colocó sobre su cuerpo la arrugada piel de un anciano, y nubló el brillo de sus ojos con lagañas.

Lo cubrió con harapos[82] sucios, y le dio un bastón y una bolsa agujereada y deforme, con una soga para colgarla del hombro.

Después, sin decir más, se separaron. Y la diosa marchó a Esparta al encuentro del hijo de Odiseo.

82 Los harapos son vestimentas muy rotosas.

Odiseo en lo de Eumeo

Entonces Odiseo se puso en camino a través del bosque, por un sendero escarpado, hacia el lugar donde Atenea le había dicho que hallaría a Eumeo, el porquero.[83] Y allí lo encontró, sentado en la entrada de un gran corral que él mismo había construido con piedras y maderos, durante la ausencia de su señor.

Cuatro fieros perros cuidaban la hacienda. Cuando oyeron que alguien se acercaba, corrieron ladrando hacia Odiseo. Él, astutamente, dejó caer el bastón y se sentó en el suelo. Pero hubiera sufrido una desgracia si el porquero no corría tras los perros y los dispersaba con gritos. Eumeo ayudó a Odiseo a ponerse en pie y le dijo:

–Anciano, faltó poco para que mis perros te despedazaran, y seguramente me hubieras echado la culpa a mí. Ya bastante sufro llorando a mi señor y engordando a sus cerdos para que los coman otros, mientras él tal vez ande hambriento, en tierras extrañas y entre desconocidos. Y eso si es que aún vive y ve la luz del sol, aunque mucho me temo que ya esté muerto... Pero vamos, buen anciano, ven a mi casa para que te dé comida y bebida y luego me cuentes quién eres y qué haces aquí.

Así habló, y lo condujo a su cabaña. Lo hizo pasar, esparció hojas secas en el suelo y encima puso una abrigada piel de cabra, para armar un asiento cómodo. Odiseo se alegró y le dijo:

–¡Que Zeus y los demás dioses inmortales te concedan todos tus deseos, amigo, pues me recibiste con bondad!

Y el porquero Eumeo le contestó:

–Forastero, es Zeus quien envía a los mendigos y a los extranjeros errantes, y no está bien deshonrarlos, aunque mucho no pueda ofrecerte, pues siempre se siente temor cuando se obedece a nuevos amos. A mi amo anterior, los dioses le impidieron el regreso. Él sí me estimaba, y me daría

83 Un porquero es un cuidador de cerdos. Suele decirse que la *Odisea* tiene dos partes que contrastan fuertemente: la primera, perteneciente al género fantástico, que transcurre entre monstruos y palacios, a lo largo de los viajes de Odiseo, y otra sorprendentemente realista, que describe la vida de mendigos y porqueros, y que tiene lugar en Ítaca.

todo lo que un señor bondadoso les da a sus siervos cuando trabajan bien: una casa, un lote de tierra y una esposa. Pero él ha muerto luego de viajar a Troya para luchar junto a Agamenón.

Tras hablar así salió hacia los chiqueros, tomó dos lechones, los sacrificó, los troceó hábilmente y los puso al fuego. Cuando estuvieron asados, se los sirvió a Odiseo junto con una copa de vino, se sentó frente a él y le dijo:

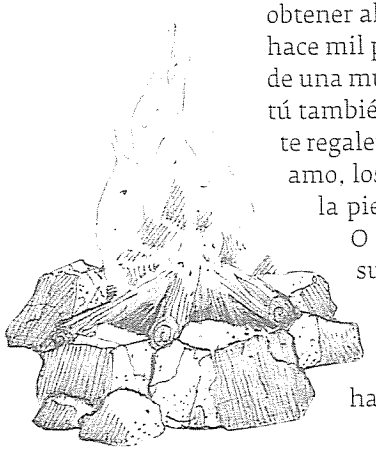
–Forastero, come ahora lo que comemos los siervos: lechones. Porque los cerdos mejor cebados los comen los pretendientes, que no tienen piedad ni honor en sus almas, y consumen sin vergüenza las abundantes riquezas de mi amo anterior.

Así habló, mientras Odiseo comía y bebía en silencio, tramando desgracias para los pretendientes. Y cuando terminaron de comer, Odiseo le dirigió estas palabras:

–Amigo, ¿quién es ese hombre rico y poderoso del que hablas, tu amo anterior? Afirmas que murió combatiendo junto a Agamenón. Dime su nombre, pues he viajado mucho, y tal vez lo haya visto y pueda darte noticias de él.

Y le contestó el porquero:

–Anciano, ningún vagabundo que trajera noticias de él lograría convencer a su esposa ni a su hijo. Cada caminante que llega a Ítaca va a contarle mentiras a mi señora para obtener algo de alimento. Ella lo recibe, le da hospedaje y le hace mil preguntas con lágrimas en los ojos, como es propio de una mujer cuyo marido murió en tierras extrañas. Tal vez tú también, anciano, inventes algún cuento para lograr que te regalen una túnica y un manto. Pero lo cierto es que, a mi amo, los perros o las aves de rapiña ya le habrán arrancado la piel de los huesos, y su alma lo habrá abandonado. O tal vez lo hayan devorado los peces en el mar, y sus huesos estén en alguna playa, mezclados con la arena. Y a todos los suyos nos queda nada más que la tristeza. Sobre todo a mí, que nunca encontraré un amo tan bueno y que me quiera tanto como lo hacía Odiseo.



Y le contestó Odiseo:

–Amigo, si te empeñas en negar su regreso, no creerás a nadie que te diga lo contrario. Pero lo que voy a comunicarte ahora no te lo digo en vano, sino bajo juramento: Odiseo viene en camino. Así es. Lo único que te pido por la buena noticia es que, a su llegada, y no antes, me des un manto y una túnica limpia. Cree en mis palabras, pues me resulta más odioso que la puerta del Hades aquel que busca aliviar su miseria con mentiras. Todo ocurrirá como te anuncio: Odiseo llegará en este mes, y se vengará de aquellos que ahora deshonran a su esposa y a su querido hijo consumiendo día tras día las riquezas de su palacio.

Y le contestó el porquero Eumeo:

–Anciano, no te daré esa recompensa por tu noticia, ni Odiseo volverá a su casa. Ahora bebe cuanto gustes y no hablemos más de eso. Hablemos de otros temas, porque mi ánimo se inunda de dolor cada vez que alguien me recuerda a mi noble señor. Mejor cuéntame quién eres, dónde naciste y cómo llegaste hasta aquí.

Así habló el porquero, y Odiseo contó que había estado en Troya, e inventó una larga historia, con mil detalles, para hacerla parecer verdadera.[84]

Y mientras conversaban llegó la noche, destemplada y sin luna. Zeus hizo soplar el fuerte céfiro, y mandó lluvias sin descanso. Entonces Odiseo tramó otro relato para ver si el porquero, que tanto se preocupaba por él, le daba un manto para abrigarse:

–Escucha ahora, Eumeo, pues voy a hacerte un pedido, ya que me incita el vino, ese que invita a cantar, a reír y a bailar al más discreto, y hace decir palabras que mejor sería callar. Pero ya empecé a hablar, y no voy a ocultarte nada. ¡Ojalá tuviera la misma fuerza y edad que tenía cuando hicimos aquella emboscada en Troya! Al mando iban Odiseo y Menelao, y yo era el tercero. Cuando habíamos llegado junto a las altas murallas de la ciudad, nos ocultamos entre la maleza y nos cubrimos con nuestros escudos. Entonces cayó la noche cruel y trajo

84. Es la segunda vez que Odiseo inventa una historia sobre su pasado, haciendo honor a su reputación de ingenioso y experto en engaños.

vientos helados, y comenzó a nevar. Una capa de hielo cubría los escudos, y todos dormían envueltos en su manto. Pero yo, insensato, había dejado mi manto a mis compañeros, sin prever la helada. Entonces, a mitad de la noche, desperté a Odiseo, que estaba junto a mí, y le dije: "Astuto Odiseo, de linaje divino, desde hoy ya no estaré entre los vivos, pues me vence el frío y no tengo manto. Algún dios me engañó, y solo traje una túnica. Ya no tengo salvación". Así hablé, y él, tan rápido y decidido como siempre para tramar planes, me susurró: "Calla, que no te oigan los otros aqueos". Entonces se incorporó sobre los codos y dijo, despertando a los demás: "Escúchenme, amigos, un dios me mandó un sueño mientras dormía. Nos hemos alejado demasiado de las naves. Que alguien vaya hasta allí y dé el mensaje a Agamenón, para que mande más hombres". Así habló, y enseguida se puso en pie Toas, quien dejando en el suelo su manto echó a correr hacia las naves. Entonces yo me envolví con alegría en su manto, y mi cuerpo se calentó, y enseguida surgió Eos, la de trono de oro. ¡Ojalá tuviera yo la fuerza y la edad de aquellos días! Quizás así, algún porquero me daría un manto, por amor y por respeto a un valiente, sin despreciarme por verme ahora cubierto con harapos.

Y el porquero Eumeo respondió:

–Anciano, tu relato no ha sido inapropiado ni inútil. Tendrás tu manto, y cualquier otra cosa que corresponda a un suplicante. Pero mañana deberás arreglarte con tus harapos, pues por aquí no sobra nada. Cuando el querido hijo de Odiseo regrese a estas tierras, él mismo te dará ropas nuevas y todo lo que necesites, y te ayudará a ir adonde quieras.

Y tras decir esto se levantó y le preparó un cómodo lecho cerca del fuego, con pieles de cabra y oveja. Allí se acostó Odiseo, y Eumeo le echó encima un manto que tenía de más, para las noches de borrasca. Luego se abrigó bien, se colgó la espada y salió de la cabaña, pues no le gustaba dormir lejos de los animales. Y Odiseo se alegró de ver con cuánto celo[85] cuidaba su hacienda, aun sin tener noticias de su amo después de tantos años.

85 Celo, en este caso, significa "cuidado, dedicación, esmero".

Telémaco regresa a Ítaca

Mientras tanto, Atenea había ido a Esparta para indicarle al hijo de Odiseo que regresara.

Todos dormían en el palacio de Menelao, pero Telémaco permanecía despierto, en medio de la noche, preocupado por su padre. Atenea, la de ojos brillantes, se le acercó y le dijo:

–Telémaco, no es bueno que sigas de viaje, tan lejos de tu hogar. Allí dejaste tus bienes y a unos hombres arrogantes, capaces de repartirse tus cosas mientras estás ausente. Vamos, pídele a Menelao, el gran guerrero, que te ayude a regresar a tu casa junto a tu madre, a quien continúan apremiando para que elija un marido. Y ten muy en cuenta esto que te voy a decir: los más atrevidos de esos pretendientes te preparan una emboscada en el paso entre Ítaca y Same, pues quieren matarte antes de que llegues a tu patria. Pero no lo lograrán. Tú embárcate por la noche y mantén la nave alejada de las islas, que el dios inmortal que te protege te enviará un viento favorable. Y cuando hayas llegado a la costa de Ítaca, ve enseguida y antes que nada junto al porquero, el que cuida los cerdos y te es fiel. Pasa la noche en su cabaña, y envíalo a la ciudad para que le anuncie a Penélope que has vuelto sano y salvo.

Y tras hablar así, la diosa se marchó al lejano Olimpo. Entonces Telémaco corrió a despertar del grato sueño al hijo de Néstor y le habló así:

–Despierta, amigo Pisístrato, y engancha los caballos al carro para partir lo antes posible.

Y le contestó el hijo de Néstor:

–Telémaco, no es posible conducir en medio de la noche, aunque queramos. Ya se acerca la aurora. Esperemos a que el valiente Menelao nos traiga sus regalos y nos dé su adiós

con palabras amables. Cualquier huésped recuerda durante toda su vida al noble hombre que le brindó amistad.

Así habló, y pronto surgió Eos, la del trono de oro. Y el valiente Menelao se levantó del lecho que compartía con Helena. Al verlo, el hijo de Odiseo se puso en pie, se echó un manto sobre los hombros, se le acercó y le dijo:

–Menelao, del linaje de Zeus, conductor de pueblos, ayúdame a regresar a mi querida patria, que mi corazón así lo quiere.

Y le contestó el valiente guerrero Menelao:

–Telémaco, si ese es tu deseo no te retendré más tiempo. El anfitrión[86] que abruma a su huésped con atenciones me disgusta tanto como el que se comporta con desamor. Para todo hay una justa medida. Pero espera a que te traiga mis regalos y los ponga en el carro, y que las criadas preparen un almuerzo, para que viajes después de haber saciado el apetito.

Y Telémaco le respondió con sensatez:

–Menelao, del linaje de Zeus, conductor de pueblos, quiero volver ya a mi hogar, pues no dejé a nadie cuidando mis cosas cuando vine. No sea que, tratando de encontrar a mi padre, me pierda yo, o desaparezca algún tesoro del palacio.

Así habló, y Menelao mandó a su esposa Helena y a sus criadas a que prepararan un almuerzo en el palacio. Y cuando saciaron el deseo de comer y de beber, entregaron abundantes regalos a Telémaco y los pusieron en el carro.

Salieron para despedirse y entonces ocurrió algo que los dejó asombrados. A la derecha vieron volar un halcón que llevaba entre las garras un ganso blanco.[87] Seguramente lo había arrebatado de un corral, pues los seguían algunas personas gritando. Cuando el halcón pasó volando frente a ellos, todos se alegraron al verlo y se llenaron de esperanza sus corazones. Y Pisístrato, el hijo de Néstor, dijo:

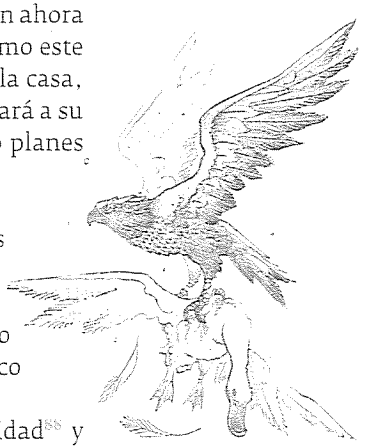
–Menelao, del linaje de Zeus, te pido por favor que nos digas lo que piensas: dinos si este es un presagio para ti o para nosotros.

Mientras Menelao meditaba la respuesta, se adelantó Helena, la de hermosos cabellos, y dijo:

86 Un anfitrión es una persona que tiene invitados a su mesa o huéspedes en su casa. La palabra es de origen griego: Anfitrión, rey de Tebas, era célebre por la generosidad de sus banquetes.

87 Los griegos creían en el poder adivinatorio de las aves. A menudo, antes de emprender una actividad, consultaban el vuelo de las aves para conocer con antelación su resultado. En este caso, el halcón simbolizaría a Odiseo y el ganso a los pretendientes.

–Escuchen, pues daré la explicación que me inspiran ahora los dioses inmortales, y creo que se cumplirá: así como este halcón vino del monte y arrebató el ganso criado en la casa, de igual modo Odiseo, después de mucho andar, llegará a su casa para vengarse. Y tal vez ya esté ahí, tramando planes para arruinar a los pretendientes.



Y Telémaco le dijo:

–¡Que Zeus así lo cumpla! Si eso ocurre, Helena, serás siempre invocada en mi casa como a una diosa.

Luego de los saludos, hizo chasquear el látigo y los caballos se lanzaron a correr por la ciudad, buscando la llanura. Y cuando al fin llegaron a Pilos, Telémaco le dijo estas palabras al hijo de Néstor:

–Pisístrato, ya que tenemos viejos lazos de hospitalidad[88] y cariño por nuestros padres, además de que somos de la misma edad y estaremos aún más unidos luego de este viaje, quiero pedirte un favor: déjame aquí, junto a la nave. Si vamos al palacio, seguramente tu padre querrá agasajarme, pero yo debo estar en mi casa cuanto antes.

Así habló, y Pisístrato cumplió con el pedido. Telémaco se embarcó sin perder tiempo, y Atenea, la de ojos brillantes, dispuso un viento favorable para hacer más veloz su camino. Mientras Telémaco guiaba la nave sobre las aguas saladas, una preocupación le ensombrecía el entrecejo, ya que no sabía si caería en la emboscada o si lograría escapar de la muerte.

Mientras tanto, Odiseo comía junto a Eumeo y algunos ayudantes del porquero. Y cuando saciaron el deseo de comer y de beber, Odiseo habló así, para saber si el porquero seguiría albergándolo en su casa:

–Amigos, les agradezco de corazón todo lo que han hecho por mí, pero no quiero ser un peso para ustedes. Te pido, Eumeo, que me indiques cómo llegar a la ciudad, y que alguno de tus ayudantes me acompañe. Mendigaré en las calles, y veré si alguien me da un trozo de pan o un vaso de vino. También iré al palacio de Odiseo para llevarle noticias a Penélope. Y me acercaré a los soberbios pretendientes, para ver si me

88 Los lazos de hospitalidad eran recíprocos: al ser recibido, el huésped contraía la obligación de devolver el favor a quien lo había recibido, así como a la familia de este.

dan algo de sus abundantes alimentos, y a cambio haré lo que me pidan, porque no hay quien me iguale preparando el fuego, asando la carne, sirviendo el vino, y todo lo que un criado sabe hacer para su señor.

Y Eumeo, enojado, le contestó:

–Forastero, ¿cómo se te ocurre algo así? Lo que tú buscas, sin duda, es morir, si intentas mezclarte con los pretendientes, cuya arrogancia y violencia no tienen límites. Los criados que los sirven no se parecen a ti: son jóvenes, de rostro y cabello resplandecientes, y van vestidos con túnica y manto. Mejor quédate aquí con nosotros, donde nadie te va a molestar. Y cuando el querido hijo de Odiseo esté de nuevo en estas tierras, él te dará un manto y una túnica y toda la ayuda que necesites.

Y le respondió el sufrido Odiseo:

–¡Eumeo, ojalá que Zeus te llegue a querer tanto como yo, porque me libraste del vagabundeo y la miseria! Porque no hay mal mayor para un mortal que el de andar vagabundo.

Así habló Odiseo, y luego preguntó por Laertes, su padre. Eumeo le contó que el anciano seguía con vida, aunque todos los días pedía a Zeus que lo dejara morir, inundado de pena por la ausencia de su hijo y la muerte de su esposa.

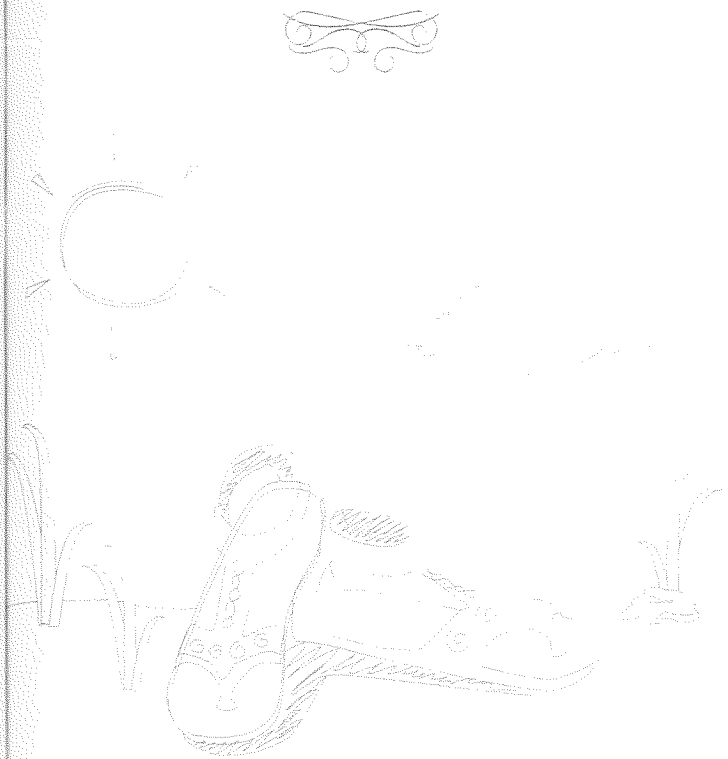
Y así siguieron hablando Odiseo y el porquero, hasta que los venció el sueño, aunque no por mucho tiempo, porque enseguida surgió Eos, la del trono de oro.

Mientras tanto, gracias a los oportunos consejos de Atenea, la nave de Telémaco ya había llegado a tierra, y los hombres quitaban el mástil y plegaban las velas. Cuando desembarcaron, se sentaron a comer y a beber, y después Telémaco dijo estas palabras:

–Compañeros, lleven ahora la nave a la ciudad. Yo iré a ver los campos y a los pastores y a recorrer las fincas. Volveré a la ciudad cuando baje el sol, y mañana les ofreceré un abundante banquete como recompensa por el viaje.

Así habló el hijo de Odiseo, y los hombres volvieron a embarcar para llevar la nave a la ciudad.

Telémaco, por su parte, se ató las hermosas sandalias, tomó la fuerte lanza y marchó, con paso veloz, hasta el lugar donde estaban los cerdos que el noble porquero cuidaba tan bien, pensando siempre en sus dueños.



Telémaco y Odiseo

Y cuando se asomó Eos, la de dedos de rosa, Odiseo y el porquero se levantaron y se pusieron a preparar el desayuno, mientras el resto de los hombres salía a cuidar los cerdos. Entonces el astuto Odiseo observó que los perros se ponían en guardia, pero, en vez de ladrar, movían la cola. Escuchó pasos que se acercaban y le dijo al porquero:

–Eumeo, algún amigo o conocido viene hacia aquí, pues los perros mueven la cola en lugar de ladrar, y oigo las pisadas.

Apenas terminó de decir estas palabras, su querido hijo se mostró en el umbral.[89] ¡La última vez que lo vio era un bebé y ahora se le aparecía hecho todo un hombre! Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para contenerse y no correr a abrazarlo. El porquero se levantó sorprendido y se le cayeron los vasos donde mezclaba el vino. Enseguida salió al encuentro de Telémaco, le besó el rostro, los ojos, las manos, y llorando le dijo:

–Has llegado, Telémaco, al fin, como la dulce luz. Creí que no volvería a verte después que te marchaste a Pilos. Vamos, pasa, para que mi corazón se alegre con tu presencia. No vienes muy seguido a visitar a los pastores. Prefieres quedarte en la ciudad, como si te agradara estar entre esos odiosos pretendientes.

Y Telémaco le contestó:

–Está bien, anciano. Ahora vine a verte a ti antes que a nadie, y para oír de tus labios noticias de mi madre. ¿Ella sigue en el palacio, o se ha casado con alguno?

Y el porquero Eumeo respondió:

–¡Claro que sigue en el palacio, y espera con paciencia, llorando día y noche!

Y después de hablar así, tomó la lanza de su señor y lo hizo entrar en la cabaña. Odiseo se levantó para cederle el asiento a su hijo, pero Telémaco le dijo:

89 En este canto convergen los dos hilos argumentales del relato: la historia de Telémaco y la de Odiseo.

–Sigue sentado, huésped, que no faltará por aquí otro asiento.

Eumeo extendió entonces una piel de cordero sobre un colchón de hojas, y allí se ubicó Telémaco. Luego, el porquero acercó vino, cestos con pan y fuentes con carne asada que había quedado del día anterior. Y cuando los tres saciaron el deseo de comer y de beber, Telémaco le dijo al fiel porquero:

–Anciano, ¿de dónde viene este forastero? ¿Cómo ha llegado hasta Ítaca?

Y le contestó el porquero Eumeo:

–Dice venir en barco desde la amplia Creta, después de recorrer muchos pueblos y ciudades, porque así lo tramó su destino. Pero ahora yo te lo encomiendo, y decide tú lo que mejor te parezca, pues él se precia de ser tu suplicante.

Y Telémaco contestó:

–Eumeo, no puedo recibir a este huésped en mi casa. La insolencia de los pretendientes no tiene límites. Si lo insultan o maltratan yo sentiré un dolor terrible, y no confío en la fuerza de mis brazos para evitarlo. Un solo hombre, por valiente que sea, no puede hacer nada contra muchos. En cambio, le daré un manto y una túnica, una espada afilada y un par de sandalias, y lo ayudaré a ir adonde quiera. Y si prefieres cuidarlo aquí, te enviaré la ropa y todo lo que haga falta para que no te ocasione gastos a ti ni a tus compañeros. Pero ahora hay algo más urgente: te pido por favor que vayas a avisarle a mi madre que he llegado sano y salvo, y procura que no se entere ninguno de los pretendientes, pues son muchos los que están tramando mi muerte. Mientras tanto, yo esperaré aquí.

Así habló Telémaco, y el porquero salió inmediatamente hacia la ciudad a cumplir con lo que su señor le había encomendado. Entonces Atenea tomó el aspecto de una mujer alta y hermosa y se acercó a la cabaña. Se detuvo en la puerta, y allí la vio Odiseo, pero no Telémaco, porque los dioses no se muestran ante todos los mortales. También la vieron los perros, pero no ladraron, sino que huyeron gimiendo al fondo del establo.

Atenea le hizo señas a Odiseo, y él salió de la cabaña para reunirse con ella.

Entonces la diosa le dijo:

–Ingenioso Odiseo, hijo de Laertes, de linaje divino, es el momento de hablar con tu hijo y darte a conocer, para que juntos vayan a la ciudad a preparar la ruina y la muerte de los soberbios pretendientes. Yo estaré cerca de ustedes, pues también siento deseos de luchar.

Así habló Atenea, y tocó a Odiseo con su vara de oro. Y él recuperó su ropa limpia y su aspecto joven y fuerte. Se le avivó el color de la piel, su rostro cobró vitalidad y carácter, y en las mejillas le creció la negra barba.

Cuando volvió a la cabaña, su hijo se asombró mucho al verlo, y temiendo que fuera un dios, apartó de él la mirada y le dijo:

–¡Qué distinto te ves, forastero! Tu piel y tus ropas han cambiado. ¡Sin duda eres uno de los dioses que habitan en el cielo! Sé benévolo y no nos dañes. Te haremos dignos sacrificios y regalos.

Y Odiseo le respondió:

–No soy un dios, Telémaco, sino tu padre, por el que lloras desde hace tanto tiempo.

Y se acercó a su hijo para abrazarlo, mientras dejaba caer las lágrimas que había contenido. Pero Telémaco aún no podía creer que aquel fuera su padre, y le dijo:

–No, tú no eres Odiseo, mi padre, sino algún dios que me confunde para hacerme sufrir más. ¿Cómo es posible que hace un rato fueras un viejo cubierto con andrajos y ahora te parezcas a un dios de los que habitan en el cielo?

Y le contestó el ingenioso Odiseo:

–Telémaco, ningún otro Odiseo vendrá a estas tierras más que yo. Estoy de regreso, después de veinte años y de sufrir mil penas; y el cambio en mi aspecto es obra de Atenea, la diosa guerrera, pues ella puede hacerlo. Cualquiera de los dioses que habitan en el cielo es capaz de enaltecer o hundir a un hombre según lo desee.

Y después de hablar así se sentó, y Telémaco lo abrazó, y ambos derramaron muchas lágrimas, gimiendo como las aves a las que los campesinos les roban los pichones antes de que estos sepan volar. Y la puesta del sol los habría encontrado llorando de ese modo, si Telémaco no le hubiera preguntado a su padre cómo había llegado a Ítaca.

Y el sufrido Odiseo le respondió:

–Me trajeron los feacios, que son famosos por sus naves y buenos marinos, y escoltan a los extranjeros que llegan a sus tierras. Llegué dormido, y ellos me dejaron en la costa, con espléndidos regalos, que están bien guardados en una gruta. Después vine hasta aquí por consejo de Atenea, para que planeemos juntos la muerte de los pretendientes. Te pido, hijo, que me hables de ellos. Así sabré si podemos enfrentarlos tú y yo, sin ayuda, o si debemos buscar aliados.

Y Telémaco le contestó:

–Padre, siempre oí hablar de la fama que tienes como guerrero, pero dos hombres solos no pueden enfrentar a todos esos insolentes varones. Ellos no son ni diez, ni veinte, sino muchos más. De Duliquio vienen cincuenta y dos jóvenes, acompañados por seis escuderos. De Same vienen veinticuatro; de Zante,[90] veinte, y de la misma Ítaca, doce, todos valerosos. Si nos enfrentamos con ellos en el palacio, temo que pagaremos el ataque con nuestra propia ruina. Así que piensa en algún aliado leal que pueda estar junto a nosotros.

Y le dijo Odiseo:

–Dime si Atenea y su padre Zeus pueden defendernos, o si debo pensar en otra ayuda.

Y Telémaco respondió:

–Padre, esos aliados son excelentes, en verdad, pero habitan en el cielo.

Y dijo el sufrido Odiseo:

–No estarán lejos de nosotros cuando sea el momento de la lucha. Ahora presta atención a lo que voy a decirte: cuando amanezca, ve a casa y reúnete con los pretendientes. Yo iré más tarde, otra vez bajo el aspecto de un mendigo anciano

90 Duliquio, Same y Zante son islas cercanas a Ítaca.

y harapiento. Si esos hombres me insultan o maltratan, tu corazón deberá soportarlo, aunque me agarren de los pies y me arrastren fuera de la casa. Adviérteles que deben dejar de hacer locuras –aunque no te harán caso–, porque está cerca el día de su muerte. Y cuando Atenea me lo inspire, yo te haré una seña con la cabeza, y tú recogerás todas las armas que hay en la casa y las guardarás en el sótano. Si alguno de los pretendientes te pregunta el motivo, le dirás que esas armas desafiladas ya no sirven, porque pertenecían a Odiseo, y hace años que no se usan. Solo deja para nosotros un par de espadas, dos lanzas y dos escudos, que tendremos que usar. Y te diré una cosa más: si en verdad eres de mi propia sangre, procura que nadie se entere de que Odiseo está en casa. No debe saberlo Laertes ni el porquero Eumeo ni los siervos, ni siquiera Penélope. Solamente tú y yo.

Mientras padre e hijo planeaban estas cosas, llegó a la ciudad la nave que había traído a Telémaco desde Pilos. Sus compañeros atracaron y enseguida enviaron un heraldo a casa de Penélope, para avisarle que su hijo había llegado y estaba en el campo, recorriendo las fincas. En la puerta, el heraldo se encontró con el porquero Eumeo, y dio la casualidad de que ambos llevaban la misma noticia. Luego de comunicar su mensaje a Penélope, el fiel Eumeo se puso en marcha de vuelta al campo.

Uno de los pretendientes escuchó la novedad, y fue a comunicársela al resto. Y Antínoo dijo estas palabras:

–¡Ay, los dioses han librado del mal a Telémaco! Durante días enteros nos turnamos en las cumbres, acechando sin descanso para sorprenderlo y darle muerte. Pero algún dios lo ha traído sano y salvo. ¡Pensemos de nuevo cómo lo mataremos, para que esta vez no se nos escape! Porque no creo que podamos cumplir nuestro propósito mientras él viva. Así que apurémonos, antes de que él reúna en asamblea a los aqueos y les informe que tramamos una emboscada para matarlo en el mar. El pueblo no aprobará esas acciones y tal vez nos arroje de

aquí, y tengamos que marcharnos a una tierra extranjera...[91] Vamos, pues, matémoslo mientras está en el campo, lejos de la ciudad. Entonces nos quedaremos con sus bienes y los repartiremos en partes iguales entre nosotros.

Así habló, y todos se quedaron en silencio. Entonces se levantó Anfínomo[92] y dijo:

–Amigos, yo no quiero asesinar a Telémaco, porque es grave matar a alguien de linaje real. Consultemos la voluntad de los dioses. Si ellos lo aprueban, yo seré el primero en matarlo. Pero si los dioses quieren impedirlo, entonces les aconsejo que no lo hagamos.

Así habló Anfínomo, y los demás estuvieron de acuerdo con él.

Y Penélope, que había escuchado las palabras de los pretendientes, subió a su habitación y se tendió en el lecho a llorar, hasta que Atenea hizo caer el sueño sobre sus ojos.

Mientras tanto, el porquero Eumeo se reunió con Odiseo y su hijo, y prepararon la cena. Atenea ya había vuelto a tocar con su vara a Odiseo, dándole otra vez el aspecto de un anciano, para que el porquero no lo reconociera. Y una vez que saciaron el deseo de comer y de beber, los tres se recostaron en sus lechos para recibir el dulce sueño.

91 El destierro era un castigo común para los delincuentes en Grecia, sobre todo para los culpables de delitos políticos.
92 Anfínomo es un personaje que representa cierta moderación dentro del desenfreno generalizado de los pretendientes.

Odiseo mendiga entre los pretendientes

Cuando surgió Eos, la de dedos de rosa, Telémaco se levantó, se ató las hermosas sandalias y le dijo al porquero:

–Anciano, te pido que acompañes a este pobre forastero a la ciudad, para que allí pueda mendigar su pan. Yo vuelvo cuanto antes al palacio, para que mi madre me vea en persona y deje de lamentarse y llorar.

Así dijo, y tomando su poderosa lanza se alejó de la cabaña con paso firme, mientras pensaba en la muerte de los pretendientes.

Y cuando llegó al palacio, Penélope se echó a sus brazos, le besó los ojos y la cabeza, y le dijo:

–¡Has llegado, Telémaco, al fin, como la dulce luz! Creí que no volvería a verte cuando marchaste a Pilos en secreto, a buscar noticias de tu padre. Pero, vamos, dime qué sabes de él.

Y Telémaco le contó solamente lo que había dicho Menelao: que Odiseo estaba vivo y sufría en el palacio de la ninfa Calipso, donde permanecía contra su voluntad, pues no tenía nave ni compañeros para atravesar el ancho mar.[93] Pero se cuidó muy bien de decirle que su padre estaba ya en la isla.

Así conversaban madre e hijo, mientras Odiseo y el porquero se ponían en camino rumbo a la ciudad. A medida que se acercaban, llegaba hasta ellos el sonido de la lira[94] del aedo Femio,[95] que cantaba para los pretendientes. Y cuando estuvieron frente al palacio, Odiseo dijo al porquero:

–Eumeo, esta hermosa casa debe ser la de Odiseo. Se distingue de las demás por la cantidad de habitaciones, la altura de sus muros y su fuerte portal de doble hoja, que ningún hombre podría forzar. Me parece que en el patio se celebra un banquete, pues hasta aquí llega el olor de la carne asada y el sonido de la lira, esa fiel compañera del festejo.

93 Nueva señal del pasaje de Telémaco hacia la madurez: tal como suele hacer su padre, apela juiciosamente al engaño para resolver una situación adversa.
94 La lira es un instrumento musical usado por los antiguos, compuesto de varias cuerdas tensas en un marco, que se tocaban con ambas manos.
95 El nombre Femio significa "el que cuenta".

Así habló Odiseo, y al escuchar su voz, un perro que estaba tumbado allí levantó la cabeza y las orejas. Era Argos, el perro que Odiseo había criado, pero que no pudo disfrutar, por tener que marchar hacia Troya. Durante su ausencia, al principio, los jóvenes lo llevaban a correr y a cazar; pero ahora lo despreciaban y lo dejaban tirado entre el estiércol que usaban para abonar los campos.

Allí estaba echado Argos, viejo y lleno de pulgas. Cuando vio que llegaba Odiseo, movió la cola, pero no tuvo fuerzas para levantarse. Odiseo lo vio y se secó una lágrima sin que lo notara Eumeo; luego le dijo:

–Eumeo, es extraño que ese perro esté entre el estiércol, porque su cuerpo es hermoso. Aunque no sé si de joven era veloz en la carrera, o era como esos perros falderos que muchos hombres tienen de adorno.

Y el porquero Eumeo contestó:

–Te admirarías de ver lo rápido y hábil que era ese perro: jamás se le escapaba una presa. Pero su amo murió lejos de aquí hace mucho tiempo, y desde entonces nadie cuida de él.

Tras hablar así, Eumeo entró en la casa y se dirigió hacia el patio donde estaban los pretendientes. Y al perro Argos lo arrastró la muerte, después de reconocer a su dueño tras veinte años de ausencia.[95]

Telémaco vio entrar al porquero y le hizo señas para que tomara asiento a su lado. Después entró Odiseo, apoyándose en un bastón y cubierto con penosos harapos, y se sentó en el piso, contra una puerta. Telémaco tomó un pan y un trozo de carne y le dijo al porquero:

–Lleva esto al forastero, y dile que vaya por las mesas y les pida a los pretendientes, porque no está bien que un hombre necesitado sienta vergüenza.

Eumeo entregó la comida y transmitió el mensaje, y Odiseo dispuso los alimentos sobre su bolsa rotosa y comió. Cuando el aedo terminó su canto, Atenea se acercó a Odiseo y lo impulsó a mendigar entre los pretendientes, para saber quiénes eran

95 Esta es una de las escenas más célebres y conmovedoras de la *Odisea*: el fiel perro de Odiseo lo reconoce, a pesar de que este ha tomado la forma de un mendigo, y se permite finalmente descansar luego de haber esperado a su amo durante veinte años.

honrados y quiénes injustos, aunque ninguno se libraría de la muerte. Odiseo se puso en pie y comenzó a pedir. Iba con la mano extendida, como si hubiera mendigado toda la vida. Los pretendientes le daban comida, y se preguntaban quién era y de dónde venía. Antínoo, al enterarse de que el mendigo había llegado allí con Eumeo, le dijo palabras insultantes al porquero:

–¿Por qué trajiste a este hombre a la ciudad, porquero? ¿No hay ya suficientes mendigos molestos y vagabundos que arruinan con su presencia los banquetes? ¿O te parece que somos pocos los que comemos la hacienda de tu señor, y se te ocurrió invitar también a este?

Y el porquero Eumeo le respondió:

–Antínoo, entre todos los pretendientes siempre fuiste tú el más cruel con los criados de Odiseo, especialmente conmigo. Pero a mí no me preocupa, mientras en el palacio vivan Penélope y Telémaco, semejante a los dioses.

Entonces Telémaco le pidió al fiel porquero que callara, y le dirigió estas palabras a Antínoo:

–Antínoo, en verdad te comportas conmigo como un padre al aconsejarme que eche a este huésped del palacio. Que Zeus no lo permita. Toma algo y dáselo. Y no te preocupes tanto por mis bienes o los de mi madre. Aunque muy distinta me parece la intención que escondes en tu pecho, y prefieres comer todo tú mismo antes que darle a otro un mendrugo.

Y Antínoo le contestó:

–¡Telémaco, eres un fanfarrón incapaz de contener tu enojo! Si todos los pretendientes hicieran como yo, y no le dieran nada, nos libraríamos pronto del huésped, y por mucho tiempo.

Pero los demás pretendientes le dieron comida a Odiseo, y llenaron su bolsa con carne y pan. Y antes de volver a sentarse en el mismo lugar a comer, el astuto Odiseo se acercó a Antínoo y le contó una de sus historias inventadas:

–Dame algo, amigo, que no pareces menos noble que el resto, sino mejor, pues luces como un rey. Por eso deberías darme aún más que los otros, y así llevaré tu fama por toda

la tierra. También yo viví hace años en un palacio, y tuve criados, y daba limosna a los vagabundos y mendigos. Pero la voluntad de Zeus quiso que todo eso terminara, y me envió en un largo viaje a Egipto, con piratas, y eso fue mi ruina. Y ahora llego aquí después de sufrir mil desgracias.

Entonces Antínoo le contestó:

–¿Qué dios nos mandó esta peste para amargarnos el banquete? Todos te dan sin medida, porque disponen en abundancia de los bienes ajenos. Vamos, apártate de mi mesa.

Y Odiseo, mientras se retiraba, le dijo:

–¡En verdad me engañé! A tu noble aspecto no lo acompaña la inteligencia. Ni siquiera fuiste capaz de darme un trozo del pan que sobra en tu mesa.

Así habló, y Antínoo se enojó todavía más, y con torva[97] mirada le dirigió estas palabras:

–¡Encima de todo te atreves a insultarme! Ahora sí que saldrás de aquí lastimado.

Y después de decir esto, tomó el escabel[98] que tenía a sus pies y se lo arrojó a Odiseo por la espalda, golpeándole el hombro derecho. Pero Odiseo ni se tambaleó: se mantuvo firme como una roca, aunque meneaba la cabeza, tramando por dentro mil desgracias.

Entonces se alejó para sentarse en el piso, en el mismo lugar que antes, y dijo estas palabras a los pretendientes:

–Pretendientes de la reina más noble, escuchen lo que el alma me impulsa a decirles. No es tan duro y penoso que a uno lo golpeen cuando defiende sus posesiones. Pero Antínoo me golpeó por causa del estómago, el maldito estómago que tantos males provoca a los hombres. Si en verdad existen los dioses que amparan a los mendigos, que ellos den muerte a Antínoo antes de su boda.

Así habló. Y mientras tanto, al ver cómo habían golpeado a su padre, Telémaco sentía crecer el dolor en su corazón. Pero no dejó que una sola lágrima cayera de sus ojos.

Cuando Penélope oyó que habían golpeado al forastero, le dijo a su criada Eurínome:

97 Dirigirle a alguien una mirada torva equivale a fulminarlo con la vista.

98 Un escabel es una pequeña tarima que se pone delante de un asiento para descansar los pies de quien está sentado.

–Todos los pretendientes son viles, pero Antínoo es el peor. ¡Ojalá la muerte sombría lo alcance pronto!

Y después de hablar así, mandó llamar a Eumeo y le dijo:

–Fiel Eumeo, dile al forastero que venga. Quiero saludarlo y saber si ha oído hablar de Odiseo, o si lo ha visto con sus propios ojos, pues se nota que ha viajado mucho.

Y el porquero Eumeo le contestó:

–Reina, si los que alborotan en el patio hicieran silencio, los relatos del forastero hechizarían tu corazón. Afirma que Odiseo vive y está en viaje de regreso a Ítaca, trayendo a casa numerosos tesoros.

Y le dijo la prudente Penélope:

–Vamos, dile que venga para que me lo cuente en persona, mientras los demás siguen divirtiéndose a costa nuestra. Si en verdad Odiseo regresara, él y mi hijo les harían pagar caras tantas insolencias.

Así habló, y en ese momento Telémaco lanzó un fuerte estornudo que resonó en toda la casa. Penélope sonrió y le dijo a Eumeo:

–Anda, trae ahora al forastero. ¿No ves que mi hijo estornudó después de que yo hablé? Es la señal inequívoca de que se cumplirá la muerte de los soberbios pretendientes. Y te diré algo más: si se comprueba lo que dice el forastero, le daré una túnica y un hermoso manto.

Así habló, y Eumeo fue junto a Odiseo y le transmitió el mensaje de Penélope. Entonces Odiseo le dijo al porquero:

–Eumeo, iría enseguida a hablar con la reina, pero temo a la violencia de los terribles pretendientes. Dile a Penélope que acudiré a su lado en cuanto se ponga el sol, para darle noticias de su esposo.

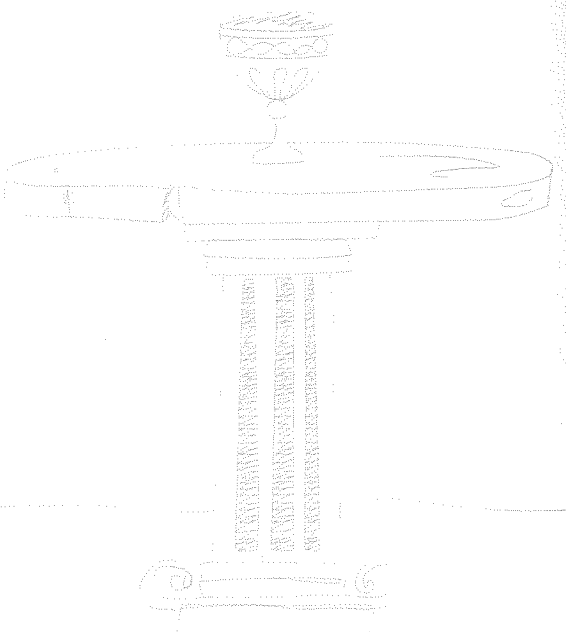
El leal porquero repitió esas palabras a Penélope, y ella estuvo de acuerdo. Después Eumeo fue hacia donde estaban los pretendientes, se acercó a Telémaco y le dijo:

–Amigo, yo me marcho otra vez a cuidar los cerdos. Ocúpate de las cosas aquí, y sobre todo cuida de ti mismo, porque muchos aqueos quieren hacerte daño. ¡Ojalá Zeus los destruya antes de que nos causen algún mal!

Y Telémaco le contestó:

–Así será, anciano. Ahora vete, y vuelve mañana al amanecer con hermosos animales, mientras yo cuido de todo esto con ayuda de los dioses.

Así habló, y el porquero atravesó el patio y dejó el palacio donde los pretendientes seguían bebiendo, cantando y bailando, mientras caía la tarde.



Odiseo, Penélope y los pretendientes

Cuando Eumeo dejó el palacio, llegó hasta allí un mendigo que solía pedir por las calles de la ciudad y era conocido por su hambre y su sed insaciables. Su nombre era Iro.[99] Al ver a Odiseo sentado en el piso, le dirigió palabras insultantes:

–Sal de ahí, viejo, y deja que me siente, si no quieres que te saque arrastrándote de un pie.

Y el astuto Odiseo le respondió:

–Desdichado, no impido que te den limosna ni te hago ningún daño. Además aquí hay lugar para los dos, así que no me provoques a luchar pues, anciano como me ves, mis golpes te harían sangrar los labios y te arrepentirías de haber hablado.

Y el vagabundo Iro le contestó:

–¿Quién hubiera dicho que este desvergonzado, parecido a una anciana polvorienta, era tan rápido con la lengua? Vamos, ponte en pie para que todos vean cómo te hago escupir los dientes.

Antínoo, que presenciaba la escena, les dijo riendo a los demás pretendientes:

–Amigos, algún dios nos ha traído una nueva diversión a la casa. Iro y nuestro huésped se están provocando y parece que en cualquier momento tendremos una pelea.

Después de decir esto, Antínoo y el resto de los pretendientes se acercaron y rodearon a Iro y a Odiseo. Antínoo les habló así:

–Escuchen, ustedes dos: en el fuego se están asando unos ricos vientres de cabra. Al que gane el combate le dejaremos elegir el trozo de carne que más le guste para la cena. Además, el ganador podrá participar siempre de nuestro banquete, y no permitiremos que ningún otro mendigo se acerque a pedir cuando él esté con nosotros.

99 La función de Iro en la arquitectura del relato es proveer un antagonista para Odiseo mientras este asume el disfraz de un mendigo. Obsérvese que en ningún momento existen enfrentamientos entre personajes de distinta clase social; si Odiseo se enfrenta a los pretendientes disfrazado de mendigo, es solo en el plano del discurso, e incluso esto es posible porque él es Odiseo, a pesar de la forma que ha adoptado.

Así habló Antínoo, y el astuto Odiseo dijo estas palabras engañosas:

–Amigos, es imposible que un hombre viejo y abrumado por las desdichas venza a un hombre más joven. Pero el maldito estómago me incita a aceptar el desafío, y me arriesgaré a morir bajo los golpes. Así que al menos júrenme que nadie ayudará a este angurriento si llego a doblegarlo.

Todos juraron como les había pedido, y enseguida empezó la lucha. Odiseo dudó entonces entre derribar a Iro con un golpe mortal, y que el alma lo abandonara al caer, o golpearlo solamente para dejarlo fuera de combate. Enseguida se decidió por esto último, para no despertar sospechas, y con un potente puñetazo alcanzó a su oponente en la mandíbula, justo debajo de la oreja. Iro escupió sangre y cayó al suelo, en medio de gemidos. Los pretendientes levantaban los brazos, muertos de risa. Entonces Odiseo tomó a Iro de un pie y lo arrastró hasta las puertas de la galería, lo ayudó a sentarse y le dijo:

–Ahora quédate tranquilo, y no vuelvas a querer mandar entre forasteros y mendigos, porque eres igual al resto.

Y después de hablar así, volvió adonde estaban los pretendientes. Ellos lo felicitaron y Antínoo cumplió con su palabra: le sirvió un gran vientre asado y una copa de vino.

Mientras tanto, la diosa de ojos brillantes, Atenea, le inspiró a Penélope la idea de aparecer ante los pretendientes, pues aquella quería que la reina ganara más honra ante su esposo. Entonces Penélope, riendo sin saber bien por qué, llamó a su criada y le dijo:

–Eurínome, deseo hacer algo que nunca hice antes: aparecer ante esos hombres, aunque me resultan odiosos.

Y Eurínome le dijo:

–Lo que dices me parece razonable. Pero antes deberías lavarte y colorear tus mejillas. No vayas así, con el rostro marcado por el llanto, que no es bueno estar siempre penando.

Y le contestó la prudente Penélope:

–Eurínome, no me pidas que me lave y arregle, pues los dioses del Olimpo me quitaron la belleza el día que Odiseo se fue en las naves. Pero busca a mis doncellas y diles que vengan, para hacerme compañía cuando baje. Me avergüenza presentarme sola ante esos hombres.

La criada fue a buscar a las doncellas, y en ese momento Atenea derramó el dulce sueño en los ojos de Penélope. La reina se durmió profundamente en su asiento, y mientras tanto la diosa le otorgó unos dones para que luego cautivara a los hombres. Limpió su hermoso rostro con el aceite inmortal de Afrodita,[100] la hizo más alta y esbelta, y le dio a su piel la delicada blancura del marfil. Después de hacer esto, la diosa se alejó de allí, justo cuando llegaban conversando las doncellas. El sueño abandonó entonces a Penélope, y enseguida salió de su cuarto acompañada por las mujeres.

Al llegar donde estaban los pretendientes, se detuvo junto a una columna y cubrió su hermoso rostro con un velo. A cada lado de ella se paró una de las doncellas. Cuando la vieron los pretendientes, el amor inundó sus corazones, y sus cuerpos temblaron de deseo. El propio Odiseo sintió que su pecho se ensanchaba, y tuvo que contener el fuerte impulso de correr hacia ella.

Penélope se dirigió a Telémaco, su querido hijo, y le dijo estas palabras:

–Telémaco, ya no tienes en la mente ni en el pecho la firmeza que solías tener. De niño te manejabas con más juicio. Ahora tienes la edad de un hombre, y al ver tu aspecto y tu belleza alguien podría pensar que eres hijo de un varón noble. Pero el que así pensara sería un extranjero que recién te conoce, porque ni tu corazón ni tu mente son como deberían ser. ¿Cómo permitiste que insultaran a un forastero en nuestro palacio? Jamás se maltrató a un huésped en esta casa.

Y Telémaco le contestó:

–Madre, comprendo tu enojo y no te lo reprocho. No creas, sin embargo, que perdí el juicio, y que soy incapaz de distinguir entre lo que está bien y lo que está mal. Pero estoy solo para resolver todo, sin que nadie

[100] Afrodita es la diosa del amor.

me ayude, rodeado de estos hombres que traman maldades a mis espaldas.

Así hablaban madre e hijo. Y Eurímaco le dirigió a Penélope estas palabras:

–Penélope, hija de Icario, si todos los aqueos pudieran contemplarte, sin duda vendrían muchos otros pretendientes a hacer banquetes en tu palacio. Tu belleza y tu sensatez te destacan entre todas las mujeres.

Y la prudente Penélope le contestó:

–Eurímaco, todo lo que yo pudiera valer me lo quitaron los dioses el día que mi esposo partió hacia Troya. Si él regresara, yo recuperaría tal vez algo de mi belleza. Pero ahora vivo en el dolor, porque algún dios me abrumó en desgracias. Cuando Odiseo se marchó de Ítaca, me tomó la mano y me dijo: "Mujer, no creo que todos los aqueos vuelvan de Troya con vida: dicen que los troyanos son guerreros bravos y veloces. Ignoro, pues, si algún dios me traerá de vuelta sano y salvo, o si quedaré en Troya para siempre. Mientras tanto, ocúpate de mis cosas, y cuida de mis padres como siempre lo hiciste, o incluso más, ya que no estaré a su lado. Y cuando en el rostro de nuestro hijo crezca la barba, si aún no he vuelto, elige un hombre que sea de tu agrado, cásate y abandona el palacio."

Penélope hizo una pausa, sumida en el recuerdo, y continuó:

–Esas cosas dijo Odiseo, y ahora se están cumpliendo. Ya está cerca la noche en que se cumplirá la boda que odio... ¡Desdichada de mí, a quien Zeus le quitó la felicidad! Pero mi alma se amarga por algo más: antes, los pretendientes que cortejaban a una mujer noble rivalizaban entre sí ofreciendo banquetes a la familia de la novia, y entregándole a ella hermosos regalos. Pero jamás vi que se comieran sus bienes, día tras día, sin pagar.

Así habló, y el sufrido Odiseo se alegró, porque su esposa les pedía regalos y los engañaba con dulces palabras, mientras guardaba en su mente otras intenciones.

Entonces Antínoo se dirigió a Penélope de este modo:

–Prudente Penélope, hija de Icario: que cada uno mande traer los regalos que desee. Nosotros no iremos a ninguna parte hasta que no te cases con el mejor.

Así habló Antínoo, y todos estuvieron de acuerdo, y cada uno mandó un heraldo a buscar presentes para la reina. El heraldo de Antínoo trajo una hermosa túnica con broches de oro. El de Eurímaco, un collar de oro y ámbar, que relucía como un sol. Euridamante le regaló dos aros con tres perlas brillantes cada uno, y Pisandro una delicada gargantilla. Cada uno de los pretendientes llevó su hermoso regalo, y Penélope subió a su habitación con sus doncellas, cargando los magníficos presentes.

Los pretendientes se quedaron bailando y cantando hasta que los sorprendió la noche, y entonces encendieron tres fuegos, para que dieran luz. Odiseo se acercó al fuego para remover las brasas, mientras tramaba planes que pronto se iban a cumplir.

Y Atenea, queriendo que el dolor se hundiera aún más en el pecho de Odiseo, impidió que los pretendientes contuvieran del todo los insultos que lastiman el corazón. Así fue que Eurímaco comenzó a burlarse de Odiseo, para hacer reír a los demás:

–Forastero, ¿no te gustaría venir a trabajar a mi campo, y ocuparte de sembrar y plantar? Te daría comida y ropas para todo el año. Aunque seguramente, antes que trabajar, prefieres mendigar en las calles para llenar tu estómago sin fondo.

Y le contestó el astuto Odiseo:

–Ya me gustaría competir contigo en el trabajo, cuando el verano hace más largos los días, y ver quién siega mejor el trigo de la mañana hasta la noche, sin detenernos para comer. Y si el propio Zeus nos impulsara hoy mismo a la guerra en algún lado, y yo tuviera un escudo y una lanza, entonces me verías combatir en las primeras filas, junto a los más valientes, y ya no hablarías tanto de mi vientre para ofenderme. Pero tu corazón es duro y te gusta insultar, y te crees grande porque andas entre gente de espíritu pequeño

y miserable. Pero te aseguro que si Odiseo llegara a volver a su patria, las puertas de este palacio no te resultarían lo suficientemente anchas para escapar.

Así habló, y Eurímaco se llenó de ira.

–¡Miserable! –gritó–. Pronto pagarás lo que dijiste sin temor ante tantos varones. Será que el vino empapó tus sesos, o que acostumbras a hablar estupideces.

Así habló, y levantando el escabel que tenía a sus pies se lo arrojó; pero el mueble golpeó en el brazo de uno de los jóvenes que servían el vino. La jarra dio contra el suelo con ruido, y el muchacho cayó de espaldas.

Enseguida se produjo un gran alboroto entre los pretendientes, y uno de ellos le decía a otro estas palabras:

–¡Ojalá ese forastero hubiese muerto antes de venir! Ahora estamos peleando por culpa de un mendigo.

Pero Telémaco alzó la voz, dirigiéndose a los hombres:

–Desdichados, ya no pueden ocultar los efectos de tanta comida y tanto vino, y han enloquecido. Así que vuelvan a sus casas a dormir cuando les parezca adecuado. Yo no echaré a nadie.

Así habló, y todos se admiraron de las audaces palabras de Telémaco, y las respetaron. Hicieron enseguida una última libación a los dioses, y luego cada uno marchó a dormir a su casa.

Euriclea reconoce a Odiseo

Una vez que los pretendientes se marcharon, Odiseo y Telémaco guardaron todas las armas en el interior del palacio. Luego, Telémaco fue hacia la habitación donde se acostaba cuando le llegaba el dulce sueño. Pero Odiseo se quedó en la sala, tramando la muerte de los pretendientes.

Entonces salió de su dormitorio la prudente Penélope, semejante en belleza a Afrodita, y se dirigió a la sala. Junto al fuego, habían puesto el sillón labrado con plata y marfil que ella solía usar. Allí se sentó, y las esclavas se acercaron para retirar las mesas donde bebían y comían los pretendientes. También agregaron leña al fuego, para iluminar y calentar mejor el lugar. Y una de las esclavas, Melanto,[101] se dirigió a Odiseo con estas palabras:

–Forastero, ¿también de noche vas a molestar, dando vueltas por la casa y espiando a las mujeres? Vete afuera, vamos, y date por satisfecho con la comida que recibiste, si no quieres que te saquemos a empujones.

Así dijo, pero Penélope escuchó sus palabras y la reprendió:

–¡Eres atrevida y no tienes vergüenza! Bien sabías que yo deseaba hablar con el forastero para preguntarle por mi esposo. Vete de aquí ahora mismo, y no me hagas enojar más.

Entonces ordenó que prepararan un cómodo asiento para Odiseo. Cuando él estuvo sentado, la prudente Penélope fue la primera en hablar:

–Huésped, dime antes que nada quién eres y de dónde vienes, cuál es tu pueblo y quiénes son tus padres.

Y le respondió el astuto Odiseo:

–Mujer, ningún mortal sobre la inmensa tierra podría censurarte, porque tu gloria llega hasta el ancho cielo como la fama del rey más noble y más justo. Interrógame todo lo

[101] Las esclavas se dividen en dos bandos: las que están del lado de los pretendientes, como Melanto, y las que permanecen fieles a Odiseo, como Euriclea.

que desees, pero por favor deja a un lado mi cuna y mi patria, para que mi alma no se inunde con recuerdos tristes.

Y le respondió Penélope:

–Todo lo que yo pudiera valer, forastero, me lo quitaron los dioses el día que mi esposo Odiseo se embarcó hacia Troya. Si él regresara, mi gloria crecería, y también mi belleza. Pero ahora vivo en el dolor. Todos los nobles que dominan en las islas de esta región me pretenden contra mi voluntad y devoran mis bienes. Intentan apurar la boda, pero yo tramo engaños, mientras mi corazón se consume añorando[102] a Odiseo. Al principio un dios me inspiró la idea de tejer un velo suave y extenso, y les dije a los pretendientes: "Ya que Odiseo ha muerto, no tengan tanto apuro por casarme, y esperen a que termine esta mortaja[103] que estoy tejiendo. Será para cubrir al ilustre Laertes cuando la penosa muerte lo alcance. No quiero que ninguna mujer hable mal de mí si le falta una mortaja a quien tuvo tantas riquezas". Eso les dije, y logré convencerlos. Y durante el día tejía la gran tela, pero por la noche destejía, a la luz de las antorchas. De ese modo engañé a los pretendientes por tres años, hasta que una de mis criadas me delató y me descubrieron. Ahora ya no puedo evitar la boda, ni se me ocurre otro truco. Mis padres me impulsan a elegir un nuevo esposo, y mi hijo se indigna porque consumen sus riquezas... Pero vamos, forastero, háblame de mi esposo, a quien dices que alojaste en tu palacio. Dime con quién estaba, y cómo iba vestido, y cuál era su aspecto, para que yo sepa si dices la verdad.

Y durante el día tejía la gran tela, pero por la noche destejía, a la luz de las antorchas

Y le respondió el astuto Odiseo:

–Es difícil recordarlo después de tanto tiempo, mujer, pues hace veinte años que tu esposo pasó por mi patria. Pero te diré lo que tengo en la memoria: Odiseo llevaba un manto doble de lana púrpura, sujeto con un broche de oro y bordado con el dibujo de un perro que atrapaba a un pequeño ciervo y lo miraba forcejear. También usaba una túnica, muy suave al tacto y resplandeciente como el sol. Pero tal vez Odiseo no vestía estas ropas al salir de tu casa, y alguien se las dio en el

[102] Añorar significa "recordar con tristeza la ausencia o la pérdida de una persona o una cosa muy querida".

[103] Una mortaja es una vestidura en que se envuelve un cadáver para sepultarlo.

camino, porque tenía muchos amigos. ¡Pocos aqueos podían igualarlo! Yo mismo le regalé una espada de bronce, un manto púrpura y una túnica, y fui a despedirlo cuando partió en su nave. Lo acompañaba un heraldo, de nombre Euríbates. Este tenía la piel curtida, los hombros arqueados y abundantes cabellos, y Odiseo lo estimaba más que al resto de sus amigos, porque sus pensamientos siempre coincidían.

Así habló, y Penélope derramó lágrimas recordando los detalles que Odiseo le presentaba con tanta exactitud. Y cuando dejó de llorar, le dijo estas palabras:

–Hasta ahora, huésped, te recibimos en mi palacio con compasión; pero de aquí en más serás tratado con cariño y con respeto, porque yo misma le di a Odiseo esas ropas que dices. Pero ya no volveré a verlo en casa. ¡En mala hora se embarcó rumbo a esa maldita Troya, cuyo nombre detesto!

Y le respondió Odiseo:

–Venerada esposa de Odiseo, no consumas tu corazón y tu belleza lamentándote, y atiende a mis palabras, que son sinceras: he oído que Odiseo está de regreso, muy cerca de aquí. Trae consigo muchas riquezas, que le fueron regalando en el camino, aunque ha perdido a todos sus leales compañeros en el mar. Pero él está sano y salvo, y no pasará mucho más tiempo lejos de su patria y de sus seres queridos. Que Zeus sea testigo de mi palabra y de este juramento que te hago: Odiseo vendrá antes de que termine este mes y empiece el siguiente.

Y le contestó Penélope:

–¡Ojalá se cumpliera tu palabra, forastero! Entonces te brindaría mi amistad y recibirías muchos regalos de mi parte. Pero mi alma presiente que mi esposo ya no volverá.

Así habló, y luego ordenó a las criadas que lavaran al huésped y le prepararan un cómodo lecho con sábanas y mantas limpias, para acostarse a descansar. Pero Odiseo le dijo:

–Venerada esposa de Odiseo, desde el día que dejé mi hogar, perdí la costumbre de dormir entre sábanas y mantas. Prefiero acostarme en el piso. Tampoco me agradan los baños de pies, salvo que entre tus criadas haya alguna de corazón

discreto y leal, que haya pasado tantos dolores como yo. A ella no le impediría tocar mis pies.

Y la prudente Penélope le respondió:

–Estimado huésped, hay en el palacio una anciana como dices. Ella crió a Odiseo apenas nacido. Aunque ya está muy débil, ella te lavará los pies. ¡Vamos, Euriclea! Ven, acércate para lavar a este hombre. Como los de nuestro huésped, así estarán los pies y las manos de tu señor Odiseo, porque el sufrimiento envejece enseguida a los mortales.

Así habló, y la anciana Euriclea se levantó cubriéndose el rostro con las manos, pues lloraba recordando a su señor, y le dijo a Odiseo:

–¡Ay de mí! Ya no puedo servir a mi amado señor. Zeus lo odió más que a otros hombres, y lo privó de regreso, aunque él siempre fue respetuoso de los dioses. Y tal vez ahora se rían de él las esclavas de otros palacios, en tierras lejanas, así como se ríen de ti estas, que tú no quieres que te toquen. Pero yo te lavaré, porque me lo ordena la reina y porque mi corazón se conmueve con tus sufrimientos. Y escucha lo que te digo: muchos forasteros han pasado por aquí, pero ninguno vi tan parecido a Odiseo en cuerpo y voz como tú.

Enseguida tomó un cuenco de bronce y echó en él agua fría, y luego agua caliente, y se puso a lavar los pies de Odiseo. Pero entonces le llamó la atención una cicatriz que Odiseo tenía en el pie derecho, y que en otro tiempo le había hecho un jabalí, con su blanco colmillo, mientras cazaba en el monte Parnaso. La anciana estudió la cicatriz, y al reconocerla soltó el pie de golpe, conmovida. El cuenco se tambaleó y el agua se derramó en el suelo.

La alegría y el dolor invadieron al mismo tiempo el corazón de Euriclea. Los ojos se le llenaron de lágrimas y la voz se le atoró en la garganta. Entonces tomó la barbilla de Odiseo y murmuró:

–Sin duda tú eres Odiseo, hijo mío. No te reconocí hasta ahora, que te he tocado.

Así dijo, e hizo señas a Penélope, para comunicarle la noticia. Pero esta no pudo verla, aunque estaba muy cerca,

IDA El nombre de la nodriza significa "de ancha fama". Su función en el relato es precipitar el reconocimiento del héroe.

porque Atenea había distraído su atención. Entonces Odiseo tomó a la anciana, la atrajo hacia él y le dijo:

–Nodriza, ¿tú que me criaste quieres arruinarme justo ahora, que vuelvo a mi casa después de veinte años y de sufrir mil desgracias? Ahora que te has dado cuenta, calla, para que no se entere nadie más en el palacio. Mantente en silencio y confía en los dioses.

Así habló, y la anciana se alejó para buscar más agua. Y después que lo lavó y lo ungió con aceite,[105] Odiseo acercó su silla al fuego para calentarse, y ocultó la cicatriz con sus harapos.

Entonces habló Penélope:

–Forastero, voy a decirte una cosa más: pronto llegará la aurora, y dará comienzo a un día desdichado, pues dejaré la casa de Odiseo. Voy a realizar un certamen[106] para los pretendientes. Odiseo solía ordenar en línea recta doce hachas de combate y luego, desde lejos, disparaba sus flechas haciéndolas pasar entre ellas. Ese es el certamen que haré, para que compitan los pretendientes. Y yo partiré con aquel que, usando el arco de Odiseo, mejor haga pasar las flechas entre las hachas. Así dejaré esta hermosa casa de mi esposo, tan llena de riquezas. Pero sé que su recuerdo seguirá conmigo, incluso en sueños.

Y le respondió el astuto Odiseo:

–No postergues ni un momento ese certamen, mujer, porque Odiseo llegará antes de que esos hombres toquen el arco, tiendan la cuerda y disparen las flechas.

Y le dijo la prudente Penélope:

–Forastero, podría seguir conversando contigo sin cansarme, pero los mortales no podemos estar siempre en vela. Ahora subiré a acostarme en el lecho, que está siempre húmedo con mis lágrimas, desde que Odiseo partió hacia la maldita Troya. Tú acuéstate aquí mismo, sobre algo cómodo.

Así habló, y se retiró a su dormitorio, acompañada por sus criadas. Y cuando llegó al piso de arriba y se acostó en su lecho, se puso a llorar por Odiseo, su esposo, hasta que Atenea derramó el dulce sueño sobre sus ojos.

105 Untar el cuerpo con aceite después del baño era un procedimiento cosmético corriente de las clasés gobernantes.

106 Un certamen es una competencia o un concurso.

El último banquete de los pretendientes

Odiseo extendió en el suelo del vestíbulo una piel de buey y una de oveja, y allí se acostó, pero no lograba dormir. Daba vueltas a un lado y a otro con el corazón agitado, pensando en la mejor manera de acabar con todos los pretendientes. Entonces Atenea bajó del cielo y le dijo:

–¿Por qué estás desvelado? Esta es tu casa, y en ella están tu esposa y tu hijo, que es como muchos desearían que fuese su hijo.

–Tienes razón, diosa –contestó Odiseo–, pero mi espíritu medita sin cesar cómo podré deshacerme yo solo de esos hombres soberbios, que son muchos y siempre andan en grupo. Y también temo que, si logro matarlos a todos, luego deba irme para evitar los reclamos de sus familiares.[107]

Entonces le respondió la diosa de ojos brillantes:

–No olvides que yo siempre estaré a tu lado para protegerte. ¿No te basta con eso? Ahora serena tu corazón e intenta dormir, que es una locura permanecer despierto toda la noche, y ya falta muy poco para que terminen tus desgracias.

Y después de decir esto, derramó el sueño sobre los ojos de Odiseo, y se marchó de nuevo al Olimpo.

Justo cuando a él lo venció el sueño que desata las preocupaciones y afloja el cuerpo, su esposa se despertó, se sentó en la cama y comenzó a llorar. Y después de llorar cuanto quiso, dirigió esta súplica:

–Artemisa,[108] diosa soberana, hija de Zeus, ¡ojalá me arrancaras ahora la vida, apuntando tus flechas a mi pecho, o me arrebatara un huracán y me llevara por brumosos caminos hasta el confín del océano! ¡Ojalá los dioses me mataran, para hundirme en la tierra y ver a Odiseo, y no tener que elegir por esposo a un hombre inferior a él!

107 Odiseo teme ser castigado con el destierro.

108 Artemisa suele ser considerada la hermana gemela de Apolo, e hija, como él, de Leto y Zeus, aunque algunas tradiciones la suponen hija de Deméter. Artemisa es una diosa guerrera y cazadora, que hace de su virginidad motivo de orgullo.

Así se lamentaba mientras llegaba Eos, la de trono de oro. Y cuando se empezaba a teñir de rosa el horizonte, los sollozos de Penélope despertaron a Odiseo. Él recogió las pieles sobre las que había dormido, las dejó sobre una silla, salió al patio y le suplicó a Zeus elevando los brazos:

–Padre Zeus, si fue tu voluntad que yo volviera a mi patria después de hacerme sufrir tantos males por tierra y por mar, que alguna de las personas de esta casa me dé una señal, y dame una señal tú también, allá afuera.

Así dijo, y Zeus escuchó sus ruegos, y desde el Olimpo resplandeciente, por encima de las nubes, hizo tronar el cielo. Y en la casa, fue una criada que molía el trigo y la cebada quien dio el presagio.[109] Sus compañeras dormían, pero ella era más débil que el resto y aún no había terminado su tarea, y entonces dijo estas palabras:

–Padre Zeus, que riges a los dioses y a los hombres, has hecho oír el trueno en el cielo despejado. Sin duda, se trata de una señal para alguien. Haz que se cumpla también para mí esto que te pido: que el de hoy sea el último banquete de los pretendientes en el palacio de Odiseo, pues ellos debilitaron mi cuerpo, haciéndome moler la harina sin descanso. ¡Que hoy cenen por última vez!

Así habló, y Odiseo se alegró con el presagio de la criada, y con el trueno de Zeus, pensando que los culpables serían castigados.

Ya las servidoras se reunían en la sala, para encender de nuevo el fuego en el hogar. Telémaco se levantó del lecho, ató sus sandalias, colgó su espada al hombro, tomó su lanza y salió.

El porquero Eumeo llegó al palacio, y también llegaron los pretendientes, que comenzaron a sacrificar ovejas, cabras, cerdos y vacas para preparar al fuego.

Telémaco, con astucia, hizo pasar a Odiseo a la sala, y le puso una silla y una mesa pequeña, donde le sirvió vino y carne asada y le dijo:

–Siéntate aquí entre estos hombres, y bebe vino, que yo evitaré que te insulten o te golpeen. Porque esta casa no es del pueblo sino de Odiseo, que la adquirió para mí. Y ustedes, pretendientes, contengan su violencia, para que no haya peleas.

Así habló, y ellos se admiraron del valor de Telémaco. Pero Atenea no dejó que los arrogantes pretendientes se guardaran del todo los insultos que lastiman el corazón, para que el dolor se hundiera todavía más en el pecho de Odiseo. Así fue que un pretendiente rico y engreído llamado Ctesipo dijo estas palabras:

–Amigos, escuchen lo que voy a decirles. El forastero tiene en su mesa una parte igual a la nuestra del banquete. Es razonable y justo, porque no estaría bien deshonrar a un huésped de Telémaco. Así que yo también le daré un regalo de hospitalidad.

Y después de hablar así, tomó de la bandeja una pata de buey y se la arrojó. Odiseo bajó la cabeza y la esquivó; sonrió con desdén y el pedazo de carne dio contra la pared. Entonces Telémaco le dirigió a Ctesipo estas palabras:

–Tuviste mucha suerte, Ctesipo, de no haber golpeado a mi huésped, y que él esquivara el tiro. De lo contrario, mi lanza te habría traspasado de lado a lado y, en lugar de bodas, tu padre habría tenido que asistir a tu funeral. Así que nadie se muestre insolente en mi casa, porque ya no soy un niño,[110] y tengo claridad para distinguir lo que está bien de lo que está mal. He tolerado que coman mis animales y beban sin límite mi vino, porque un hombre solo no puede contra muchos. Pero dejen ya de comportarse como si fueran mis enemigos, o mátenme, porque prefiero eso antes que ver cómo terminan con mi hacienda y maltratan a un huésped en mi casa.

Así habló, y todos se quedaron en silencio, hasta que un pretendiente llamado Agelao dijo:

–Amigos, que ninguno se irrite, pues Telémaco ha hablado con justicia. Y que nadie maltrate al huésped o a los servidores de su casa. Pero querría dar un consejo de amigo a Telémaco, si quiere oírlo: ya nadie duda de que Odiseo no regresará; así que ve junto a tu madre y dile que elija al mejor de nosotros por esposo, y tú puedas quedarte contento con tus cosas, mientras ella cuida la casa de otro.

109 Un presagio es una señal que anuncia un suceso futuro.

110 Aquí se ve claramente cómo, con la llegada del padre, Telémaco ha alcanzado la madurez: ya no es un niño, y puede enfrentarse abiertamente a los pretendientes.

Y le contestó Telémaco:

–Agelao, no retrasaré el casamiento de mi madre: por el contrario, le pido que se case con quien quiera. Pero si no es su deseo, me avergonzaría echarla del palacio contra su voluntad. ¡Que Zeus no lo permita!

Así habló, y los pretendientes siguieron conversando, comiendo y bebiendo, pero Telémaco ya no los escuchaba: miraba en silencio a su padre, esperando con impaciencia el momento en que pusiera sus manos sobre esos infames.

Mientras tanto, la prudente Penélope había puesto su sillón frente a ellos, para escuchar lo que se hablaba en la sala. Y los hombres reían y se disponían a disfrutar del agradable y rico banquete, sin sospechar que jamás habría una cena más llena de horrores que aquella que la diosa y el héroe preparaban.

La prueba del arco

Atenea, la diosa de ojos brillantes, inspiró a Penélope para que fuera a buscar el arco y las flechas de Odiseo, a fin de celebrar el certamen entre los pretendientes. Seguida por dos criadas, Penélope marchó hacia la última habitación, donde se guardaban los objetos más preciados de su esposo. Abrió la puerta cerrada con llave y subió a la alta tarima donde se hallaban las arcas llenas de ropa perfumada. Allí estaba también el gran arco de Odiseo, colgado de un clavo y envuelto en su brillante funda. Penélope lo descolgó, se sentó con el arco en sus rodillas y rompió a llorar. Y después de desahogar su pena, volvió a la sala donde estaban los pretendientes, y les dijo estas palabras:

–Escúchenme, altivos pretendientes, que vienen día tras día a comer a la casa de un hombre que lleva muchos años ausente. El único motivo que tienen para actuar así es el deseo de casarse conmigo y tenerme por esposa. Así que les propongo esta prueba: dejaré aquí el gran arco de Odiseo; aquel que logre curvarlo y hacer pasar las flechas por los anillos de doce hachas, ese será el hombre al que seguiré, abandonando esta hermosa y querida casa, que un día habré de recordar como si fuera un sueño.

Así habló, y entregó el arco y las flechas al porquero Eumeo, para que lo llevara entre los pretendientes. Eumeo lo recibió con lágrimas en los ojos, y también lloraba el boyero[111] Filetio, que estaba con él. Al verlos, Antínoo les dirigió estas palabras:

–Tontos campesinos, que nunca ven más que lo que tienen delante, ¿por qué lloran? ¿No ven que conmueven el ánimo de esta mujer, que ya suficientes pesares lleva en el alma por haber perdido a su esposo? Siéntense en silencio o vayan a lamentarse a otro lado.

111 Un boyero se ocupa de cuidar los bueyes y el ganado vacuno en general.

Así habló, y Telémaco le dijo:

–Vamos, que no se retrase más el certamen. Veamos quién gana. Yo también lo intentaré. Si logro tensar el arco y hacer pasar la flecha por los anillos de las hachas, me evitaré la pena de ver partir a mi madre con un nuevo marido, y ella se quedará conmigo.

Y después de hablar así, se quitó el manto de los hombros, tomó las doce hachas sin el mango y las enterró en el suelo, con el filo hacia abajo, una detrás de la otra, alineando los anillos con una cuerda. Luego se alejó, levantó el arco e intentó tensarlo. Tres veces lo intentó, y las tres veces le faltaron fuerzas. Y quizá lo hubiera logrado de intentarlo una vez más, pero su padre le hizo señas para que no insistiera. Entonces Telémaco habló así entre los pretendientes:

–¡Ay de mí! Soy un inútil, un cobarde; o tal vez no tengo edad suficiente para confiar en la fuerza de mis brazos y luchar contra alguien que me insulta. ¡Pero vamos, ustedes que son más fuertes que yo, prueben el arco y terminemos el certamen de una vez!

Y después de hablar así, dejó el arco y la flecha y volvió a sentarse. Entonces se levantó uno de los pretendientes llamado Leodes. Pero tampoco él pudo doblar el arco; enseguida se le irritaron y le dolieron las manos, y les dijo a los demás:

–Amigos, yo no puedo hacerlo; que pruebe otro, aunque no sé si alguno lo conseguirá.

Y Antínoo lo reprendió con estas palabras:

–Leodes, ¿qué tonterías dices? Tu madre no te dio a luz para ser tirador de arco y flecha, pero otros pretendientes lo harán.

Así dijo, y uno a uno los pretendientes siguieron pasando, pero a todos les fallaban las fuerzas al intentar tensar el arco.

En ese momento, el porquero Eumeo y el boyero Filetio cruzaron la sala y salieron del palacio; al verlos, Odiseo fue tras ellos. Y cuando estuvieron en la calle, los alcanzó y les dijo estas palabras:

–Escuchen, el ánimo me impulsa a contarles un secreto. Si Odiseo llegara de repente, o un dios lo trajera a su patria,

¿qué harían ustedes para defenderlo? ¿Estarían de parte de él o de los pretendientes?

Y el boyero dijo:

–¡Si Zeus cumpliera mis ruegos de ver llegar a Odiseo...! Entonces, forastero, conocerías mi fuerza, y lo que pueden hacer estos brazos.

También el porquero habló así, suplicando a los dioses por el retorno de su querido señor.

Y Odiseo, después de conocer los verdaderos pensamientos de estos hombres, les dijo:

–Odiseo ya está en casa. Soy yo mismo, que he llegado después de mil desgracias.

Luego apartó los harapos y les mostró el pie donde tenía la gran cicatriz.

Eumeo y Filetio rompieron a llorar y abrazaron a Odiseo, y él también los abrazó; y la noche los hubiera encontrado así llorando si Odiseo no hubiese hablado con estas palabras:

–Contengan el llanto, no sea que alguien salga y nos vea y vuelva al palacio a contarlo. Ahora escuchen lo que haremos: entremos uno a uno; primero iré yo, y luego ustedes. Sé muy bien que los pretendientes no me van a permitir usar el arco y las flechas, así que tú, noble Eumeo, cruzarás la sala y pondrás el arma en mis manos, y les dirás a las criadas que cierren y traben las puertas del palacio, y que permanezcan quietas y en silencio aunque oigan golpes o gritos de hombres. Tú, fiel Filetio, cerrarás con llave la puerta del patio, y la asegurarás con una soga.

Después de hablar así entró en el palacio y fue a sentarse en la silla de la que se había levantado. Un rato después entraron los dos servidores.

Mientras tanto, Eurímaco había tomado el arco e intentaba tensarlo, pero no podía. Al fin lo dejó, suspiró y dijo:

–¡Ay! Siento pesar por mí y por los demás. Y no me lamento tanto por la boda, pues hay muchas otras mujeres en la ciudad, sino porque somos más débiles que Odiseo, cuyo arco ni siquiera podemos maniobrar. ¡Esta deshonra será conocida por las generaciones futuras!

Y le contestó Antínoo:

–No será así, Eurímaco. En el pueblo se está celebrando la sagrada fiesta de un dios. ¿Quién tirará hoy con el arco? Déjenlo allí, en el piso, y que las hachas queden puestas, pues no creo que nadie se las lleve. Que ahora sirvan vino y que el curvo arco descanse. Haremos las libaciones y mañana terminaremos este certamen, después de ofrecer sacrificios a Apolo.

Así habló Antínoo, y todos estuvieron de acuerdo. Y después de hacer las libaciones y de beber, les dijo el astuto Odiseo:

–Pretendientes de la noble reina, escuchen lo que el corazón me manda decirles. Mañana terminará el certamen, y seguramente alguno de ustedes obtendrá la victoria. Pero ahora les pido que me dejen probar el arco, para que pueda medir mi fuerza con la de ustedes, y ver si conservo en el cuerpo el vigor que solía tener, o si la vida errante y la falta de cuidados me han arruinado para siempre.

Así habló, y le respondió Antínoo:

–¡Ah, miserable forastero, insensato! ¿No te resulta suficiente poder participar del banquete con nosotros? No sabes beber y el vino te trastorna. Te predigo un gran sufrimiento si intentas probar el arco, así que mejor permanece sentado y no intentes competir con los más jóvenes.

Entonces tomó la palabra la prudente Penélope, y dijo:

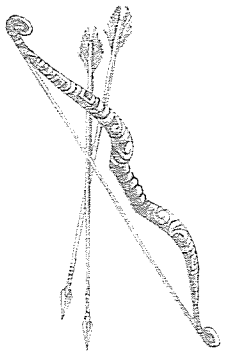
–Antínoo, no es justo ni honorable maltratar a los huéspedes de Telémaco, sean quienes sean. ¿Piensas que este hombre, aunque lograra tensar el arco, me llevaría por esposa a su casa? Ni siquiera él mismo guarda en el pecho esa esperanza.

Y Telémaco le dijo a Penélope:

–Madre, ninguno de los presentes me dirá a quién darle o negarle el arco, pues en el palacio nadie tiene más poder que yo para decidir esa cuestión. Así que vuelve ahora a tu habitación y a tus labores, junto a las criadas, que yo me ocuparé de este asunto.

Ella se sorprendió de las palabras de su hijo,[182] y subió a su habitación, y una vez allí rompió a llorar por su esposo Odiseo, hasta que Atenea derramó el dulce sueño sobre sus párpados.

182. He aquí una nueva señal de que Telémaco ha alcanzado la madurez.



Entonces Telémaco le ordenó al porquero que entregara el arco a Odiseo, a pesar de las protestas de los pretendientes. Eumeo hizo lo que le ordenaban, y después llamó a la anciana nodriza Euriclea y le dijo:

–Euriclea, Telémaco manda que cierres bien las puertas del salón. Y dice que si alguna de las criadas oye golpes o gritos de hombres, no abra la puerta, y se quede en silencio, sin moverse.

Así habló, y Euriclea marchó sin decir una palabra a cerrar las puertas del salón, al mismo tiempo que el boyero Filetio cerraba con sigilo las puertas del patio y las aseguraba con una cuerda.

Mientras tanto, Odiseo había tomado el arco entre sus manos, estudiándolo, después de tantos años. Y sin ningún esfuerzo logró tensarlo al primer intento. Luego, con la mano derecha, hizo vibrar la cuerda, que resonó claramente en el aire, como el dulce trino de una golondrina. Los pretendientes empalidecieron, Zeus tronó con fuerza en el cielo, y la señal llenó de alegría al paciente y sufrido Odiseo. Tomó una flecha de la aljaba,[113] la acomodó, tiró de la cuerda, apuntó y disparó. La flecha atravesó limpiamente los anillos de las doce hachas. Entonces le dijo a Telémaco:

–Telémaco, no erré al blanco, ni me costó mucho trabajo tensar el arco. El huésped que albergas en tu palacio no te deshonra. Aún conservo las fuerzas, aunque a estos pretendientes les parezca lo contrario. Pero ya es hora de que preparen la cena, mientras haya luz. Luego se deleitarán con el canto y la lira.

Así habló, e hizo una señal con las cejas a su hijo. Entonces Telémaco se ciñó[114] la espada, empuñó la lanza, y así armado se puso de pie junto a su padre.

113 La aljaba es la caja para las flechas, ancha y abierta por arriba más angosta por abajo y que colgaba de una cuerda o correa con que se sujetaba del hombro izquierdo a la cadera derecha.

114 Ceñirse, en este caso, significa "ajustarse, calzarse o ponerse".

La venganza de Odiseo

Entonces Odiseo se quitó los harapos, saltó al umbral con el arco y la aljaba, desparramó las flechas a sus pies y les dijo a los pretendientes:

–El certamen terminó; ahora voy a disparar a un blanco al que nadie apuntó antes.

Y después de hablar así, disparó una amarga flecha contra Antínoo, que tenía una copa de oro en la mano y se disponía a beber, con el pensamiento muy lejos de la muerte. ¿Quién iba a pensar que un hombre solo, por valiente que fuese, iba a causar la negra muerte a tantos, en medio del festín? Pero Odiseo le dio en la garganta y la flecha le atravesó el cuello. La copa cayó de su mano, la sangre brotó de su nariz y él se desplomó hacia atrás. Al caer empujó la mesa, y las bandejas con carne asada y pan fueron a parar al suelo.

Los pretendientes se pusieron de pie con gran alboroto, buscando las armas que solía haber en las paredes. Pero Telémaco y Odiseo las habían retirado de allí el día anterior.

Entonces, creyendo que Odiseo había disparado por accidente, le gritaron:

–Forastero, en mala hora soltaste esa flecha. Mataste a uno de los jóvenes más notables de Ítaca. ¡Aquí mismo serás alimento de los buitres!

Y les contestó el astuto Odiseo, con fiera mirada:

–No esperaban volver a verme, perros viles, y por eso devoraban mi hacienda e intentaban seducir a mi esposa, sin temer a los dioses ni la venganza de los hombres. ¡Ahora la muerte los acecha[115] también a todos ustedes!

Así dijo, y todos empalidecieron. El único que se atrevió a contestarle fue Eurímaco:

–Si en verdad eres Odiseo que ha regresado –dijo–, tienes razón en hablar así de los excesos cometidos en tu palacio y

115 Acechar significa "observar o aguardar cautelosamente".

en tus campos. Pero ya ha caído el culpable de todo, Antínoo. Él tomó la iniciativa y nos arrastró a estos desmanes, no tanto por interés en el matrimonio como por otro proyecto: gobernar sobre Ítaca, después de matar a tu hijo en una emboscada. Pero Zeus no lo ayudó a que se cumpliera ese plan, y ahora yace en el suelo, con justicia. Así que perdona a tus conciudadanos. Nosotros te compensaremos por lo que se ha comido y se ha bebido en tu palacio, y te entregaremos bronce y oro, hasta que tu corazón esté satisfecho.

Y le respondió Odiseo, con expresión amenazante:

–Eurímaco, pueden darme todas sus riquezas, y agregar todavía más, y ni siquiera así conseguirán que mis manos se detengan hasta vengar la soberbia y la insolencia que ustedes han demostrado. Ahora solo tienen dos opciones: luchar conmigo o huir, si es que lo logran.

Así habló, y a todos se les oprimió el corazón, y buscaban una salida para escapar de la penosa muerte. Pero Eurímaco los animó a luchar, desenvainó su fuerte espada y se lanzó gritando hacia Odiseo. Este, al mismo tiempo, le disparó una flecha y lo hirió en el hígado. Eurímaco cayó de frente, golpeó el suelo, y una niebla espesa veló su mirada.

Entonces fue Anfínomo quien se arrojó contra Odiseo. Pero Telémaco se adelantó y le hundió su lanza entre los hombros, hasta que la punta le salió por el pecho, y Anfínomo cayó pesadamente a tierra. Telémaco dejó su lanza clavada en el cuerpo del muerto, por temor de que alguno lo atacara por la espalda al intentar retirarla. Entonces se acercó rápidamente hasta Odiseo y le dijo:

–Padre, es mejor estar armados. Voy a traerte un casco, un escudo y dos lanzas, y también traeré armas para mí, y para el porquero y el boyero.

Y le respondió Odiseo:

–Apúrate, mientras me quedan flechas y puedo defenderme.

Telémaco obedeció a su padre y volvió enseguida, y Odiseo siguió matando pretendientes con certeros flechazos. Uno tras otro caían los hombres al suelo. Y cuando las flechas se terminaron, tomó las armas que su hijo había traído: un casco con un penacho[316] de crines de caballo, un escudo y dos largas lanzas con puntas de bronce.

Pero uno de los pretendientes había seguido a Telémaco hasta la habitación donde estaban las armas, y también él volvió de allí trayendo lanzas y escudos para su bando. Al ver a los pretendientes protegidos y armados, el corazón de Odiseo dio un vuelco, pues ahora la lucha parecía mucho más difícil.

En ese momento, la diosa Atenea se presentó junto a él, tomando el aspecto de Mentor. Odiseo se alegró al verlo, porque sabía que venía a socorrerlos, y le dijo:

–¡Mentor, acuérdate de tu querido compañero y aparta de nosotros la desgracia!

Y la diosa, que no quería concederle tan fácilmente la victoria y aún deseaba probar la fuerza de Odiseo y de su hijo, le contestó estas palabras, para encender aún más su ánimo:

–Odiseo, durante nueve años seguidos peleaste contra los troyanos, dando muerte a muchos hombres, y los aqueos tomaron aquella ciudad gracias a tus consejos. ¿Cómo es que ahora que has llegado a tu casa imploras ayuda contra los pretendientes?

Y después de hablar así, tomó la figura de una golondrina y voló hasta posarse en una viga del techo, ennegrecida por el humo.

Los pretendientes, mientras tanto, eran animados por Agelao con estas palabras:

–Vamos ahora, amigos, que Mentor se ha ido y los dejó de nuevo solos en las puertas del salón. Pero no arrojen las lanzas todos al mismo tiempo, sino de a uno por vez, y veamos si Zeus nos concede herir a Odiseo con nuestras armas. Una vez que él haya caído, no tendremos que preocuparnos mucho por los otros.

Así les habló Agelao a los más valientes de los que quedaban vivos: Eurínomo, Anfimedonte, Demoptólemo, Pisandro y Pólibo. Y ellos dispararon como Agelao les ordenaba, pero Atenea desvió sus tiros. Una lanza dio en una columna, otra

316 Los cascos de la época estaban adornados con crines de caballos en forma de penacho, es decir, como las plumas que tienen algunas aves en la parte superior de la cabeza.

en la puerta y otra en la pared. Entonces Odiseo y sus compañeros arrojaron con fuerza sus propias lanzas. Odiseo le dio a Demoptólemo, Telémaco a Euríades, el porquero a Elato, y el boyero a Pisandro. Los cuatro pretendientes mordieron el polvo en la sala sombría, y los demás retrocedieron hacia el fondo. Odiseo y sus compañeros avanzaron y retiraron las armas de los cuerpos caídos, mientras sus enemigos volvían a arrojar las afiladas lanzas, que una vez más fueron desviadas por Atenea. Y de nuevo dispararon los del bando de Odiseo, y dieron muerte a Euridamante, a Anfimedonte, a Pólibo y a Ctesipo. Entonces, desde lo alto del techo, Atenea alzó su égida,[117] y los corazones de los pretendientes que aún quedaban con vida se llenaron de pavor. Unos corrían por el salón como vacas perseguidas por un tábano. Otros, como las aves de llanura que vuelan con ansiedad hacia las nubes, cuando los buitres de garras afiladas bajan del monte y las acechan, y al fin las cazan y las matan. Así eran golpeados los pretendientes mientras corrían en círculos por el salón.

Y se oían horribles gemidos cada vez que las cabezas de los pretendientes daban contra el suelo, y corría la humeante sangre.

Al fin la matanza concluyó, y aún así Odiseo examinó el salón y el palacio, por si alguno seguía vivo y escondido, tratando de evitar la negra muerte. Pero a todos los vio caídos entre el polvo y la sangre, tan numerosos como los peces que los pescadores sacan del agua con sus redes, y amontonan en la orilla, sobre la arena, donde los rayos del sol les arrebatan la vida. Así yacían los pretendientes, unos sobre otros.

Odiseo ordenó a las criadas que limpiaran y lavaran el salón, mientras él y sus compañeros retiraban los cuerpos y raspaban el piso con espátulas.

Y cuando el salón estuvo limpio, los hombres se lavaron, y Odiseo llamó a la nodriza Euriclea y le dijo:

–Tráeme azufre[118] y fuego, anciana, para purificar el salón. Y luego dile a Penélope que venga aquí con sus criadas. Ordena a todas las esclavas del palacio que vengan a la sala.

Y le dijo Euriclea:

117 La égida era un escudo hecho con piel de cabra, en cuyo centro estaba la cabeza de la Gorgona, que le había sido entregada a Atenea por Perseo, y que tenía el poder de transformar en piedra a todo aquel que posara sus ojos sobre ella. Además de ser atributo de esta diosa, la égida a veces era utilizada por Zeus.

118 Quemar azufre era un procedimiento de fumigación usado para desinfectar. También tenía un valor ritual.

–Muy bien, hijo mío. Pero antes déjame traerte una túnica y un manto: no sigas en tu palacio vestido con harapos. Sería deshonroso.

Y le contestó el astuto Odiseo:

–Antes que cualquier otra cosa, quiero tener el fuego encendido en la sala.

Así dijo, y Euriclea no desobedeció. Llevó azufre y fuego, y Odiseo esparció el humo en la sala, las habitaciones y el patio.

Después, la anciana atravesó el palacio para comunicar a las mujeres que se presentaran en el salón. Ellas salieron de sus cuartos llevando antorchas encendidas en las manos, y al llegar a la sala rodearon a Odiseo, y le dieron la bienvenida. Lo abrazaron con ternura, y le besaron la cabeza y las manos. Y a él lo invadió el dulce deseo de llorar, pues reconocía en su memoria a cada una de ellas.

Penélope reconoce a Odiseo

Euriclea, llena de alegre prisa, subió las escaleras para anunciarle a Penélope que su esposo había vuelto al hogar. Cuando llegó al dormitorio le dijo:

–Despierta, querida Penélope, para que veas con tus propios ojos lo que día tras día anhelabas con pocas esperanzas. Odiseo ha regresado. Ha matado a los pretendientes que se comían tus bienes, deshonraban tu hogar y maltrataban a tu hijo, y está aquí, en el palacio.

Y le respondió la prudente Penélope:

–¡Ay, noble Euriclea! Los dioses te han vuelto loca. Ellos pueden enloquecer al más cuerdo, y hacer cuerdo al más insensato. Ellos trastornaron tu mente equilibrada. Vamos, vuelve al salón y deja de burlarte de mí, que ya bastante tengo con lo que sufro. Si cualquier otra de las criadas me hubiese despertado para anunciarme esto, no habría dudado en echarla a la calle. A ti, la vejez te disculpa.

Y le contestó la nodriza Euriclea:

–No me burlo de ti ni te engaño, hija mía. Es verdad que Odiseo ha vuelto y está en el palacio. Es aquel forastero al que todos insultaban en la sala. Telémaco lo sabía hace mucho, pero lo ocultó con prudencia mientras su padre hacía planes para vengarse de esos arrogantes pretendientes.

Y le dijo la prudente Penélope:

–Querida nodriza, si es cierto lo que cuentas, que Odiseo ha vuelto y está aquí, ¿cómo pudo él solo con sus manos vencer a los pretendientes, que eran tantos?

Y le contestó Euriclea:

–No lo sé, porque no lo he visto; solo escuché los ruidos y los gritos de los que morían. Y después Telémaco me llamó a la sala. Allí estaba Odiseo, cubierto de sangre y polvo, como un león, de pie entre los cuerpos hacinados[119] sobre el suelo.

119 Hacinar significa "amontonar, acumular o juntar sin orden".

Ahora todo está limpio; él ha esparcido azufre en la sala y me mandó llamarte. ¡Tu mayor anhelo[120] se ha cumplido! Vamos, sígueme, para que tu corazón y el suyo vuelvan a llenarse de alegría después de tantas pruebas.

Y le respondió la prudente Penélope:

–Sabes bien, querida nodriza, con cuánto amor sería recibido Odiseo en el palacio, por mí antes que nadie, y por el hijo que trajimos juntos al mundo. Pero lo que me cuentas no es cierto. Sin duda habrá sido algún dios el que mató a los pretendientes, enojado por su odiosa conducta. Su propia maldad les habrá traído la desgracia. Pero en cuanto a Odiseo... él ha perdido el regreso y la vida en algún lugar lejos de aquí.

Y le contestó la nodriza Euriclea:

–¡Ay, mi querida! Tu esposo está abajo, calentándose junto al fuego, y tú insistes en decir que no volverá. ¡Sin duda tu corazón es desconfiado! Pero te daré otra señal clara: cuando lavé sus pies pude ver la herida que hace muchos años le hizo un jabalí con su blanco colmillo. Quise decírtelo, pero él me lo impidió, con su astucia de siempre. Ahora vamos, sígueme, y mátame si te engaño.

120 Un anhelo es un deseo muy intenso.

Y le respondió Penélope:

–Nunca te faltó inteligencia, querida Euriclea, pero los planes de los dioses eternos son difíciles de conocer aun para el más astuto. Vayamos a buscar a mi hijo, para que yo vea a los muertos y a aquel que los mató.

Así dijo, y bajaron la escalera rumbo a la sala. Y mientras tanto, Atenea derramó sobre Odiseo un esplendor divino, y lo hizo lucir más alto, más fuerte y más bello.

Y cuando traspasaron el umbral, Penélope tomó asiento frente a Odiseo, cerca del fuego. Él estaba sentado junto a una columna, con la vista baja, esperando las palabras de su esposa. Pero ella permanecía en silencio, con el pecho aún lleno de dudas.

Al fin habló Odiseo, y le dijo:

–Querida mujer, no te entiendo. Los que habitan el Olimpo te han dado un corazón más inflexible

que a las demás mujeres. ¿Quién, si no, se mantendría así lejos de su esposo, cuando él ha vuelto tras veinte años de ausencia? Vamos, Euriclea: prepárame la cama para que duerma solo, pues esta mujer lleva en el pecho un corazón tan duro como el hierro.

Y la prudente Penélope, que por momentos parecía reconocerlo y por momentos no, le respondió:

–No soy orgullosa ni te trato con desprecio, pero recuerdo bien cómo eras cuando te marchaste de Ítaca hacia Troya. Ve, Euriclea: prepara el lecho que Odiseo mismo construyó, pero ponlo fuera de la habitación matrimonial.[121]

Así habló, con la intención de poner a prueba a su marido. Entonces Odiseo se irritó y le dirigió estas palabras:

–Mujer, solo un dios sería capaz de mover ese lecho, pues tenía su secreto y yo mismo lo construí. En el patio había un ancho olivo de hermosas hojas. Alrededor de ese árbol edifiqué nuestro dormitorio, con paredes de piedra, techo y sólidas puertas. Luego corté las ramas del olivo y trabajé su tronco desde la raíz. Lo pulí y lo emparejé hasta convertirlo en un pie de cama, y cuando terminé de hacer el lecho completo, lo adorné con oro, plata y marfil, y por dentro tensé unas correas de buey, teñidas de púrpura brillante. Así hice mi lecho. Pero después de oír tus palabras, no sé si sigue intacto o si otro hombre lo ha movido serruchando ese tronco por abajo.

Así habló, y a ella se le aflojaron las rodillas y el corazón al escuchar el relato tan detallado de Odiseo. Corrió llorando hacia él, abrazó su cuello y besó su rostro, diciéndole:

–¡No te enojes conmigo, Odiseo, que siempre fuiste más sensato que el resto de los hombres! Todos estos años mi alma temía que alguien se acercara para engañarme, porque muchos traman planes viles para su propio provecho. Pero ahora que has dado señas tan precisas de nuestro lecho, que nadie vio salvo tú y yo y mis criadas, mi corazón se ha convencido.

Así habló, y él también lloró abrazado a su querida y fiel esposa. Y ella se aferraba a él y lo miraba a los ojos como un

121 Aquí, Penélope parece mimetizarse con Odiseo: ahora es ella quien lo pone a prueba a él mediante engaños.

náufrago en alta mar que, después de sobrevivir a la tormenta y a las olas, ve aparecer de pronto la tierra firme.

Euriclea y una criada prepararon entonces la cama, y ellos fueron a acostarse en su antiguo lecho, y todos los demás en el palacio se retiraron a sus habitaciones para descansar.

Después de gozar del amor anhelado, Odiseo y Penélope disfrutaban contándose el uno al otro sus historias. Ella le dijo cuánto había sufrido y soportado cada día con los pretendientes que, usándola a ella como excusa, comían y bebían sin medida en el palacio. Odiseo, por su parte, le contó cuántos males había causado a otros hombres, y cuántos había padecido él mismo. Le habló de los cicones y de los lotófagos, del cíclope Polifemo y del rey Eolo. También le contó sobre los hechizos de Circe y el viaje al Hades, donde pudo ver a sus compañeros muertos y a su querida madre. Le explicó cómo logró escuchar el dulce canto de las sirenas, y cómo atravesó, con horror, el paso entre Escila y Caribdis. Cómo sus hombres murieron luego por comer las vacas del Sol, y cómo llegó solo a la isla de Ogigia, donde la ninfa Calipso lo retuvo en su cueva y le ofreció la inmortalidad, pero no logró doblegar su corazón. Y cómo, finalmente, llegó a la isla de los feacios, que lo honraron como a un dios y lo trajeron hasta su patria.

Y esto fue lo último que dijo antes de que le llegara el dulce sueño, aflojando su cuerpo y calmando todas las penas de su corazón.

Y después de que Odiseo hubo gozado del descanso, Atenea, que había contenido a Eos para hacer más larga esa noche, hizo que la aurora saliera del océano y llevara nuevamente su luz a los hombres. Entonces Odiseo se levantó del lecho y le dijo a su esposa:

–Mujer, ya hemos pasado suficientes pruebas. Ahora que estamos juntos otra vez, tú debes ocuparte de los bienes del palacio. Las reses que consumieron esos pretendientes ya me ocuparé de reponerlas, y volveré a llenar los establos. Pero ahora iré al campo a ver a mi padre, por quien tengo el pecho

lleno de dolor. Antes te daré un consejo, aunque sé que eres prudente y discreta: pronto correrá la noticia de la matanza de los pretendientes en el palacio. Tú ve con las siervas al piso de arriba, y no hables con nadie ni respondas preguntas.

Y después de decir esto, se puso la armadura y salió del dormitorio. Despertó a Telémaco, al porquero y al boyero, y les ordenó tomar las armas de guerra. Ellos se vistieron con el bronce, cerraron las puertas y salieron, y los cuatro marcharon hacia el campo. Y aunque ya había luz sobre la tierra, Atenea los envolvió en noche y rápidamente los guió fuera de la ciudad.

Odiseo con Laertes. El pacto

Las almas de los pretendientes fueron guiadas por Hermes hacia la morada de Hades, donde habitan los difuntos, más allá del océano y del pueblo de los Sueños.[122] Bajaron allí todas juntas, y al verlas llegar y enterarse de lo ocurrido, el alma de Agamenón se alegró de que Odiseo hubiera regresado al fin a su patria, junto a su familia.

Mientras tanto, Odiseo y los suyos dejaron la ciudad y llegaron al hermoso y arbolado campo que Laertes había adquirido en otros tiempos, tras mucho penar. Odiseo les dijo a los siervos y a su hijo:

–Ustedes entren en la casa y elijan el mejor cerdo para la comida. Yo iré junto a mi padre, a ver si sus ojos me reconocen después de tanto tiempo, o me confunden con un extraño.

Así habló, y les entregó sus armas, y se dirigió hacia la viña. Su padre estaba allí, solo, asegurando con esmero un retoño[123] de la vid a la tierra. Vestía un manto sucio y rotoso, usaba guantes de trabajo y un gorro de piel de cabra. Alrededor de las piernas llevaba unos trozos de cuero mal cosidos, para protegerse de rasguños y espinas. El dolor colmaba su pecho.

Cuando Odiseo lo vio así, doblegado por los años y con el corazón lleno de pena, se apoyó contra un peral y lloró. Después dudaba entre abrazar y besar a su padre y contarle su regreso, o probarlo antes de darse a conocer. Decidió que lo mejor era lo segundo. Entonces se acercó al anciano, que seguía cavando la tierra, y le dijo:

–Anciano, sin duda sabes cómo cultivar el huerto y el jardín, porque tus plantas y tus árboles lucen bien cuidados. Pero te diré otra cosa, y espero que no te enojes: el que no está bien cuidado eres tú, pues al mismo tiempo te hostiga la vejez, estás sucio y te vistes con harapos. No creo que sea tu amo quien te tiene así, por holgazán. Y tampoco hay nada servil

122 Esta geografía infernal aparece mencionada solamente en la *Odisea*; no hay referencias en otras obras que permitan inferir a qué puede referirse exactamente este pueblo de los Sueños.

123 Un retoño es un tallo nuevo que echa una planta.

en tu aspecto, sino que más bien te pareces a un rey por tu porte. Pero dime: ¿a quién sirves? ¿De quién es este huerto? Me gustaría saber si en verdad estoy en Ítaca, como me dijo un hombre que me crucé en el camino. Hace tiempo recibí en mi tierra a un huésped tan amable como ningún otro que jamás haya vuelto a conocer. Decía estar orgulloso de haber nacido en Ítaca y ser hijo de Laertes. Lo albergué en mi casa, y le entregué regalos de hospitalidad: monedas de oro, mantos de lana y lino, y una jarra de plata.

Así habló, y su padre le contestó con lágrimas en los ojos:

–Forastero, has llegado a la tierra que mencionas; pero ahora la gobiernan unos hombres arrogantes e insensatos. Los regalos que le hiciste a aquel viajero fueron en vano. Ten la seguridad de que si lo hubieras hallado vivo en Ítaca, él mismo te habría albergado y compensado con muchos presentes. Pero dime, ¿cuántos años hace que le diste hospitalidad a ese hombre? Pues él es mi desdichado hijo, que murió lejos de su patria y de los suyos, devorado por los peces en el mar, o por las fieras y las aves en tierra firme. Ni su madre ni su padre ni su esposa pudieron estar ahí para llorarlo y honrarlo como se honra a los que han muerto... Vamos, dime quién eres y de dónde vienes. ¿Dónde has dejado la nave en la que llegaste? ¿O acaso has llegado como pasajero en una nave ajena?

Padre Zeus, aún están los dioses en el Olimpo si es verdad que los pretendientes han pagado su orgullo y su insolencia.

Y le contestó el astuto Odiseo:

–Te lo diré: soy de Alibante; allí está mi hogar. Mi padre es el rey Afidas, y mi nombre es Epérito. Un dios me desvió de mi ruta y me trajo a esta tierra, y mi nave está anclada en una playa, lejos de la ciudad. En cuanto a tu hijo Odiseo, han pasado cinco años desde el día que abandonó mi patria. Nos despedimos con alegría, pues los augurios eran buenos, y confiábamos en que volveríamos a reunirnos y a intercambiar magníficos regalos.

Así habló, y una oscura nube de dolor envolvió a Laertes. Tomó un puñado de tierra y gimiendo se lo echó sobre su encanecida cabeza. Entonces el ánimo de Odiseo se conmovió, y de un salto abrazó y besó a su padre diciéndole:

–Padre, aquí estoy, soy aquel por quien preguntas: tu hijo. He regresado después de veinte años. Vamos, ya no llores. Debo decirte algo que nos obliga a actuar rápido: he matado a los pretendientes en el palacio para vengar sus desmanes[124] y maldades.

Y le contestó Laertes:

–Si en verdad eres mi hijo Odiseo, dame una señal que me convenza.

Y le contestó Odiseo:

–Mira, aquí está la herida que un jabalí me hizo en el pie cuando yo era un niño. Además te diré qué árboles me regalaste una vez. Yo te seguía por la huerta y tú me decías el nombre de cada uno. Eran trece perales, diez manzanos, cuarenta higueras y cincuenta hileras de vides.

Así habló, y se debilitaron las rodillas y el corazón de Laertes al escuchar las claras señales que le había dado Odiseo. Abrazó a su hijo y dijo:

–Padre Zeus, aún están los dioses en el Olimpo si es verdad que los pretendientes han pagado su orgullo y su insolencia. Pero ahora temo que corra la noticia y vengan aquí a buscarte, hijo.

Y le contestó el astuto Odiseo:

–No te preocupes por eso, padre, y vamos ahora a la casa. Ya están allí Telémaco, el porquero y el boyero, preparando la comida.

Y cuando llegaron a la cómoda casa, la carne estaba lista, y también el rojo vino. Una criada lavó a Laertes, lo ungió con aceite y le puso una hermosa túnica, y Atenea lo hizo parecer más alto, más fuerte y vigoroso. Odiseo se admiró al verlo, pues se asemejaba a un dios.

Mientras Odiseo y los suyos se sentaban a comer, la Fama[125] mensajera recorría la ciudad, anunciando la funesta muerte de los pretendientes. Y los familiares que se enteraron, acudieron al palacio de Odiseo con gritos y lamentos, y cada uno se llevaba el cadáver de su pariente para enterrarlo. Y los que venían de otras ciudades los ponían en rápidas naves para

124. Un desmán es un exceso o un acto que produce una alteración del orden.

125. Los antiguos se representaban a la Fama –palabra que en realidad significa "voz pública"– como una criatura dotada de numerosos ojos y bocas, que viajaba volando por el mundo a gran velocidad transmitiendo una noticia.

llevarlos de vuelta cada uno a su casa. Y luego se reunieron todos en el ágora, con el corazón apenado. Allí tomó la palabra Eupites, el padre de Antínoo, y derramando lágrimas por su hijo asesinado dijo:

–Amigos, este hombre ha hecho una gran traición contra los aqueos. A unos los perdió hace tiempo, después de llevarlos a combatir con él en las rápidas naves. Y a otros, que estaban entre los mejores de nuestros jóvenes, los ha matado al regresar. Así que vamos a buscarlo, para que las generaciones futuras no conozcan esta deshonra. Si no castigamos ahora a los asesinos de nuestros hijos y hermanos, prefiero morir y tratar con los muertos. ¡Apurémonos antes de que escapen!

Así habló, entre lágrimas. Entonces el anciano Haliterses se puso en pie y tomó la palabra, diciendo:

–Itacenses, escuchen mis palabras ahora, ya que no las escucharon cuando les advertí que frenaran los desmanes de sus hijos y hermanos en el palacio de Odiseo, creyendo que no regresaría. Su propia insensatez les trajo estos males. Así que hagan caso a mi consejo ahora: no vayamos, si no queremos atraer nuevas desgracias sobre nosotros.

Así habló, y hubo un tumulto entre los presentes. Algunos se retiraron en paz, pero a otros no les agradó el discurso de Haliterses, y se precipitaron junto a Eupites en busca de las armas.

Entonces Atenea se dirigió a Zeus con estas palabras:

–Padre, dime qué tramas. ¿Levantarás de nuevo la funesta[126] guerra y el terrible combate, o vas a establecer la amistad entre las dos partes?

Y Zeus, el que junta las nubes, le contestó:

–Hija mía, te diré qué es lo que conviene hacer. Odiseo ya se ha vengado de esos hombres. Que ahora hagan las paces, y él siga reinando para siempre, y nosotros procuraremos que olviden la matanza de sus hijos y hermanos. Que vuelvan a amarse como antes, y haya paz y abundancia.

Y después de oír estas palabras, Atenea descendió desde las cumbres resplandecientes del Olimpo.

126 Funesto significa "triste, desgraciado".

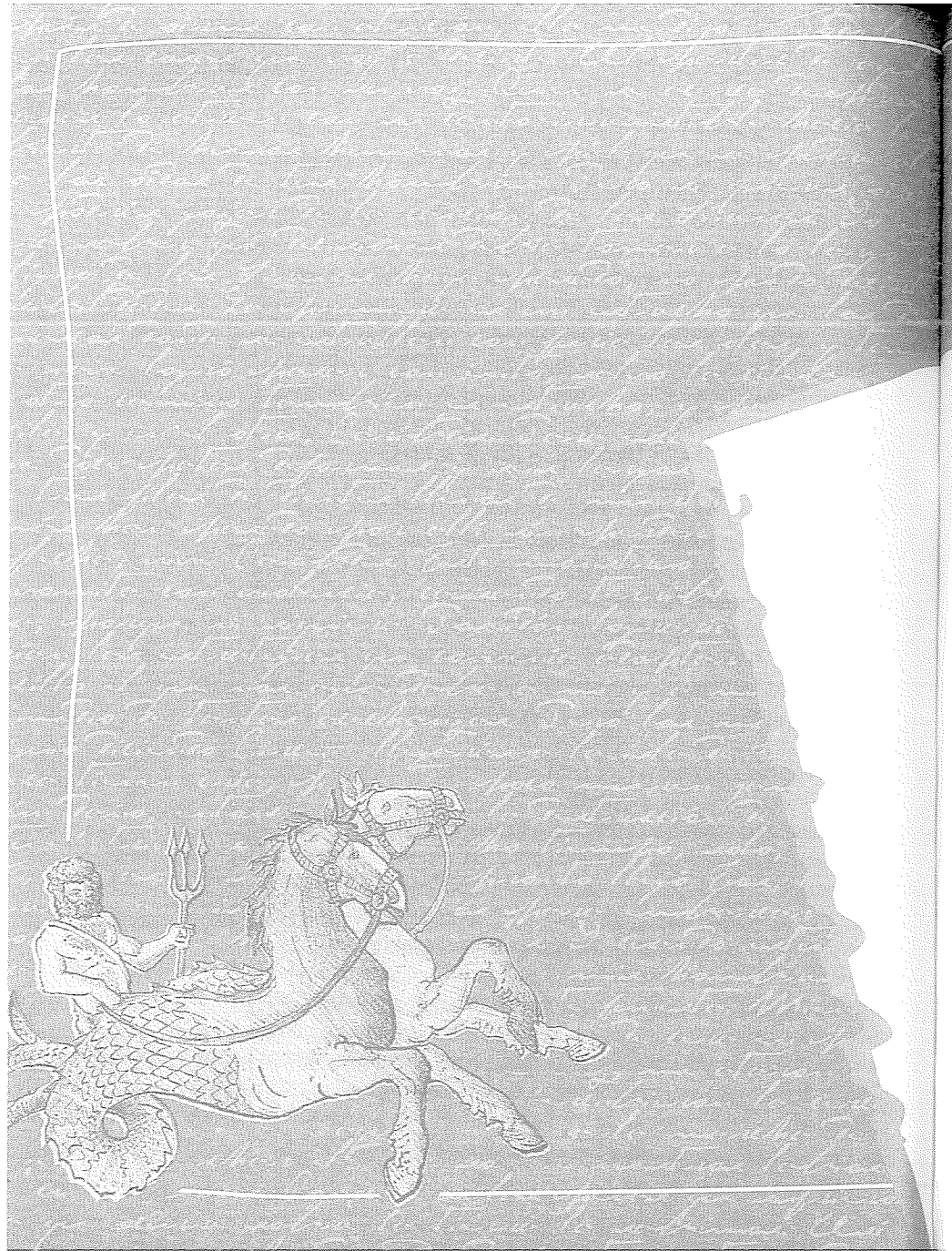
Mientras tanto, Odiseo y los suyos tomaron sus armas y salieron de la casa, listos para luchar contra los que se acercaban a buscarlos. Enseguida empezó el combate y chocaron las espadas y las lanzas. Odiseo y su hijo, llenos de valor, habrían matado a todos si Atenea no los hubiese detenido gritando:

–¡Abandonen la pelea, itacenses, y que no haya más sangre derramada!

Así habló la diosa de ojos brillantes, y el pálido terror se apoderó del bando de Eupites. Los hombres soltaron las armas y las dejaron caer al suelo, y emprendieron el regreso a la ciudad. Pero Odiseo, todavía colérico, soltó un grito y se lanzó a perseguirlos. Entonces Zeus arrojó sobre el campo un rayo ardiente, que cayó delante de Atenea. Y la diosa le dijo a Odiseo estas palabras:

–Hijo de Laertes, ingenioso Odiseo, detente. No alargues la guerra que a nadie perdona si no quieres que Zeus, el que todo lo ve, se enoje contigo.

Así habló Atenea, y él se alegró de oírla, y aquietó su ánimo. Y la diosa Atenea, hija de Zeus, tomó el aspecto de Mentor y logró que los bandos establecieran un pacto de paz por el resto de sus vidas.



Trabajos en la estación

Para revisar la lectura

En cada una de las siguientes afirmaciones, marquen con una cruz la opción correcta.

a. En el Canto I se nos informa que Odiseo no puede regresar a Ítaca porque...
- ◯ los feacios lo tomaron prisionero.
- ◯ perdió la memoria por tomar un brebaje mágico.
- ◯ la ninfa Calipso lo retiene en su isla.

b. Odiseo se había ganado la enemistad de Poseidón luego de...
- ◯ quemar el único ojo de su hijo, el cíclope Polifemo.
- ◯ desafiar el canto de las Sirenas.
- ◯ navegar por mares prohibidos.

c. Penélope había prometido a los pretendientes que se casaría con uno de ellos cuando...
- ◯ una señal divina se lo indicara.
- ◯ un mensajero le confirme la muerte de Odiseo.
- ◯ terminara de tejer la mortaja para Laertes.

d. Luego de nueve años de asedio, los aqueos conquistaron Troya gracias a que...
- ◯ derribaron las murallas con el poder de sus armas.
- ◯ el engaño del caballo de madera inventado por Odiseo tuvo éxito.
- ◯ una serie de fenómenos meteorológicos confundió a los troyanos.

e. Finalizada la guerra de Troya, la hermosa Helena...
- ◯ regresó a Esparta junto a Menéalo
- ◯ escapó con Paris y se convirtió en reina de un nuevo linaje.
- ◯ fue rescatada por un dios y nunca se volvió a tener noticias de ella.

f. Los feacios se destacaban entre todos los pueblos...
- ◯ por su destreza como domadores de caballos.
- ◯ por ser insaciables bebedores de vino.
- ◯ por su habilidad como navegantes.

g. Durante el banquete ofrecido por Alcínoo, rey de los feacios, Odiseo rompió en llanto...
- ◯ al escuchar el nombre de Aquiles, su compañero muerto.
- ◯ al recordar su patria y a sus amados Penélope y Telémaco.
- ◯ por temor a que la maldición de Poseidón no tuviera fin.

h. El rey Eolo, con la intención de favorecer el regreso de Odiseo a su patria, le regaló...
- ◯ la bolsa de cuero de buey en la que encerraba los vientos.
- ◯ una nueva embarcación, más veloz que la anterior.
- ◯ una provisión de carneros para que la tripulación se alimente durante el viaje.

i. Elpénor, en su encuentro con Odiseo en el Hades le pidió...
- ◯ que al regresar llevara noticias de su muerte a su familia.
- ◯ que diera sepultura a su cuerpo, abandonado en la isla de Circe.
- ◯ que ejecutara la venganza sobre sus asesinos.

j. Odiseo llegó finalmente a las costas de Ítaca...
- ◯ conducido por los feacios en una de sus naves.
- ◯ aferrado a un madero, luego del naufragio de su embarcación.
- ◯ transportado en una nube que le proveyó la diosa Atenea.

k. Para comprobar si el forastero mentía o decía la verdad, Penélope...

- ○ consultó a Telémaco su opinión sobre el recién llegado.
- ○ envió a la más bella de sus criadas para que lo seduzca.
- ○ le pidió que le describiera el aspecto y el vestido de Odiseo.

l. Penélope les dijo a los pretendientes que se casaría con aquel...

- ○ que le ofreciera el presente más extraño y más valioso.
- ○ que lograra curvar el arco de Odiseo y atravesar los anillos de doce hachas.
- ○ que demostrara ser, entre todos, el más fuerte en un combate cuerpo a cuerpo.

Determinen si las siguientes afirmaciones son verdaderas (V) o falsas (F).

En su primera aparición ante Telémaco, Atenea se hace pasar por Mentes, el rey de los tafios.
Euriclea, al enterarse de la partida de Telémaco en busca de noticias de su padre, le ruega que la lleve con él.
Atenea derriba la puerta de la habitación de Nausícaa y le ordena que se dirija al río a socorrer a un náufrago.
Aquiles, en su encuentro con Odiseo en el Hades, confiesa que preferiría ser un esclavo entre los vivos que un rey entre los muertos.
El fruto del loto, alimento de los lotófagos, daba a quien lo comía una fuerza sobrehumana.
La hechicera Circe convierte en cerdos a los compañeros de Odiseo mezclando un brebaje maléfico con los alimentos y tocándolos luego con su vara.
Poseidón castiga a los feacios sepultando su ciudad bajo una montaña.
El porquero Eumeo recibe con escepticismo las noticias que el forastero le da sobre la pronta llegada de su amo.

Penélope hace echar de la casa al forastero sin saber que en realidad se trata de Odiseo.
Un trueno enviado por Zeus es la señal de que las desdichas de Odiseo se acercan a su fin.
Cuando Odiseo intenta tensar su antiguo arco, se da cuenta de que, luego de veinte años, las fuerzas lo han abandonado.
Luego de recuperar su palacio y a su esposa, Odiseo recibe la triste noticia de que Laertes ha muerto tiempo atrás.

La estructura de la obra

La trama de la *Odisea* puede dividirse en tres partes claramente diferenciadas. Indiquen qué cantos integran cada una de esas partes.

Parte	Cantos
Telemaquia	
Los viajes de Odiseo	
Odiseo en Ítaca	

En determinado momento del relato, Odiseo se convierte en narrador de sus propias aventuras.

a. ¿En qué cantos sucede esto?

b. ¿Cuáles son las aventuras que narra Odiseo?

c. Comparen: ¿qué aventuras presentan más elementos maravillosos: las que narra Odiseo o las que están a cargo del narrador en tercera persona? ¿Cómo podrían explicar esta diferencia?

5 Elaboren un esquema que sirva para mostrar la organización temporal de los hechos que se narran en la *Odisea*. Tengan en cuenta lo siguiente:
* Algunos cantos relatan hechos que son simultáneos con los que se cuentan en otros cantos. ¿Qué recursos emplea el narrador para indicar esta simultaneidad?
* Aunque las acciones principales se desarrollan a lo largo de aproximadamente cuarenta días, en diversas oportunidades los personajes se refieren a hechos que sucedieron en algún momento de los veinte años anteriores.

¿Quién es quién en la *Odisea*?

6 Como todos los héroes, Odiseo debe cumplir diferentes misiones.

a. ¿Qué se propone Odiseo al terminar la guerra de Troya?

b. ¿Cuál es el objetivo una vez que llega a Ítaca?

c. ¿Cuáles son sus aliados y sus oponentes en cada caso?

7 A lo largo del relato, el personaje de Telémaco va atravesando diversas situaciones de aprendizaje que marcan su maduración.

a. ¿Qué rasgos de Telémaco lo hacen aparecer todavía como un niño?

b. ¿Qué indicios señalan que se está convirtiendo en un hombre?

c. ¿Cómo reaccionan los otros personajes ante estos cambios?

d. Conversen: ¿cómo se relacionan las vivencias de Telémaco con las experiencias de ustedes como jóvenes?

8 Los personajes femeninos tienen una fuerte presencia en el texto de la *Odisea*, ya sea sus versiones mortales o divinas. Enumeren todas las mujeres y diosas que se relacionan con Odiseo a lo largo del relato, describan sus características y expliquen qué tipo de vínculo las une al héroe.

9 Los epítetos son adjetivos o frases adjetivas que, en los poemas homéricos, se usan para destacar una cualidad inherente a un personaje o a un objeto. Habitualmente un epíteto aparece cada vez que se menciona el ser al que está asociado. Unan cada uno de los nombres de humanos y de dioses con su respectivo epíteto. Tengan en cuenta que, en algunos casos, puede haber más de un epíteto para un mismo nombre.

Odiseo	el que todo lo ve
Poseidón	el que junta las nubes
Penélope	prudente
Néstor	sufrido
Atenea	el que hace temblar la tierra
Pretendientes	la del trono de oro
Eos	conductor de pueblos
Zeus	la de dedos de rosa
Menelao	astuto
	soberbios
	el domador de caballos
	hijo de Laertes
	la de ojos brillantes

Elaboren un fichero organizado alfabéticamente con los personajes que aparecen a lo largo de la obra. Cada ficha debe incluir el nombre del personaje y una breve indicación acerca de quién es y sobre cuál es su importancia en la obra. El siguiente ejemplo puede servirles como guía.

Euriclea

Es la anciana esclava que crió a Odiseo. Se caracteriza por ser fiel a Penélope y a Telémaco y aparece como confidente de ellos. Reconoce a Odiseo cuando este vuelve a Ítaca disfrazado como un viejo mendigo al ver la cicatriz de la herida que un jabalí le había causado en el pie derecho durante una cacería cuando era un niño.

Los viajes de Odiseo

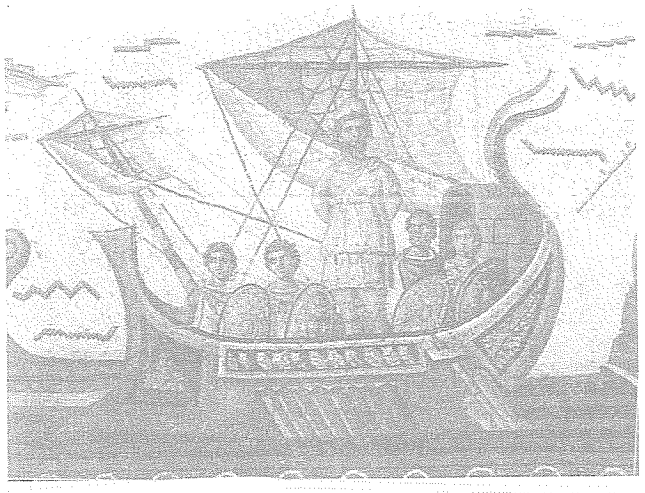
En el mapa del la página 14 sigan el recorrido de Odiseo desde que sale de Troya hasta que llega a Ítaca.

a. Copien el nombre de cada uno de los lugares por los que pasa el héroe y describan las características de sus habitantes.

b. Anoten el número del canto (o los cantos) donde se narra el episodio correspondiente a cada lugar.

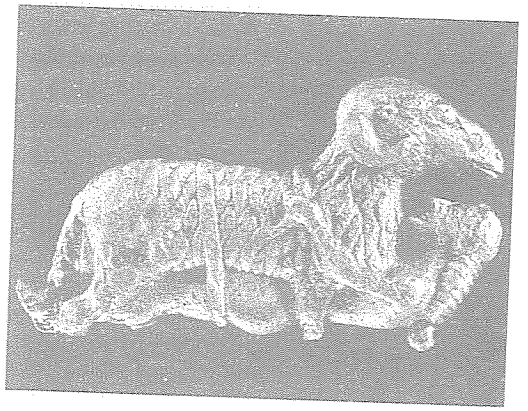
c. El Hades no aparece señalado en el mapa. ¿En qué momento del viaje visita Odiseo ese lugar? ¿Qué sucede allí?

Observen las siguientes reproducciones de obras clásicas y procuren identificar qué episodio de la *Odisea* aparece representado en cada una de ellas. Comenten: ¿qué indicios les permitieron reconocer personajes y situaciones?



a. Mosaico del siglo I a. C.

b. Ánfora del siglo VII a. C.



c. Relieve en bronce del siglo VI a. C.

Una agencia de viajes ha decidido ofrecer a sus clientes un recorrido inspirado en las travesías de Odiseo. Redacten el folleto de promoción para esta propuesta turística. Para ello, tengan en cuenta las siguientes sugerencias:

- Comparen el mapa de los viajes de Odiseo con uno de la región del mar Mediaterráneo en la actualidad. Traten de establecer las equivalencias entre los lugares legendarios y los lugares del presente. Vuelquen los resultados en una tabla de dos columnas.
- Consulten diversas fuentes para obtener información acerca de los atractivos turísticos, los lugares de interés, las comidas típicas y las actividades tradicionales de cada uno de los lugares que registraron en la tabla. Procuren obtener fotografías.
- Programen el recorrido distribuyéndolo en días. Para mantener el sentido de las aventuras de Odiseo, lo más recomendable será efectuar la travesía en barco. Piensen un nombre para la nave y decidan cuáles serán sus características.
- Tengan en cuenta que, en cada punto del recorrido, el folleto debe señalar claramente la correspondencia con la aventura de Odiseo que se relaciona con ese lugar, por ejemplo, mediante un pequeño recuadro explicativo.
- Una vez que hayan reunido los materiales y hayan tomado las decisiones necesarias, diseñen el folleto turístico. Recuerden que la presentación también es un componente fundamental para captar el interés del posible cliente.

Los reconocimientos

El motivo del reconocimiento del héroe que regresa a su tierra luego de muchos años de ausencia es un elemento clave en la última parte de la *Odisea*. Narren cómo reconoce a Odiseo cada uno de los siguientes personajes.

- Telémaco
- Euriclea
- Eumeo
- Penélope
- Laertes
- Argo

Inspirándose en el reencuentro de Odiseo y Telémaco que tiene lugar en el canto XVI, reescriban la situación adaptándola a las convenciones de los diálogos de las telenovelas. Recuerden utilizar los signos de puntuación correspondientes.

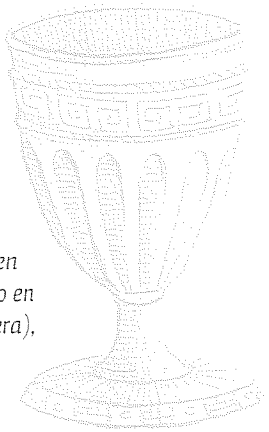
Los extranjeros

A lo largo de la *Odisea*, el motivo de la hospitalidad y del trato al extranjero aparece reiteradas veces y de diversas maneras.

a. Busquen en el texto distintos ejemplos de la aparición de este motivo y redacten un informe que resuma cuál era el tratamiento que se les daba a los huéspedes extranjeros en la sociedad representada por Homero.

b. Comenten entre todos y luego escriban sus conclusiones: ¿Por qué consideran que era tan importante el código de hospitalidad en el mundo de Odiseo?

c. Lean el siguiente texto y luego respondan a las preguntas:



En los tiempos primitivos, según parece sugerir el poeta [en el episodio de Polifemo], el hombre vivía en un estado de lucha y de guerra permanente y a muerte con el forastero. Después intervinieron los dioses, y por medio de sus preceptos, un nuevo ideal se le ofreció al hombre, y especialmente a un rey, una obligación de hospitalidad: "todos los forasteros y los pobres son de Zeus". En lo sucesivo, los hombres tenían que seguir un difícil sendero entre los dos, entre la la realidad de una sociedad en la cual el extranjero era todavía un problema y una amenaza, y la moral más reciente, según la cual el forastero estaba en cierto modo protegido por el escudo de Zeus. [...] El que tenía un amigo en tierra extranjera (y todas las demás comunidades eran tierra extranjera), poseía un eficaz sustituto del parentesco, un protector, un representante y un aliado. Tenía un refugio si se veía obligado a huir de su patria; un almacén al que acudir cuando se veía obligado a viajar, y una reserva

de hombres y armas si había que combatir. Todas estas eran relaciones personales; pero con los señores poderosos lo personal se mezclaba con lo político y, de esta manera, la amistad por hopedaje era una versión homérica precursora de las alianzas políticas o militares.

M.I. Finley, *El mundo de Odiseo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

* ¿Qué ilustra el episodio de Polifemo en relación con el tema de la hospitalidad?
* ¿Cuál es la nueva moral que introducen los dioses?
* Teniendo en cuenta el texto leído, ¿cómo podrían explicar las diferencias entre el tratamiento que Polifemo le brinda a Odiseo y el que le da Alcínoo?

d. Escriban un breve texto de tipo periodístico comparando el modo en que se recibía al extranjero en el mundo de Odiseo y el modo en que los extranjeros de diversas procedencias son recibidos en la comunidad a la que ustedes pertencen.

De peligros y de monstruos

A lo largo de su viaje de regreso, Odiseo debe enfrentar a diversos seres fabulosos.

a. Confeccionen una lista de los seres monstruosos que aparecen en la *Odisea*, describan el aspecto de cada uno de ellos y expliquen por qué son peligrosos.

b. Elijan una historieta de superhéroes (o su correspondiente versión cinematográfica) y comparen los seres fabulosos que aparecen en ella con los monstruos de la *Odisea*.

c. Escriban un relato en el que ustedes deban enfrentar a un monstruo inspirado en los de la *Odisea*. Si lo prefieren, pueden presentar el trabajo en forma de historieta.

Los regresos de los héroes

En el Canto III, Néstor relata ante Telémaco los sucesos relacionados con el regreso de Agamenón a Micenas luego de la guerra.

a. Amplíen la información sobre los sucesos que rodearon la muerte de Agamenón consultando un diccionario de mitología.

b. Comparen:
* los destinos de Agamenón y de Odiseo en su regreso al hogar;
* la conducta de sus esposas, Clitemestra y Penélope;
* la conducta de sus hijos, Orestes y Telémaco.

Redacten la historia del regreso de Agamenón empleando el estilo de una crónica policial en un medio periodístico actual.

Las palabras y las Musas

Para los antiguos griegos, la inspiración poética tenía un origen divino: el poeta actuaba como un intermediario entre la deidad inspiradora y el auditorio, tal como explica Homero al presentar a Demódoco en el Canto VIII. Al ser la Musa la que hablaba a través del aedo, su palabra era eterna. Los poemas homéricos inauguran una forma de dar comienzo a las obras épicas, en la que el poeta se pone al amparo de la Musa, anuncia el tema de la composición y, en algunos casos, nos informa de la situación del héroe de la historia.

Virgilio.

Dante Alighieri.

* Relean el comienzo de esta versión de la *Odisea* y señalen la invocación a la Musa. ¿Qué elementos reconocen en ella?
* Lean los siguientes pasajes de obras posteriores y analicen qué cambios y qué continuidades se dan con respecto a Homero.

Canto las armas y a ese hombre que de las costas de Troya
llegó el primero a Italia prófugo por el hado y a las playas
lavinias, sacudido por mar y por tierra por la violencia
de los dioses a causa de la ira obstinada de la cruel Juno,
tras mucho sufrir también en la guerra, hasta que fundó la
ciudad y trajo sus dioses al Lacio; de ahí el pueblo latino
y los padres albanos y de la alta Roma las murallas.
Cuéntame, Musa, las causas; ofendido qué numen,
o dolida por qué la reina de los dioses, a sufrir tantas penas
empujó a un hombre de insigne piedad, a hacer frente
a tanta fatiga. ¿Tan grande es la ira del corazón de los dioses?

Virgilio. *Eneida*.

¡Oh, Musas! ¡Oh, alto ingenio, ayudadme!
¡Oh, memoria que escribiste lo que vi,
aquí se advertirá tu gran nobleza!

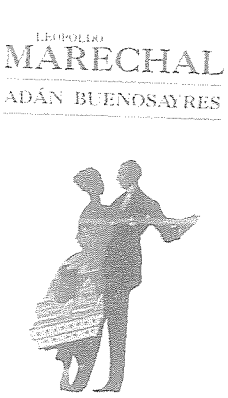
Dante Alighieri. *La divina comedia*

Pido a los Santos del Cielo
que ayuden mi pensamiento;
les pido en este momento
que voy a cantar mi historia
me refresquen la memoria
y aclaren mi entendimiento.

Vengan, Santos milagrosos,
vengan todos en mi ayuda,
que la lengua se me añuda
y se me turba la vista;
pido a mi Dios que me asista
en una ocasión tan ruda.

José Hernández. *Martín Fierro*.

La parodia es un procedimiento mediante el cual un texto imita a otro, tomando distancia de él y acentuando algunos rasgos de la presentación de los temas, los personajes, la historia, los usos del lenguaje, etc., para producir un efecto burlesco. Para que la parodia sea efectiva, el texto parodiado debe ser conocido por el lector. Lean el siguiente fragmento de *Adán Buenosayres* e identifiquen cuáles son las estrategias literarias que su autor, Leopoldo Marechal, utiliza para logra la parodia.



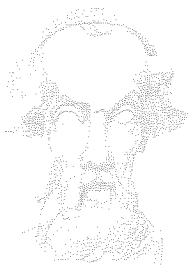
Aquellos de mis lectores que tengan algún saber en materia de correrías infernales aguardarán aquí una invocación a las Musas o cualquier otro arrebato poético de los que tradicionalmente se estilan en estos lances. Y aguardará en vano, porque hasta en los portones de Cacodelphia me cortó Schultze las alas de todo posible lirismo. Imagínate, lector, que te hallas en el umbral del Tártaro, estremeciéndote de pavor a la sola expectativa de las visiones que no tardarán en ofrecerse a tus ojos, y ocupado tu cerebro (si por ventura lo tienes) en la piadosa meditación que desde ya te inspira el destino de los mortales; e imagínate luego que tu conductor o guía infernal te ofrece de súbito unas botas de caucho semejantes a las que usan los cazadores laguneros, y abre un gran paraguas rojo en tus propias narices. Lector amigo, si en ese momento eres capaz de aventurar una salutación a las Nueve Hermanas, así sea el más lacónico de los "buenos días", es porque mereces vivir con los bienaventurados de Calidelphia, entre los cuales espero verte luego, si los númenes que presiden este relato me son tan favorables como ahora.

Leopoldo Marechal. *Adán Buenosayres*

Leopoldo Marechal.

a. ¿A qué episodio de la *Odisea* les parece que se refiere el pasaje?

b. ¿Qué rasgos del estilo épico pueden reconocer?

c. ¿Qué recursos se utilizan para provocar la risa del lector?

La mayor de mis aventuras
fue terminar de imprimir
este libro en enero de 2009,
en los talleres gráficos de
Impresiones Sud América
Andrés Ferreyra 3769
Buenos Aires
Argentina